



IDAD AU
CIÓN GE

111010

PQ6289

P6

c.1

BIBLIOTECAS PÚBLICAS

GENERAL DE LA CIUDAD DE

46465



1080021845



Nº 4

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

POESÍAS

DE

D. PEDRO

CALDERON DE LA BARGA

NO COLECCIONADAS HASTA HOY

Emeterio Valverde
PRESBITERO



Com. de la
Bibliotecaria

VERACRUZ - PUEBLA
LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

1883

46465



PQ 6289

P6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TÉLLEZ

POESIAS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

NO COLECCIONADAS HASTA HOY.

AL TORMES HELADO.

Con el título de *A un río helado* publicó el Sr. Hartzenbusch el siguiente romance en el tomo IV de las obras dramáticas de Calderon.

Escribióle el insigne poeta siendo estudiante de Salamanca desde 1615 á 1619, y probablemente en este último año, en que hizo unos frios tan intensos en toda Europa que se helaron todos los rios y estanques, y aún las costas del mar en algunos puntos.

Salid ¡oh Clori divina!

Al Tórmes, que ofrece hoy

Fija puente á vuestra planta

Su inquieto cristal veloz.

Esta vez pudo el Diciembre

Lo que mil pudisteis vos;

Que tienen fuerzas de escarcha

Podere de admiracion.

010111

No su nieve á vuestra vista
Quieto el cristal se paró;
Que si aquí suspende el hielo,
Hiela aquí la suspensión.
Salid; que el río os espera,
Que juzga discreto hoy
La suela del chapín vuestro
Corona ya de favor.
Y pues su honor os aclama,
Restituireis su honor,
Si cuando le huellan tantos,
Vos corona suya sois.
Sobre la cama de campo
Solicito el aquilon
Tiende sábanas de nieve,
Dó se acuesta enfermo el sol.
Desmayos pues de sus luces
Mejóránse en vuestras dos;
Que mayores rayos visten
En eclíptica menor.
Bien que en tantos cielos puestos
Como deidad superior,
Los que son rayos de luz,
De fuego fulminais vos.
Si el mundo ardiendo callara,
Diré, pues ardiendo estoy,
Que son incendio sus luces
Y que es fuego su esplendor,
Que le holleis el campo aguarda,
Porque vuestras huellas son
Las que previenen Abriles,

Las que producen verdor,
Y en Pascua de Nacimiento,
Cuando en la muerte se vió,
Tendrá en vuestro pié florido
Pascuas de Resurrección.
Yo mis glorias solicito.
Pues á quien ha dado soy
A vos vista las libranzas
De sus glorias el amor.
Salid, pues, ¡oh Clori bella!
No os negueis, ingrata, no,
A las voces de los ojos,
Al llanto del corazón.
Y tendrémos esta vez,
Si lo merece esta voz,
Honor Tórmes, luz el día,
Vida el campo y gloria yo.

ROMANCE AMOROSO.

Es de la misma época que el anterior. Le escribió también en Salamanca, y probablemente, por su contexto, á alguna mujer casada, ó por lo menos comprometida con otras relaciones amorosas, como indican los últimos versos.

La juventud que acudía á las aulas en Salamanca no era ciertamente, en aquella

época, un modelo de pureza y de moralidad. Calderon era muy joven, y sería una locura pretender que en aquella edad, y entre aquellas compañías tuviese la virtud de un austero cenobita.

Se publicó este romance en vida de Calderon, el año 1670, por José Alfay en Zaragoza, formando parte del libro titulado: *Delicias de Apolo, recreaciones del Parnaso por las tres musas Urania, Euterpe y Caliope.*

A FILIS.

¿No me conocéis, serranos?

Yo soy el pastor de Filis,

Cera á su pecho de acero,

Esclavo á sus ojos libres.

Huésped en vuestras riberas,

Oponer de amor me visteis

A las armas vencedoras

Resistencia invencibles.

Mas ¡ay! yo muero, serranos;

¡Ay amor! ya me veneis;

Los incendios de mis hielos

Tus poderes acrediten.

Para matarme, tus ojos,

Filis, el amor elige;

Que á mayores vencimientos

Bastan los rayos que visten.

A cuyo imperio suave,

A cuya fuerza apacible

No hay libertad que se exenta.

No hay exención que se libre.

A tu beldad las beldades

Desconocidas se rinden,

Desde las que el Tétis beben,

Hasta las que el Ganges viven.

Cuyo nombre el Gata ufano

Gloria le da más felice

Que sus arenas al Tajo,

Que sus imperios al Tiber.

En tu alabanza mi afecto,

Entre efectos imposibles,

Epículos fatigara;

Mas temo que espumas pise.

Retírase, pues, cobarde,

Y tanta empresa remite

O de un aguja á los vuelos

O á los aceros de un cisne;

Que una voz ronca no puede,

Ni puede una pluma humilde.

Ultrajarte; que te ignora

Quien se atreve á describirte.

Mis deseos igualmente.

Que por divina te admiten.

Como á deidad te veneran

Y como á deidad te piden.

Así, pues, el tiempo nunca

En tí con mudanza triste
Las rosas aje del rostro
Ni del cuello los jazmines;
Y la primavera hermosa
Que en tus mejillas asiste,
En siempre floridos Mayos
Goce perpétuos Abriles;
Que admitas unos deseos,
Que una voluntad estimes,
Como atrevida en quererte,
Acordada en elegirte.
Si tienes dueño, á tu dueño
Te hurta: mi mal te obligue,
Para que mi ardor aplaques
Nieve que á mi cuello apliques.
Yo vi que hurtados á un muro
A que pudieran asirse,
Le repartieron abrazos
A un árbol unos jazmines.
Tú verás que á mis deseos
Solicitan persuadirte
Yedra que dos olmos trepa,
Vid que dos álamos ciñe.
Prisiones rompe el capullo,
Avaramente sutiles
El clavel, y fuera dellas
Con púrpura el aire tine.
Pues te incitan sus ejemplos,
Filis, sus ejemplos sigue;
Que si tú mi amor retornas,
Cierto estoy que Amor me envidie.

EN LAS FIESTAS
DE LA CANONIZACION DE SAN ISIDRO.

El año de 1620 se presentó Calderón al certámen ó junta poética celebrada con motivo de la canonizacion de San Isidro Labrador, y escribió las siguientes poesías, en que se revela su entusiasmo por cuanto se refiere á Madrid, su patria.

A SAN ISIDRO.

SONETO.

Los campos de Madrid, Isidro santo,
Emulacion divina son del cielo,
Pues humildes los ángeles su suelo
Tanto celebran y veneran tanto.
Celestes labradores son, en cuanto
Con amorosa voz, con santo celo
Vos enviáis en angélico consuelo
Dulce oracion, que fertiliza el llanto.
Dichoso agricultor, en quien se encierra
Cosecha de tan fértiles despojos,
Que divino y humano os da tributo,
No receleis el fruto de la tierra,
Pues cogerán del cielo vuestros ojos.
Sembrando aquí sus lágrimas, el fruto.

A SAN ISIDRO.

OCTAVAS.

Túrbase el sol, su luz se eclipsa cuanta
Medroso esparce hasta el segundo oriente.
El viento con suspiros se levanta ;
Présaga España su desdicha siente ;
Y en tanta confusion, en pena tanta
Filipo al fatal golpe está obediente :
¡ Oh justo llanto, oh justo sentimiento!
Tema España, el sol lllore, gima el viento.

Mas cese el sentimiento, cese el llanto,
Y en vez España, de funesto luto,
Fiestas publique, que te ensalcen cuanto
Te oprimió de los ojos el tributo ;
Pues ya Madrid piadosa á Isidro santo
Vuelve á sus campos á coger el fruto
Que sembró de piedad y desencaños,
Al fin dichoso de quinientos años.

Ya más gloriosa con humilde celo
Vuelve, piadosa, al Labrador divino,
A ver el prado, el río, fuente y suelo,
Donde á la tierra y cielo abrió camino
Por que de nuevo en ella oblique al cielo,
En tanto que su Rey sujeto es dino
A su piedad, volviendo á su porfía
Sol á España, al sol luz, á la luz día.

Dichosa, insigne villa, y más dichosa
Cuando por más piadosa te señalas,
Vuelve tu fama al viento licenciosa,
Sirviendo á tu piedad de amor las alas ;
Vive ¡ oh! más que la muerte poderosa,
Pues no sólo el arado al cetro iguales,
Pero aun exceden por divinas leyes
Tus pobres labradores á tus reyes.

A MADRID.

POR LA DICHA DE SER SU PATRONO
SAN ISIDRO LABRADOR.

*Madrid, aunque tu valor
Reyes le están aumentando,
Nunca fué mayor que cuando
Tuviste tal labrador.*

GLOSA.

Aunque de glorias se viste,
Madrid, tu dichoso suelo,
Nunca más gloria tuviste
Que cuando, imitando al cielo,
Pisado de ángeles fuiste.
No igualará aquel favor
El que hoy ostenta tu honor,
Aunque opongas tu trofeo,
Aunque aumentes tu deseo,
Madrid, aunque tu valor.

No tendrás glorias mayores,
Que cuando en las manos bellas
De angélicos labradores,
Eran tus flores estrellas,
Los rayos del sol tus flores.
En vano están laureando,
En vano están coronando
Tu frente, en vano el honor
Que te ha dado un labrador,
Reyes te están aumentando.

Dirán que ; cuando tuviste
Más gloria que en tí se encierra?
Di que cuando ángeles vistes
Labrar humildes tu tierra;
Di que cuando cielo fuiste;
Que cuando el cielo imitando
El sol te estaba envidiando,
Pues su luz tu luz prefirió;
Y así sabrá quien dijere
Nunca fué mayor que cuando.

Mayores triunfos, mayores,
Lauros tu poder advierte,
Pues con divinos favores
Respetas, como la muerte,
Más que Reyes, Labradores.
Hagan inmortal tu honor
Jaspes, mármoles y bronce;
Pues para gloria mayor
Hoy tienes tal rey, y entonces
Tuviste tal labrador.

A SAN ISIDRO.

—
DÉCIMAS.

Ya el trono de luz regía
El luminoso farol,
El fénix del cielo, el sol.
Cuya edad es sólo un día.
Ya desde la tumba fría
En su fuego vuelve á ser
Hoy lo mismo que era ayer;
Que, *si en todo es de sentir*
Que nace para morir,
El muere para nacer.

Veloz la vida se quita,
Con que más gloria se adquiere;
Pues cuando en el agua muere,
En el fuego resucita.

Las aves, á quien incita,
La luz de sus resplandores,
Cantando dulces amores,
Eran, con belleza suma,
Al campo flores de pluma,
Cuando al viendo aves de flores.
Entre las rosas cantaban,

Y el aura que las movía,
Solamente conocía
Por aves las que volaban.
Todas á Isidro esperaban,

Cuando el labrador dichoso
Se quedaba perezoso
De su trabajo olvidado :
¿Quién vió vicioso al cuidado
Y al descuido virtuoso?
Antes de labrar el suelo
(¡ Oh tardanza de amor llena !)
En la Virgen de Almudena
Labraba piadoso el cielo ;
Y como su santo celo
En el sol le suspendía
De la celestial María,
Divertido, no pensaba,
Como siempre al sol miraba,
Que pudo pasarse el día.

A SAN ISIDRO.

CANCION.

Coronadas de luz las sienes bellas,
Conduce el sol su luminoso coche,
A la estacion donde madruga el día :
Quitó el prestado honor á las estrellas,
Y en campañas de luz venció á la noche
Con los ardientes rayos que regia :
Castigo á su osadía
La tierra fué, que nuevo sol le opuso,

Esfera de verdor, campo de fuego.
Cuando en sus rayos ciego,
Querúbicas deidades vió confuso
Sembrar por rubios granos esmeraldas,
Por espigas coger verdes guirnaldas.

Los campos de Madrid ya cielos bellos,
Y los cielos del sol campos hermosos
Eran con los opuestos resplandores ;
Porque asistiendo ó cultivando en ellos,
Ya labrador, ya espíritus dichosos,
Campos, de estrellas son, cielo de flores ;
Vestida de esplendores
Acredita la tierra al sol desmayos,
Que paga el sol en rayos á la tierra ;
Y en luminosa guerra,
Espigas compitieron á sus rayos,
Porque el cielo y el suelo en sus fatigas
Mieses de rayos son, globos de espigas.

El viento, entre los varios arreboles
Del resplander, Madrid, que á ti reduces
Cielo humano te vió, divino suelo ;
Dudó dos cielos y creyo dos soles,
Admirando, confuso entre dos luces,
Brillado el campo y cultivado el cielo ;
Que con santo desvelo
Isidro le labraba con el llanto,
Angeles con su gloria le ilustraban ;
Y el viento, que abrasaban
Mansos eclipses, en abismo tanto
Ignora á quién incline su destino,
A ángel cultor ó á labrador divino.

Este pues en su espíritu dichoso,
Arrebatado hasta los cielos sube
(¡Qué bien la tierra por el cielo olvida!)
Y espíritus del trono luminoso,
Rayos de luz en abrasada nube,
Bajan al suelo á darle nueva vida.
La tierra agradecida
Al favor de los cielos soberano,
Sin esperanzas del Abril florece :
Tanto, tanto agradece
El beneficio de la culta mano;
Y estrellas produjera entónces bellas,
Si nacieran sembradas las estrellas.
Rompe la tierra el paraninfo alado
Y el rústico instrumento que la oprime;
Nunca más dulce, nunca más suave,
A la mano obediente, no el arado,
El surco estima que en su centro imprime
Celeste autor de su esperanza grave.
¿Quién habrá que te alabe,
Angel ó labrador, si ofrece el suelo
A celestial cultor humano fruto,
Y celestial tributo
A humano agricultor ofrece el cielo?
Y aunque use el hombre angelico ejercicio,
¿Quién vió al Angel usar rústico oficio?
¿Quién más dichoso está, quién más ufano?
¿Con ángeles el suelo en este día
O con un labrador, no más, el cielo?
Más gloria tiene el cielo soberano,
Pues humildes dos ángeles envía

Que pródigos por él labren el suelo :
Tanto pudo tu celo,
Tanto, Isidro, tu amor maravilloso,
Tanto tus oraciones celestiales.
Por dos ángeles vales :
Dos suplen tu descuido virtuoso;
Y pues de flores ves los campos llenos,
Por que se aumenten más trabaja ménos.
Deje mi pluma el vuelo,
Mi torpe acento el canto,
Mi voz aliento tanto;
Que aunque alaba á Madrid, Madrid es cielo;
Y es bien que á tanto empleo se presuma,
Suave voz, dulce acento y veloz pluma.

A UN ALTAR DE SANTA TERESA.

Lope de Vega describe del siguiente modo el altar que se levantó en las fiestas de la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier :

• Formaron en el altar octavo los padres carmelitas una nave que se movía entre unas ondas de velo de plata, para mostrar con la invencion el ingenio y adquirir con la novedad el aplauso. La imagen de la Santa Madre tenía el árbol de en medio, la mesana, bauprés y trinquete santos de su ór-

den. De las entenas pendían varios estandartes, flámulas y banderolas. Arrio y Carvino mostraban anegarse: los lados tenían altares con San Francisco y San Ignacio, porque á nuestro labrador dieron lugar en la nave. Celebró su fábrica este artificioso epigrama de D. Pedro Calderon, digno de su grande ingenio, con que queda enca-recido.

SONETO.

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,
Argos de estrellas, imitada nave
Nubes vence, aire rompe y toca al cielo.

Esta, pues, que la cumbre del Carmelo
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,
Con muda admiracion muestra suave,
Casto amor, justa fe, piadoso celo.

¡Oh militante Iglesia, más segura
Pisa tierra, aire enciende, mar navega,
Y á más pilotos tu gobierno fia!

Triunfa eterna, está firme, vive pura;
Que ya en el golfo que te ves, se anega
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

A FELIPE IV.

Calderon no nació seguramente para poeta palaciego y cortesano, por más que las circunstancias de su vida y las aficiones personales de Felipe IV le llevaran á ese puesto.

El hombre de poderosa é inagotable fantasía de admirable fluidez, de riquísimo lirismo y de tan grande inventiva en sus comedias no supo nunca hacer versos panegiricos para el rey, ni para los potentados.

Emplea invariablemente en estas composiciones los tercetos, que se resentían no sólo de falta de espontaneidad é inspiracion, sino de una vulgaridad envuelta á veces en frases oscuras ó gongorinas. En cuanto al sentimiento, inútil es buscarle en las pocas composiciones de este género que escribió.

Hacemos estas reflexiones sobre los siguientes tercetos que dedicó al rey, y que fueron publicados por Lope de Vega, con la décima y la descripcion del Carmelo que van á continuacion.

TERCETOS.

¡Oh tú, temprano sol, que en el oriente
De tus primeros años has nacido
Coronado de luz resplandeciente,

Salve! y en tanto que á tu grato oído
De mi voz, por cantarte, los acentos
Labios son de metal contra el olvido.

Con presagios de ilustres vencimientos
Escucha el fin que tu principio encierra,
Rendidos á tus piés los elementos.

La tierra te consagra el que á la tierra
Sujetó, cuando, pródiga á su celo,
Los líquidos tesoros desencierra,

Y lloviendo al revés, salpicó el cielo,
Desangrando á Neptuno en rica fuente
Por venas de cristal sangre de hielo.

El mar te rinde aquel cuyo tridente
Tantas veces venció su orgullo fiero,
Segunda vez á límite obediente.

Aquel del mar Neptuno verdadero,
Que en varias partes no se distinguía
Cuándo segundo fué, cuándo primero.

Del dulce viento la region vacía
Favorable te ofrece aquella ave,
Que en éxtasis de amor vientos bebía.

Ave amorosa, pues, que con suave
Pluma llegó hasta el sol, en su sosiego
Volando dulce y suspendiendo grave.

El fuego te asegura el que del fuego
Nombre tomó, y el luminoso espacio
Vrrebatado vió, turbado y ciego.

Vive ¡oh Filipo! en celestial palacio;
Pues á tu admiración el cielo atento,
La tierra te da Isidro, el fuego Ignacio,
Francisco el mar, cuando Teresa viento.

DESCRIPCION DEL CARMELO,

YALABANZAS DE SANTA TERESA.

ROMANCE.

En la apacible Samaria,
Hácia donde el sol se pone,
En tûmulo de esmeraldas
Yace un gigante de flores.

Verde Atlante de los cielos,
Tanto á su beldad se opone,
Que, siendo cielo en la tierra,
Parece en el cielo monte.

Cerrándole al viento el paso,
Sube hasta la esfera, donde
Pedazo del cielo fuera,
A ser unas las colores,

Sin que el sol se albergue en ondas
Se le niega al horizonte,

Y hace anocheecer el día
Cuando amanecer la noche.

Aqueste, pues, cuyas plantas,
Aun en variedad conformes,
Son cultura celestial
De aquel jardinero noble;

De aquel venerable sol,
Que en más luminoso coche,
Por ecliptica de viento.
Planeta de fuego corre;

De aquel que rigiendo rayos
Quemó los vientos veloces,
Cuando abrasado el Carmelo,
Eclipse vió de dos soles ;

Este en la más eminente
Punta que en su luz se esconde,
Virgen rosa planta bella,
Por que del sol se corone :

Casta azucena ó jazmin
Suave, cuyos olores
En viva aroma los cielos
Piadosamente recogen.

Santo Carmelo, tu planta,
Es Teresa, por que logres.
Su hermosura, sin que el viento
O la marchite ó la borre.

A LOPE DE VEGA CARPIO.

DECIMA.

Aunque la persecucion
De la envidia tema el sabio,
No reciba della agravio;
Que es de serlo aprobacion.
Los que más presumen, son,
Lope, á los que envidia das,
Y en su presuncion verás
Lo que tus glorias merecen;
Pues los que más te engrandecen,
Son los que te envidian más.

EN LA CANONIZACION

DE SAN IGNACIO Y SAN FRANCISCO JAVIER.

El año 1622 hubo en Madrid un certámen poético para celebrar la canonizacion de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier. Calderon se presentó en aquel certámen, y fué premiado en primer lugar por un romance á San Ignacio, y en segundo por unas quintillas á San Francisco; composiciones ambas que fueron publicadas en la *Relacion de las fiestas que ha hecho el Colegio imperial de la Compañia de Jesus de Madrid en la canonizacion de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier*, por D. Fernando de Menforte y Herrera, que con gracioso estilo describe del siguiente modo el certámen :

• Apenas desocuparon la sala las décimas, quejas unas por el mal recibimiento que les habían hecho, otras ufanas por el buen despacho que se prometian, cuando asomó una procesion de penitentes bien ordenada, que por ser el tiempo tan poco á propósito, la extrañaron los señores jueces. Vestian todos sacos groseros; los piés descalzos, de donde se les ocasionó á muchos el venir tan lisiados en los piés, que sin poderse registrar volvieron á sus casas; los rostros ma-

cilentos y pálidos. Vertían á trechos arroyos de sangre con la disciplina, y á veces con profundos suspiros rezaban. Pareció desaire en tiempo de tantas fiestas sacar invencion tan triste, hasta que mirados más de cerca, hallaron ser los *Romances* que venían celebrando la penitencia rigurosa que San Ignacio hizo en Manresa, como pedía el sétimo certámen. Apénas entraron, cuando mandaron los señores jueces que se fuesen algunos á curar, por venir demasiado desangrados; y echaron á otros de la procesion, por las demasiadas galas que traían en procesion de penitentes. Entre los que quedaron, hallaron ser el principal D. Pedro Calderon que dando muestras en tan cortos años, como lo ha hecho en muchas ocasiones, de su ingenio, dijo: .

ROMANCE.

PENITENCIA DE SAN IGNACIO.

Con el cabello erizado,
Pálido el color del rostro,
Bañado en un sudor frio.
Vueltos al cielo los ojos,
Más muerto que vivo, haciendo
De gemidos y sollozos
Los suspiros una esfera.

Las lágrimas dos arroyos,
A Ignacio su mismo cuerpo,
Helade, sangriento y roto,
Desta manera le dice
Con voz baja y pecho ronco :
— No te espantes si te trato
Como ajeno de tí propio;
Que es bien que como otro hable,
Pues ya contigo soy otro.
No es mucho ignore quién eres,
Si el mismo que soy ignoro;
Que tal tu rigor me ha puesto,
Que áun á mí no me conozco.
Siete dias há que muero,
Pues vivo sin saber cómo,
Y á mi torpe natural
Forzosas leyes le rompo.
Negando lo que te pido,
Siete dias há que sólo
Agua de lágrimas bebo
Y pan de dolores como.
Duros abrojos tres veces
Castigan mis perezos
Miembros : tan estéril tierra
¿Qué ha de tener sinó abrojos?
Gastadas tengo las piedras
Donde las rodillas pongo,
Y por que cabales vivan
Cubro de sangre los hoyos.
Vivo cadáver me dejas,
Y en tu espíritu dichoso

Vas á gozar dulces gustos.
A gustar suaves gozós.
Todo en amor te transformas,
Por que vivas en Dios todo,
Con una gloriosa amorosa
Y con un amor glorioso.
Al alma sólo regalas :
Quejas justamente formo,
Pues á tus gustos mis penas
Son manjar dulce y sabroso.
Dueño soy de los sentidos :
¿Qué importa si no los gozó?
Pues sin alma ¿qué me sirven
Boca, manos, oídos ni ojos?
Yo sus contentos no gustó,
Yo sus gustos no los toco,
Sus regalos no los veo,
Sus dulzuras no las oigo.
Mira no se ofenda Dios,
Que cargues sobre mis hombros
Murallas de penitencia,
Siendo el cimiento tan poco.
Una llama soy que vivo
Obediente á un fácil soplo,
Humilde barro, y al fin
Fuego y humo, tierra y polvo.

QUINTILLAS.

RESUCITA SAN FRANCISCO VEINTICINCO
MUERTOS.

Tirana la idolatría
A su imperio mal regido,
Ignorante presidia,
En cuyo engaño el olvido
Muertas las almas tenía
Y entre ciegos pensamientos
De adoraciones inciertas,
Los cuerpos como violentos,
Trayendo las almas muertas,
Eran vivos monumentos.
Nuevo sol resplandeciente
En oriente amaneció
A su sueño, dignamente;
Que como á dar luz salió,
Empezó por el oriente.

Y como del cielo dueño
Vertiese rayos de fe,
En tan luminoso empeño
Forzoso á las almas fué
Despertar de largo sueño.
Muerta fué la luz que dió;
Mas de la muerte juez,
Mayor gloria mereció
Con alma que ya una vez
Helado el cuerpo dejó.

Más luz le debe advertir
Quien llega á considerar
Que puede, á tanto dormir,
El que duerme despertar,
Y no el que muere vivir.
Allí la piedra se ve,
Que guía con pasos ciortos;
Pero aquí obrando la fe,
Para veinticinco muertos
Trompeta del cielo fué.
Suena, y á su voz rendida
La muerte su imperio siente.
Y vuelve el alma ofendida :
¿ Quien vió á la muerte obediente ?
¿ Quien vió á la muerte dar vida ?
¡ Oh piadoso error del suelo !
¡ Oh no merecida palma !
Que es más con piadoso celo
Quitarle á la muerte un alma
Que darle tantas tantas al cielo.
Vencedor divino y fuerte,
¿ Quien habrá que no se asombre
Si vuestras glorias advierte,
Pues á Dios, en cuanto hombre,
Se pudo atrever la muerte ;
Y en desafío los dos,
Victorioso habeis salido ?
¿ Quién podrá atreverse á vos,
Pues os habeis atrevido
A la que se atreve á Dios ?
¿ Quien podrá miraros, quién,

Aunque al sol sus rayos pida,
Si dais para eterno bien,
No sólo á las almas vida,
Pero á los cuerpos también ?

RETRATO DEL AUTOR.

Calderon vino á Madrid, despues de haberse graduado de bachiller en Salamanca, á los veinte años. Joven, completamente libre, dotado de fogosa imaginacion, rodeado de la aureola de poeta, y en medio de una juventud licenciada y guerrera, cobró fácilmente aficion á la vida de aventuras del histrionismo. Fueron sus compañías cómicos y farsantes, y mujeres, por lo ménos, de muy dudosa moralidad, como que le toleraban sus libertades á trueque de que él tolerase las de ellas, segun se desprende de sus mismas palabras.

Su familia, que era distinguida, le reprendió esta vida, y á sus exhortaciones se debió que entrara de caballero del duque de Alba.

En esta época y con tal oficio, no ménos propio para aventuras y galanteos, escribió la siguiente carta, que, como dirigida á una dama, quizá no creyó nunca Calderon que viese la luz pública : tal es el desenfado y la soltura de lenguaje con que está escrita.

CARTA A UNA DAMA.

Curiosísima señora,
Tú, que mi estado preguntas,
Y de moribus et vita
Examinarme procuras;
Quien quiera que eres, atiende,
Y en cómico estilo escucha;
Que he de decirte un romance
Para quitarte la duda.
Va de retrato primero;
Luego, si quiere la musa,
Irá de costumbres, bien
Que habré de callar alguna.
Sea lámina el papel,
Matiz la tinta, la pluma
Pincel; quiera Dios que salga
Parecida mi pintura.
Yo soy un hombre de tan
Desconversable estatura,
Que entré los grandes es poca
Y entre los chicos es mucha.
Montañés soy; algo deudo
Allá, por chimenes de Astúrias,
De dos juecos de Castilla,
Lain Calvo y Nuño Rasura.
Hablen mollera y copete:
Mira, qué de cosas juntas
Te he dicho en cuatro palabras,
Pues dicen calva y alcurnia!

Prefiada tengo la fuente
Sin llegar el parto nunca,
Teniendo dolores todos
Los crecientes de la luna.
En la sien izquierda tengo
Cierta descabradura;
Que al encaje de unos celos
Vino pegada esta punta.
Las cejas van luego á quien
Desaliñadas arrugas
De un capote mal doblado
Suelen tener cejiuntas.
No me hallan los ojos todos,
Si atentos no me los buscan;
Que allá en dos cuencas, si lloran,
Uno es Huécar y otro es Júcar.
A ellos suben los bigotes
Por el tronco hasta la altura,
Cuervos que los he criado,
Y sacármelos procuran.
Pálido tengo el color,
La tez macilenta y mustia,
Desde que me aconteció
El espanto de una bubas.
En su lugar la nariz,
Ni bien es necia ni aguda,
Mas tan callada que ya
Ni con tabaco estornuda.
La boca es de espuerta rota,
Que vierte por las roturas
Cuanto sabe; sólo guarda

La herramienta de la gula.
Mis manos son piés de puerco,
Con su vello y con sus uñas,
Que, á comérmelas tras algo,
El *algo* fuera grosura.
El talle, si gusta el sastre,
Es largo; mas si no gusta,
Es corto; que él manda desde
Mi golilla á mi cintura.
De aquí á la lengua no hay
Cosa ni estéril ni oculta,
Sinó cuatro faltriqueras
Que no tienen *plus ni ultra*.
La pierna es pierna, y no más,
Ni jarifa ni robusta,
Algun tanto cuanto zamba,
Pero no zamba-cañuta.
Sólo el pié de mí te alabo,
Salvo que es de mala hechura,
Salvo que es muy ancho, y salvo
Que es largo, y salvo que suda.
Este soy pintiparado,
Sin lisonja hacerme alguna;
Y si así soy á mi vista,
Ay Dios! ;cuál seré á la tuya!
Dejemos en este estado
Mi levantada figura,
Y vamos de mis progresos
A la innumerable chusma;
Que hoy en tu servicio tengo
De cejar hasta la cuna

La memoria de mis años
; Oh, no me aflija entre burlas!
Nací en Madrid, y nací
Con suerte tan importuna,
Que hasta un *Ventura de Tal*
Conoci; no más ventura.
Creci; y mi señora madre,
Religiosamente astuta,
Como había en otra cosa,
Dió en que había de ser cura.
El de Troya me ordenó
De la primera tonsura.
De cuyas órdenes sólo
La coronilla me dura.
Bachiller por Salamanca
Tambien me hizo luego, cuya
Bachillería es licencia
Que en mil actos me disculpa.
La codicia de un bolsico
En la literaria justa
De Isidro me hizo poeta;
;Quién no ha pecado en pecunia?
Con lo cual Bártulo y Baldo
Se me quedaron á oscuras,
Pues en vez de decir leyes,
Hice coplas en ayunas.
La cómica inclinacion
Me llevó á la farandula:
Comedias hice, si malas
O buenas, tú te las juzga.
Desde letrado á poeta

Pasé ; y viendo cuánto acusan
A la poesía unos viejos
De impertinencia machucha,
Traté de mudar de estado,
Y por más estrecha y justa
Religion, la de escudero
Me recibió en su clausura.
Aquí discurra el lector,
Si es que hay lector que discurra,
; Cuáles son, para seguidos,
Los pasos de mi fortuna !
Gorron, poeta, escudero
He sido y seré ; ; oh suma
Paciencia de Job ! ; tuviste
Más calamidades juntas ?
Con estas tres profesiones,
; Quién imagina, quién duda
Que habré sido el *no en mis días*
De cualquier suegra futura ?
Y así, soltero hasta hoy
Me quedé, y hoy más que nunca,
Por razones de que el duque
Mi señor tiene la culpa ;
Que, como caballerizo
Me hizo su excelencia angusta,
Huyen todas, por no ser
Caballeriza ninguna.
De este desaire de todas,
Me despico con algunas,
Que me sufren mis defectos
Por que los suyos les sufra ;

Si bien el día de hoy
Está, con las grandes lluvias,
El tiempo tan apurado,
Que hasta amor pasa penuria.
Mas, como ajustarse al tiempo,
Dice un sabio que es cordura,
Siendo congrua de mi amor
Tres damas, con dos se ajusta.
Dos damas tengo no más ;
Que en la compañía más zurda
Por fuerza ha de haber quien haga
Primera dama y segunda.
Y como al fin, por el *troppo*
Variar, bella es natura,
De las dos con que me hallo,
Una es morena, otra rubia.
Una es dama de alta guisa,
Con su poco de aventura ;
De baja guisa es la otra ;
Que una es clara y otra culta.
Una es fea, y otra, y todo ;
Que en esto sólo se aunan,
Porque yo más quiero dos
Fealdades que una hermosura.
A entrambas las quiero bien :
Que aunque allá Platon murmura
Que el que quiere á un tiempo á dos
No quiere bien á ninguna.
Miente Platon ; porque ; qué es
Querer bien á una criatura,
Sinó querer su salud,

Sus galas y sus holgaras?

Suprimimos los últimos versos por ser demasiado libres.

ALA MUERTE DE MONTALBAN.

Calderon fué muy amigo del poeta Juan Perez de Montalban, en cuya compañía escribió las comedias *El Privilegio de las Mujeres*, *Polifemo y Circe*, y *El monstruo de la Fortuna*.

Murió Montalban el 25 de junio de 1638, y Calderon expresó el sentimiento por la muerte de tan constante amigo en las siguientes décimas.

Para comprenderlas bien es preciso recordar que Montalban se volvió loco año y medio antes de morir á lo cual se refieren los versos

Enviar delante previno

A todo su entendimiento;

y la atrevida imagen de la muerte, somergiéndole en un letargo y no atreviéndose á matarle de un golpe, con que termina la penúltima décima :

y llegó

De dos veces, porque no

Se atrevió de la primera.

DÉCIMAS

Aunque nuestro humano sér,
En llegándose á adquirir,
Nace sujeto á morir
Del achaque del nacer;
Y aunque es verdad que el tener
Vida nuestra humana suerte
Es accidente tan fuerte,
Que por ley establecida
Solamente el tener vida
Nos trae sentencia de muerte;

Dos consuelos ha tenido
Este inviolable, este cierto
Decreto del haber muerto
De achaque de haber nacido.
Es uno cuando ha vivido
El hombre tan ajustado,
Que en su muerto sea envidiado;
Y otro cuando se apercibe
Tal gloria, que muerto vive
En la fama que ha dejado.

Destos consuelos, es Hano
Que ha sido el mejor crisol
Nuestro Terencio español,
Nuestro Plauto castellano;
Dígalo al ver cuán en vano

La muerte le halló, si es cierto
Cuanto en uno y otro advierto
Que de-lucir no ha podido
La virtud con que ha vivido
Y la fama con que ha muerto

La vida, siempre ocupado
En estudios, la gastó;
La muerte nunca le halló
Para morir descuidado.
Tanto pues había ensayado
Morir y vivir, que atento
A no errar el fin violento
De tan dudoso camino,
Enviar delante previno
A todo su entendimiento.

No furioso frenesi,
No delirio riguroso
Su ánimo turbó piadoso;
Un blando letargo sí,
Para mostrarnos así
Cuanto la muerte severa
Sintió que se desluciera
Tanto s. jete; y llegó
De dos veces, porque no
Se atrevió de la primera.

Y supuesto que los cielos,
Si en sus piedades se advierte,
Nos dan hoy en una muerte

Vinculados dos consuelos.
No lloren nuestros desvelo,
No nuestro amor desespere;
Pues que mejor vida adqui
Pues que más gloria recibe
Quien hoy en su fama vive,
Y á vivir eterno muere.

PANEGÍRICO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALMIRANTE DE
CASTILLA.

Algunos biógrafos de Calderon han cita-
do este Panegirico sin haberlo visto; ha-
biendo asegurado algun articulista que se
había perdido.

Pero hemos tenido la fortuna de encon-
trar un ejemplar, que nos ha prestado nues-
tro amigo el conocido bibliófilo Sr. Sancho
Rayon, y del cual hemos hecho la siguiente
copia.

No tiene lugar ni año de impresion, aun-
que seguramente fué estampado en Madrid
y tal vez el mismo año de 1638, en que se dió
la batalla de Fuenterrabia: es un folleto
en 4.º de siete hojas, y tiene la siguiente
portada:

Panegirico del Excmo. Sr. D. Juan Al-
fonso Enrique de Cabrera y Colona, Almi-

La muerte le halló, si es cierto
Cuanto en uno y otro advierto
Que de-lucir no ha podido
La virtud con que ha vivido
Y la fama con que ha muerto

La vida, siempre ocupado
En estudios, la gastó;
La muerte nunca le halló
Para morir descuidado.
Tanto pues había ensayado
Morir y vivir, que atento
A no errar el fin violento
De tan dudoso camino,
Enviar delante previno
A todo su entendimiento.

No furioso frenesi,
No delirio riguroso
Su ánimo turbó piadoso;
Un blando letargo sí,
Para mostrarnos así
Cuanto la muerte severa
Sintió que se desluciera
Tanto s. jete; y llegó
De dos veces, porque no
Se atrevió de la primera.

Y supuesto que los cielos,
Si en sus piedades se advierte,
Nos dan hoy en una muerte

Vinculados dos consuelos.
No lloren nuestros desvelo,
No nuestro amor desespere;
Pues que mejor vida adqui
Pues que más gloria recibe
Quien hoy en su fama vive,
Y á vivir eterno muere.

PANEGÍRICO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALMIRANTE DE
CASTILLA.

Algunos biógrafos de Calderon han cita-
do este Panegirico sin haberlo visto; ha-
biendo asegurado algun articulista que se
había perdido.

Pero hemos tenido la fortuna de encon-
trar un ejemplar, que nos ha prestado nues-
tro amigo el conocido bibliófilo Sr. Sancho
Rayon, y del cual hemos hecho la siguiente
copia.

No tiene lugar ni año de impresion, aun-
que seguramente fué estampado en Madrid
y tal vez el mismo año de 1638, en que se dió
la batalla de Fuenterrabia: es un folleto
en 4.º de siete hojas, y tiene la siguiente
portada:

Panegirico del Excmo. Sr. D. Juan Al-
fonso Enrique de Cabrera y Colona, Almi-

rante de Castilla, Duque de Medina de Rio-
seco, Conde de Melgar y de Medica, Comen-
dador de Piedrabuena, Orden de Alcántara,
Gentilhombre de la Cámara de Su Majes-
tad, y su Capitan general de los ejércitos
de Castilla la Vieja, compuesto por Don
Pedro Calderon de la Barca, Caballero del
Hábito de Santiago. Encomendado á la pro-
teccion del Excmo. Sr. D. Francisco Fernan-
dez de la Cueva, Duque de Alburquerque,
Marqués de Cuéllar, Conde de Ledesma y
Nuelma, Señor de las villas de Mombeltran
y la Codosera, Gentilhombre de la Cámara
de Su Majestad.

En seguida contiene la siguiente dedica-
toria:

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DUQUE DE ALBURQUERQUE.

Este breve Panegirico, Excmo. Sr., que á
pesar de mi suficiencia ha escrito el afecto,
no se atreve á llegar á manos del Sr. Almi-
rante sin in padrino tan grande como V. E.
que supla con la autoridad que le sobra los
méritos que á él le faltan. Bien conozco que
no deja de ser error, enviar al amparo
de V. E. deseos en esta ocasion dedicados á
tercera persona, cuando debiera V. E. ser
primero acreedor de mayores alabanzas (pues
es cierto que ninguno en tan señalada vic-

toria tuvo mayor parte que V. E. acudiendo
en los empeños de ella á todo el desem-
peño de sus obligaciones, ocupando (princi-
palmente el dia de la ocasion) en la prime-
ra hilera de su tercio (el más aventurado
puesto del ejército): pero ántes, señor, que
el error se diese por error, y á fiado en dos
disculpas, se ha ya calificado por acierto.
Una es que no juzga por ajena la alabanza
del Sr. Almirante, sino por tan propia, como
la hacen la cercanía de la sangre, y lo es-
trecho de la amistad. Otra es saber de mí,
que si escribiera el Panegirico en servicio
de V. E. fuere el Sr. Almirante á quien
suplicara le pusiera en sus manos. Y pues
siempre hubiera yo un valedor que le
granjeara la estimacion que por mio desme-
rece, suplico á V. E. se le remita en su
pliego, para que á sombra suya, quede
segunda vez mi atrevimiento disculpado.
Guarde Dios á V. E. los felicísimos años
que desea este humilde criado de V. E. que
sus piés besa.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

TERCETOS.

Mil veces sea repetido el día,
Señor Excelentísimo, en que vea
Quieta España su heroica monarquía,

Repetida la luz mil voces sea,
Señor Excelentísimo, en que Francia
Los desengaños de su orgullo crea.

De una y otra fortuna la distancia
Fausta, y infausta piedra la seña,
Blanca al valor, y negra á la arrogancia.

¿Qué aplauso habrá que tanto triunfo
[iguale?]

¿Qué triunfo habrá que iguale tanta gloria,
Si una sola por todas juntas vale?

Roma lo diga, acuérdenos la Historia,
La variedad de honores que tenía.
Para quien la añadía una victoria.

Mural Corona ufana provenia
Al que contrario muros asaltaba
Por las brechas que abrió la batería.

Cívica, aquélla era que se daba
Al que en la lid tanto valor mostrase,
Que socorriese al que en peligro estaba.

Ballar se concedía al que ganase
Las trincheras, y fosos, que tuviese
El enemigo donde se amparase.

Triunfal, la antigüedad quiso que fuese
La que ilustrase al que á morir expuesto
En campal lid á cinco mil venciese.

Obsidional la que al peligro opuesto
Hiciese levantar al enemigo
Sitio que ya una vez tuviese puesto.

Pues siendo así, señor, que hoy es testigo
El mundo de que todo lo habeis hecho,
Todos los triunfos que os aclaman, digo,

Todos os apellidan, satisfecho
Cada cual de que él es conseguido
Del Real valor de vuestro ilustre pecho.

Mural faccion, vuestra faccion ha sido,
Puesto que el enemigo habeis hallado
En regulares muros defendido.

Por asalto fué dellos arrojado;
Luego ganado por asalto el muro,
Mural corona de oro habeis ganado.

Cívica tambien es de roble duro,
Puesto que á otro soccorristeis, cuando
Aun de sí mismo no vivía seguro.

Con la hambre el tiempo, y el Frances li
[diando,

Ya desahuciada de su valentia,
En brazos de la muerte agonizando
Estaba la leal Fuenterrabia

El dia que feliz la soccorristeis,
Que aun fué con el valor preciso el dia;
Luego si vida al casi muerto disteis,

La invasion de la patria asegurada,
La Cívica corona conseguisteis,
No ménos la Ballar, apellidada,

Así de los ballados en que se hacen
El foso, la trinchera, y la estacada;

Si éstas á vuestro impulso se deshacen,
Y llenas de despojos juntamente
Animo hoy, y codicia satisfacen,

Más gloriosa, señor, más dignamente
El esplendor de la Ballar corona
Los rayos ceñirá de vuestra frente.

Pero en vano sus méritos abona,
A preferir atenta cada una,
Si la Triunfal de su laurel blasona.

Mejor derecho tiene que ninguna,
Mejor acción por ser en sus empleos
La dádiva mayor de la fortuna.
Sólo aquel que ceñido de trofeos,

De cinco mil triunfó en campal batalla
Con ella satisfizo sus deseos.

Luego en vos, gran señor, para lograllo,
No solamente el número cumplido,
Pero excedido el número se halla.

Diez y ocho mil son los que habeis van-
[cido]

De poder á poder en la campaña,
Que tumba de cadáveres ha sido.

¡Oh! mire el sol con novedad extraña
Triunfales pompas, en España el día
Que entre en su corte el defensor de Es-

paña.
Mas no, que tanta pública alegría,

Aun es bastarda voz de vuestra fama,
Mudo clarín de vuestra bizarria.

La obsidional Corona es la que os llama.
Quien descinó por el laurel el oro,
Ahora el laurel descinó por la grama.

Rústica planta es, pero no ignoro,
Que fué de humana púrpura teñida,
De los Césares último decoro.

Esta diadema á todas preferida
(De muchos con afecto deseada,

De pocos con efecto conseguida),

Para vos, héroe invicto, está guardada
En el templo de Marte, donde yace
Más verde, cuanto más ensangrentada.

De las ruinas en quien silvestre nace,
Para dón el sitiado la teja
(Que al dón celo, y no el valor le hace),

Al que le desitiaba la ofrecia,
Siendo el mayor blason, de todos cuantos
La premiadora antigüedad tenia.

Entre los Dioses colocaba Santos,
Al que entre el sitio, y sitiador entraba
Noble despreciador de riesgos tantos,

Si un ejército pues desalojaba,
Y si un pueblo dejaba asegurado,
Semidios uno y otro le aclamaba.

A tanta dignidad habeis llegado.
Puesto en huida, el sitiador lo diga,
Dígallo en libertad puesto el sitiado.

Peró no un premio á otro contradiga,
Que quien todos á un tiempo los merece,
Todos á un tiempo es bien que los consiga.

Y así cuantas guirnaldas os ofrece
Hoy la inmortalidad de vuestra fama,
Que á nunca ser mayor por puntos crece,

Ceñid iguales y una y otra rama,
A vislumbres descubra entretejida
El oro, entre el laurel, el rable y grama,

No es modestia la gloria conseguida
Recatarla, diemas que siempre ha sido
La modestia, virtud no agradecida.

Pues habeis cinco glorias conseguido,
Cinco triunfos lograd; no se nos quede
Por pereza con ellos el olvido;

Fiscalice la envidia que no puede
Un hombre merecer, por más que un hombre
Verá que sí, él mismo á sí se excede.

¿Qué virtudes le dan alto renombre
A un general para vencer glorioso
Antes que con la espada con el nombre?

¿Ilustre sangre? ¿Espíritu brioso?
¿Felix fortuna? ¿prevencion prudente?
¿Prodiga mano? ¿y celo religioso?

Pues si tantas virtudes igualmente
Caben en un sujeto, en un sujeto
Tantos lauros cabrán precisamente.

Perdonadle, señor, hoy á mi afecto
La ociosidad de ver qué á cargo toma
Haceros ejemplar deste concepto.

Si ilustre sangre, ¿qué cerviz no dom
Lo Enriquez de los Reyes de Castilla
Lo Colona en los Césares de Roma!

Si ánimo invicto, ¿qué poder no humilla
Ardimiento que en todas ocasiones
Desenvaina el primero la cuchilla?

Si prudente gobierno, ¿qué blasones
No adquiere desvelada una cordura
Que obra tantos aciertos como acciones.

Si fortuna feliz, ¿qué más segura,
Que aquella que á pesar trai de los hados
Obediente á su arbitrio la ventura?

Si generosidad, ¿qué más probados

Argumentos, que ver entre despojos
Vos volveis pobre y ricos los soldados?

Y si celo católico, ¿qué enojos
No os cuesta algun insulto, desatando
Iras al pecho, y lágrimas los ojos?

¡Oh, enmudezca la envidia, confesando
Silogismos, que ya negar no puede,
Porque esta la verdad argumentando,

Y pues la misma envidia los concede,
Vivid, venced, triunfad, sin que ninguna
Accion al tiempo contra vos le quede!

Y si por dicha se volviere de una,
Que es decir, que en el mar no habeis te
[nido

Señor, de vuestra parte á la fortuna,
Estad de la respuesta prevenido,
Y no la general de que el acaso
Siempre avisa despues de acontecido.

Particular razon en este caso
Hay, sin aquella de que no amancilla
Al valor, la violencia del fracaso:

Y es que siendo desde una hasta otra
[orilla

Vos general del mar, por la gloriosa
Dignidad de Almirante de Castilla,
Celoso el mar de ver vanagloriosa
Con ejércitos vuestros á la tierra
Amotinó su saña procelosa.

Y desatando cuanta furia encierra
Ningun socorro que os llegase quiso
Por medio suyo, para hacer la guerra.

Venganza sin cordura y sin aviso,
Pues hizo más osado el vencimiento,
Cuanto el número hizo más remiso,

No advirtió que sobraba vuestro aliento,
Aun para conseguir mayores glorias
A despecho de mar, de fuego, y viento.

Ni es la primera vez que las Historias
Acordarán que en el Cantabrio suelo
Deben á vuestra casa sus victorias.

Esa plaza, esa misma al desconsuelo
Rendida, de otra gállica violencia,
Empresa fué de vuestro invicto abuelo.

Su libertad os viene por herencia.
Y hoy con mayor ventaja cuanto ha sido
La mejor redención la Providencia.

Más tiene que estimar el socorrido.
Antes de verse padecer el daño,
Que no después del daño padecido.

Que os debe más á vos, hoy defendida
La plaza, antes de riesgo tan extraño;
Que al que después la vió restituida.

Pues la habeis socorrido vos sitiada,
Si vuestro abuelo la cobró perdida.
Tante victoria pues; tan señalada

Facción; tan grande hazaña; tan altiva
Empresa; gloria al fin tan celebrada;
Siempre inmortal á par del tiempo viva.

Con voz la fama de metal la cante,
Y con el ras de oro el Sol la escriba
Siendo para que dure más constante,

Un bronce repetido cada acento,

Cada lámina un libro de diamante,
Que yo muda la voz, torpe el aliento
Ya reconozco, gran señor, que en suma
Ha menester tan generoso intento,
Mejor voz, mejor plectro, y mejor pluma,

VILLANCICOS

En ninguna parte hemos visto citados estos villancicos, cuyo conocimiento debemos al Sr. Sancho Rayon, que posee en su magnífica colección de libros raros y curiosos un ejemplar que probablemente es la primera y única edición.

Están incluidos en un folleto de 14 hojas de letra del siglo XVII, con este título:

Villancicos y letras que cantó la Capilla Real en la celebridad de esta octava.

El villancico primero es de D. Pedro Calderon de la Barca; el segundo de Moreto, y los que siguen de diversos poetas de su tiempo.

Se cantaron, según se deduce del texto, en honor de Santa Rosa de Lima, en una de aquellas funciones semi-religiosas, semi-cómicas, y tan grotescas, que no pudieron desterrar de los templos las repetidas prohibiciones de algunos obispos, y que sólo fueron suprimidas por la cultura y el progreso de los tiempos.

No tiene este libro año, ni lugar de impresión; y por tanto no es fácil decir cuándo se cantaron y cuándo escribió Calderón estos villancicos; pero puede asegurarse que fué antes de 1644, porque en este año falleció Vélez de Guevara, que fué uno de los que concurrieron á la fiesta con dos villancicos.

VILLANCICOS Y LETRAS,
QUE CANTO LA CAPILLA REAL EN LA
CELEBRIDAD DE ESTA OCTAVA

Villancico 2.

Estróbillo.

Una voz.

¿Habr  quien   una duda me d  res-
[puesta?]

Otra voz.

¿Qué duda hay en el mundo que no la
[tenga?]

Voz 1. 

Pues la duda vaya.

Coro 1. 

La duda vaya.

Voz 2. 

La duda venga.

Coro 2. 

La duda venga,
Que nosotros queremos satisfacerla.
Repiten todos.
¿Habr  quien   una duda, etc.

Caplas.

Voz 1. 

¿Por qué el día que María
El nombre de Isabel trueca
A quien quiere que corone
Una de sus Excelencias;
Ya que hubiese de ser Flor
De su hermosa primavera,
La que más en la guirralda
De sus sienes resplandezca,
Entre cuantos atributos
Su pura Concepción cercan
Escogió la Rosa, y no
El Lirio,   la Azucena?
Si Isabel es juramento
De Dios y se cumplió en en ella
Pues desde su tierna edad
Amor la jur  por Reina,
¿Por qué al amor deste voto
El lirio que ser ostenta
Símbolo suyo, no es
El nombre con que la premia?
Y si el azucena es

Símbolo de la pureza,
Y Isabel se la consagró
También desde su edad tierna,
¿Por qué de azucena el nombre
No la ilustra, en consecuencia
De que el nombre, y la virtud
En un sujeto convengan?
Y en fin, ¿por qué ha de ser Rosa
El blason que la engrandezca,
Si la Rosa sólo es
Símbolo de la vergüenza?

Coro 2.º

¿Es aquésta la duda?

Coro 1.º

La duda es ésta.

Voz 2.ª

Atencion, que queremos satisfacerla

Coro 1.º

De respuesta vaya.

Coro 2.º

Va de respuesta.

Coro 1.º

Per que agora quede suspensa.

Coro 2.º

Quede suspensa.

Todos.

Que despues habrá tiempo de que se vea,

Que no hay duda en el mundo que no la
[tenga.

EN RESPUESTA.

Villancico II

Estríbillo.

Voz 2.ª

¿Por qué si el lirio es amor,

Y la Azucena pureza

Isabel ha de ser Rosa,

Y no Lirio y Azucena?

Coro 1.º

¿Esta no es la duda?

Coro 2.º

La duda es ésta.

Coro 1.º

Atencion, que queremos satisfacerla.

Coro 2.º

De respuesta vaya.

Coro 1.º

Va de respuesta

Todos.

Vaya, pues por entonces quedó suspensa,

Y no hay duda en el mundo que no la
[tenga.

Coplas

Voz 2.^a

Azucena, y Lirio, aunque
Son hermosas flores bellas,
Que de pureza, y amor
Una, y otro lustre ostentan,
Son flores mal defendidas
A quien á tocarlas llega,
Pues una y otra no tienen
Espinass que la defiendan.
La púrpura de la Rosa
Dice Majestad, y en muestra
De ser la Reina del Prado
Armadas Archas la cercan.
Luego el ser Isabel Rosa
De varias espinas llena,
Sobre pureza, y amor
Dice áspera penitencia.
Amor, que no es más que amor,
Sin pasar á más fineza;
Castidad, que con quedarse
Castidad vive contenta,
Virtudes son, pero no
Virtudes más que en sí mesmas,
Mientras no las acompañan
Fervores, ansias y penas.
Demás, que á ninguna flor.

Se dá patria, que no sea
Comun á todas las flores
En valles, montes y selvas.
Sinó á la Rosa, pues cuando
En María se interpreta,
La Rosa de Jericó
La canta á voces la Iglesia,
Con que no sin privilegio
Quiso, que por compañera
La Rosa de Jericó
La Rosa del Perú tenga.

Una voz.

¿Habrá quien á una duda me dé res-
[puesta?

Otra voz,

¿Qué duda hay en el mundo que no la
[tenga?

Voz 1.

Pues la duda vaya.

Coro 1.^o

La duda vaya.

Voz. 2

La duda venga

Coro 2.^o

La duda venga,

Que nosotros queremos satisfacerla.

Repiten todos.

¿Habrá quien á una duda, etc.

010111

ELEGIA
EN LA MUERTE DEL PRINCIPE D. CARLOS.

El principe D. Carlos murió el 9 de Octubre de 1646 en Zaragoza, á la temprana edad de 16 años; y por tanto esta elegia debió escribirse en el mismo año de 1646.

AL SEÑOR INFANTE-CARDENAL.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y en lágrimas y quejas desatado,
Al mar corra, y al viento, que bien fio
Del mar hoy, y del viento mi cuidado,
Pues patrimonio son del mar, y el viento,
A un tiempo lo gemido y lo llorado.

¡Oh! rompa ya mi pena el sufrimiento
Y en lágrimas y quejas dividido
(Dignísimo Fernando) mi lamento
Llegue (ó bien de las ondas repetido
O mal restituído de las penas)
Piadosamente á merecer tu oído.

Lisonjas, y lisonjas no pequeñas,
Hace al dolor el que al dolor engaña,
Con voces, con suspiros, ó con señas
(Tú, de la gran metrópoli de España,
Que con arenas, y átomos de oro,
Pródigo dora el Tajo, y el sol baña,

Purpúreo Atlante: tú cuyo decoro
Desde lejos saludan dulcemente,
Dos cisnes, éste mudo, aquél canoro.

Va que al cuarto planeta en otro oriente
Sustituyes la luz, suples el día,
Lucero habilitado dignamente,

Bien como en la celeste monarquía,
Virey del sol, es el mejor lucero,
De quien el alma de sus rayos flía),

Engaña tu dolor (no porque espero
Que rústica mi voz te obligue á tanto,
Sinó porque mi llanto lisonjero

Las lágrimas mezclando con el canto,
En destempladas cláusulas ignora,
Aun él mismo, si fué música ó llanto.

No por vencer tu sentimiento agora
Mi acento sulca, ni mi pluma vuela
(Si bien, harto le vence quien le llora).

Con inútil retórica consuela
Al triste, el que su mal le facilita;
Pues al son que le aduerme, le desvela

Llore el que de su llanto ne resita,
Que en su principio á un occidente extraño,
Fuerzas le dá quien lágrimas le quita.

Una pena dorada de un engaño,
O cobra la razon, ó pierde el brio:
Y aquél es sólo repetirle el daño.

Así quejas y lágrimas envío.
¡Oh, rompa ya mi pena el sufrimiento!
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio?

Aunque mejor la fuerza de un tormento

Sabe sentirse, que decirse sabe,
Porque en la voz no cabe el sentimiento.
Parece que es mayor porque ántes,
[cuando,

Bozal y torpe en su principio estaba
De sí mismo, ella misma hería temblando.

Un siglo entónces, en poner tardaba
La flecha; un siglo entónces prevenía
El golpe; y tras dos siglos, áun la erraba.

Más hoy, que diestra la hizo la porfía,
Ni un instante el vivir deja seguro,
Que el día ménos cierto es cualquier día.

Nó el sagrado dosel, nó el fuerte muro,
La edad florida, ingenio el más perfecto,
La generosa sangre, el lustre puro,

La heroica Majestad, el real sujeto,
Todo adornado de gallardo brio,
Temor la causan, ni la dan respeto.

Todo lo postra, todo á su albedrío,
Cárlas, lo digo (y cuando á Cárlos nombra
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mío!)

Dígalos pues su voz, que muda asombra,
Y débale suspiros á la muerte,
Ver tanta luz desvanecida en sombra.

¿Si sagrado dosel? ¿si muro fuerte?
¿Qué muro fuerte? qué dosel sagrado?
¿El sol ciñe? ¿el mar cerca? ¿el cielo advierte?

¿Ya luciente? ¿ya nuboso? ¿ya estrellado?
Aquél vuele, aquél corra, y éste ande,
Que mirarse merezca reservado,

Como el alcázar de Felipe el Grande,

Cuando piadoso el hado un edificio,
Privilegiar de sus rigores mande.

Si lustre puro, ¿qué mayor indicio
De esplendor y de lustre, que ser rayo
De tanto sol? (no aquí deliré el juicio,

Porque un rayo del sol sienta un desmayo,
Que no deja de ser rey de las flores
Porque una flor se le malogre al mayo).

¿Si Majestad heroica? sus mayores
Triunfan hoy en las lides del olvido,
Nunca vencidos, siempre vencedores.

El águila alemana les dió nido,
El león de España albergue, que absoluto
Termino fué á su vuelo y su bramido.

Todo el orbe pagándoles tributo,
De una cuna del sol, hasta otra cuna,
Emperatriz el ave, y rey el bruto.

¿Si real sujeto? áun siendo siempre una,
Su fama se excedió tal vez, pues sella
Esta con más aplausos la fortuna.

Felipe santo, y Margarita bella,
Sus padres fueron de tan alta planta,
Que humanas flor, no es divina estrella.

¿Si claro ingenio? Manzanares canta,
Conceptos suyos, y conceptos llora:
Tanta es la fuerza de un afecto; tanta,
Que con la voz que al gusto hoy se ena

[mera

Quizá el pesar se llorará mañana,
Que áun una voz, á lo que nace ignora.

¿Si edad florida y juventud lozana?

Apénas cinco veces, cinco era.
Cumplido el curso en que veloz devana
Con hilos de oro el sol nuestra carrera,
Cuando por medio enmarañando el hilo:
Le contó inexorable la tijera.

No llegó al fin su fin; con nuevo estilo,
Hoy se acabó, y hoy se quedó pendiente.
¡Oh! ¿para cuándo era embotarse el filo?

¡Si brío gallardo, y ánimo valiente?
Dígame el mar que le rindió oportuno
En pequeño bajel más diligente.

Por príncipe los reinos de Neptuno
Y en cortes de agua príncipe jurado.
Votaron todos, y faltó ninguno.

De esperanzas, entonces coronado
Le vió la paz, y le aclamó la guerra;
Sólo á la tierra le costó cuidado.

Pues celosa de ver, que le destierra
Del centro natural al centro frío,
En sus entrañas le escondió la tierra.

¡Oh sacrilego amor! ¡Oh amor impío,
Que á tu costa tus celos has vengado!
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mío!

Y ya que tanto mérito postrado,
Humano al fin reparo no previno,
A la infalible indignacion del hado,

Al enojo infalible del destino,
Vamos á ver si le previene el celo
En la piedad del mérito divino.

¡Iba, pues, de la noche el negro velo
Borrando los matices, con que ansía

Al temple bosquejado tierra y cielo.
El doctísimo Artífice del día,
Y el sol depositado en luces bellas,
Espejo hecho pedazos parecía.

Que pedazos del sol son las estrellas;
Y así, cuando su luz se quiebra hermosa
Es un pequeño sol cada una de ellas.

Declaróse la noche temerosa,
Y tropezando perezoso el sueño
En la que iba arrastrando falda umbrosa,

Salió mostrando el arrugado ceño,
Que más horrores que cabellos vierte
De ciprés coronado y de beleño:

Y como medio hermano de la muerte,
Al mundo medio muerto sepultaba
Cuando aun al sueño hicieron que despierte.

Voces, que sólo el eco articulaba;
Porque todas á un ¡ay! las reducía,
Y errando el pueblo (si por dicha erraba),
Que en el silencio solamente cabe.

Mas ya que á tanto la pasión me obliga,
Quejas escucha (ó con acento grave
La voz las calle, ó el callar las diga)

De aquella son, y de todos enemiga.
Fatal deidad, cuya triunfante huella,
Sin que el respeto ni el temor la impida,
Alcáceres supremos atropella.

A cuyo carro la ambición asida
Arrastra las coronas que ántes fueron
Los ídolos humanos de la vida.
Aquella á quien en vano previnieron

Defensa, ni la pluma, ni la espada,
Que el valor y el ingenio se rindieron.
Alcaide de la vida, que á su entrada
Registro es nuestro el libro de la muerte,
Partida por partida señalada.

Con condición que ha de morir advierte,
Que entra á vivir el que nacer procura,
Echado á los umbrales de la suerte.
Nó el poder la venció, nó la hermosura;
Que ésta ni aquél pasó, sin que primero,
Con llanto no firmase la escritura.

Luego, ¡oh rigor! (iba á decir) severo,
Por cuenta le da el aire con que vive,
Que aún no es suyo este soplo más ligero.
¿Quién vive, pues, sabiendo que recibe

Tan contado el vivir, que siempre atenta
La muerte por las márgenes escribe
Una vez que respira, otra que alienta,

Y vez ninguna alienta, ni respira,
Que no adelgace el número á la cuenta?
¿Quién no se pasma aquí, quién no se admira!
¿Y quién sin miedo en desventura tanta
De qué se cumple el número suspira?

Oh, cuánta es hoy nuestra miseria, oh
[cuánta!

Que aunque siempre lo fué, considerando
Que hoy la muerte los plazos adelanta,
Aunque confusamente discurria,

Al Monte de Piedad llegó, al Erario,
En uno y otro templo de María,
Ne perdonó devoto santuario,

Que no solicitase á aquella hora,
Uno en la fé, y en el efecto vario;
Pues aunque dos imágenes adora,

Es sola una deidad: y así en lo oculto,
De noche en dos orientes vió una aurora.
Con poca pompa, el venerando bulto

(Si ya no fueran pompa las querellas,
Que querellas de fé también son culto)
Llegó á Palacio; y mudas las estrellas

Con muestras de dolor extraordinarias
(Quizá por ser de Carlos una de ellas)
Acompañaron, aunque en luz contrarias,

Las antorchas conformes en belleza,
Unas y otras nocturnas luminarias.
Madrid, viendo que plebe, y que nobleza,

Igualmente se inclina, igual se mueve
Al llanto, á la piedad y á la tristeza,
Quiere que suyos dos mensajes lleve

Por la nobleza un duque de Gandía
Y un labrador humilde por la plebe.
Francisco, pues, y Isidro ante María,

un tiempo en cielo y tierra están pos-
[trados
Alma y cuerpo gloriosos aquel día.

¿Oh! ¿no parece aquí que con candados
Están los cielos? pues abrid los cielos:
Mirad qué implican cielos y cerrados.

¿Tantos suspiros? ¿Tantos desconsoles?
¿Tan sincero clamor? ¿llanto tan frío
¿Tantas penas, Señor, tantos desvelos,
Solamente os merecen un desvío?

¿Cuándo la voz no fué del cielo llave?
 ¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio.
 Mas ¡ay! que en la mayor, en la más grave
 Pena, aunque sabe el que afligido llega
 Qué ha de pedir, qué ha de pedir no sabe,
 Que el hombre es liberal con quien le ruega,
 Por lo que á quien le ruega le concede,
 Y Dios es liberal por lo que niega.
 Tanto con él la voz ó el llanto puede,
 Que por agradecer la voz ó el llanto,
 Tal vez negando su poder excede.
 Luego tanto retiro, enojo tanto,
 Padeciendo rigor, será clemencia,
 Pues siempre es liberal el cielo santo.
 ¡Oh, quién de parte de la Providencia
 Hoy estos dos extremos careara,
 Aquí el dolor y allí la conveniencia,
 Por que al mundo el exámen consolara!
 Cuando en sombras y léjos percibiera
 El daño que otro daño le repara,
 ¡Qué alegre entónces, si la piedad viera
 Disfrazada en rigor del mismo cielo,
 Otra vez sus desdichas le pidiera!
 Pues si ignorante pide nuestro celo,
 Y docto él nos mejora la fortuna,
 Sirvanos el castigo de consuelo.
 Y pues del ataúd y de la cuna,
 Líneas en que nacemos y morimos,
 Una es la fortuna y la materia es una,
 Y de un sepulcro á otro sepulcro fuimos
 (Por los en que el pequeño mundo es-
 [triba])

Muriendo desde el punto en que nacimos,
 Dichoso aquél que de vivir se priva;
 Pues si á morir viviendo el hombre nace,
 Muriendo bien, no hay más para que viva.
 Ninguna accion al dueño satisface
 Tanto, que la atencion escrupulosa;
 No la enmiende despues, con que se hace
 Más perfecta, más noble ó más hermosa:
 Sólo el morir esta eleccion no tiene,
 Siendo el morir la más dificultosa.
 Luego á aquel que la muerte le previene
 Con avisos de un dia y otro dia,
 No llorarle, envidiarle nos conviene.
 Sucede, pues, al llanto la alegría,
 Pues para que al morir perfeccionase,
 Murió Carlos sabiendo que moria;
 Y ya que el cielo quiere que hoy abrase
 Las plumas, siendo pira el monumento,
 De quien su luz entre cenizas pase
 A otro centro, á otra esfera y á otro asiento,
 Y dejando á la tierra sus despojos
 Es ya estrella añadida al firmamento,
 Pasen tambien nuestros turbados ojos
 De un objeto á otro objeto su sentido,
 Que dichas podrán ver, quien pudo enojos.
 Veán que en prendas hoy de un bien perdido
 Dos los cielos eternos aperciben
 Que aún mal está el consuelo repetido.
 Felipe y Baltasar, felices viven,
 Cuyo nombre los hados respetando,
 Con letras de oro en láminas escriben

Que nunca el tiempo alcanzará volando,
 Porque aún el tiempo pasará primero,
 ¡Oh! vivan, pues; y tú, noble Fernando,
 Ya Marte religioso, ya guerrero
 Apolo, con la espada y con la pluma,
 De tantas esperanzas heredero,
 Al mar sujeta la rizada espuma,
 Postra á la tierra la cerviz altiva,
 Y haz que el mar y la tierra te presuma
 Luz que del sol Felipe se deriva;
 Y pues de ti tantos aplausos fio,
 Mientras tu nombre, ¡oh gran Fernando!
 [viva,
 No rompa ya el silencio el dolor mío.

PSALLE ET SILE.

No estuvo exento Calderon de persecuciones y de habillias desde el momento en que se hizo sacerdote y tuvo, por consiguiente, superiores jerárquicos á quien obedecer.

Apénas se ordenó hubo quien comenzó á censurarle por escribir comedias, creyendo que este arte era incompatible con la profesion sacerdotal.

Para comprender bien esta oposicion seria necesario recordar que durante todo el siglo xvn hubo frailes intransigentes y teólogos austeros que consideraban perju-

diciales los teatros, anti-cristianas las comedias y oficio bajo el de cómico. Sin la resistencia de Felipe IV, que era aficionado á este género de espectáculos, es muy probable que hubiesen triunfado constantemente aquellos intolerantes clérigos, y nos viéramos hoy privados de las mayores riquezas de la literatura castellana.

Calderon escribió los versos que siguen en Toledo, no sólo impresionado ante la tranquila vida que allí hizo, sinó pensando en la difícil situacion que le habian creado las murmuraciones y censuras por un lado, y su propia situacion y las órdenes del rey por otro.

Una voz le mandaba callar y otra cantar; su ánimo estaba suspenso y dudoso. En estas circunstancias debió sorprenderle maravillosamente la frase *Psalle et sile*, « canta y calla, » grabada precisamente en la reja del coro de la catedral adonde tenia que acudir diariamente á llenar los deberes de su cargo.

Pero aunque debió escribirlos desde 1633 á 1656, no se publicaron hasta el año de 1661, en un folleto con una curiosa lámina, reproduccion del coro de la catedral de Toledo.

Parte de esta composicion es oscura, como el estado de ánimo del gran poeta y austero sacerdote. Sus profundas medita-

ciones, en alas de la imaginación, penetran en los misterios que puede encerrar tan contradictorio precepto, y llegan á lo más abstruso de la teología.

DISCURSO LÉTRICO-ASCÉTICO,
SOBRE LA INSCRIPCION «PSALLE ET SILE»,
QUE ESTA GRABADA EN LA VERJA DEL
CORO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

Canta y calla, dice aquel
Mote, cuya soberana
Inscripcion, sacro buril
En grabado bronce estampa :
Bien como inscribió de versos
En sobrepuestas medallas
Salomon, de sus columnas
Dos capiteles y basas,
Canta y calla, otra vez leo,
Y otra vez suspensa el alma
Duda cómo se reduzca
A un precepto : *canta y calla*.
Porque si el callar es muda
Prision del silencio que ata
Con el uso de las voces
El rumor de las palabras ;
Y el cantar, no sólo es
Romperlas, pero entonarlas

Al concertado compás
De métrica consonancia :
¿ Cómo compuesto de dos
Proposiciones contrarias,
Sagrado precepto, á un tiempo
Cantar y callar me manda ?
Ignorante peregrino
Soy, que á las piadosas aras
Del sagrario de María
Condujo, no errante planta,
Fijo norte, sí, en aquella
Aguja, que sobre tantas
Cervices, ya de edificios,
Ya de montes, se levanta.
A ser en el desvelado
Eco de sus atalayas,
Cada clamor un sonoro
Clarín de la fé cristiana,
De cuyo animado bronce,
Aun más que del de la fama,
Conducido, llegué apenas
Al pié de sus torres altas.
Cuando inspirado del mismo
Boreal imán de mis ansias,
Saludé el umbral, diciendo :
• ¡ Salve, basilica santa,
Salve, primer metrópoli de España,
Pues hasta coronar tu frente altiva,
Ni en su dosel ciñó la paz oliva,
Ni la guerra, laurel en su campaña !
Salve, ¡ oh siempre católica montaña,

ciones, en alas de la imaginación, penetran en los misterios que puede encerrar tan contradictorio precepto, y llegan á lo más abstruso de la teología.

DISCURSO LÉTRICO-ASCÉTICO,
SOBRE LA INSCRIPCION «PSALLE ET SILE»,
QUE ESTA GRABADA EN LA VERJA DEL
CORO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

Canta y calla, dice aquel
Mote, cuya soberana
Inscripcion, sacro buril
En grabado bronce estampa :
Bien como inscribió de versos
En sobrepuestas medallas
Salomon, de sus columnas
Dos capiteles y basas,
Canta y calla, otra vez leo,
Y otra vez suspensa el alma
Duda cómo se reduzca
A un precepto : *canta y calla*.
Porque si el callar es muda
Prision del silencio que ata
Con el uso de las voces
El rumor de las palabras ;
Y el cantar, no sólo es
Romperlas, pero entonarlas

Al concertado compás
De métrica consonancia :
¿ Cómo compuesto de dos
Proposiciones contrarias,
Sagrado precepto, á un tiempo
Cantar y callar me manda ?
Ignorante peregrino
Soy, que á las piadosas aras
Del sagrario de María
Condujo, no errante planta,
Fijo norte, sí, en aquella
Aguja, que sobre tantas
Cervices, ya de edificios,
Ya de montes, se levanta.
A ser en el desvelado
Eco de sus atalayas,
Cada clamor un sonoro
Clarín de la fé cristiana,
De cuyo animado bronce,
Aun más que del de la fama,
Conducido, llegué apenas
Al pié de sus torres altas.
Cuando inspirado del mismo
Boreal imán de mis ansias,
Saludé el umbral, diciendo :
• ¡ Salve, basilica santa,
Salve, primer metrópoli de España,
Pues hasta coronar tu frente altiva,
Ni en su dosel ciñó la paz oliva,
Ni la guerra, laurel en su campaña !
Salve, ¡ oh siempre católica montaña,

Y tan siempre á la luz de la fé viva,
 Qué, áun entre los horrores de cautiva;
 Ajena te alumbró, pero no extraña!
 ¡Salve, erario feliz de glorias tantas,
 Que hoy en tu angelical cámara bella,
 Aun los mármoles son reliquias santas!
 ¡Salve, y permite al adorar la huella
 Que enterneció una piedra con sus plantas
 No esté mi corazón más duro que ella!
 Dije, y con temor tocando
 Del Perdon la primer grada
 (Que líneas del perdon nadie
 Pudo sin temor tocarlas),
 Al ámbito pasé, en cuyas
 Naves, la vista engolfada,
 Sin peligro de tormenta
 Corrió achaques de borrasca.
 ¡Oh, cuantas muertas noticias,
 Vivas memorias, ¡oh cuántas!
 Ofuscado el pensamiento,
 Revolvió al verse en su estancia!
 Desde aquella primitiva
 Edad, que en la tierna infancia
 De la fe, Diego y Torcuato,
 En ella sus raíces plantan,
 Eulogio las fertiliza,
 Julian y Eladio las labran,
 Un Eugenio las florece,
 Y otro Eugenio las consagra;
 Hasta que estrellas sus flores.
 Ya en los rizos de Leocadia,

Ya en las vestas de Maria,
 Las mira Ildefonso; y hasta
 Que, mudando la fortuna
 El semblante de dos caras
 (Que no es heroico el valer
 Que no se examina en ambas)
 Entre las góticas ruinas
 Que con sangre las esmaltan,
 Un Rodrigo las deshoja,
 Y otro Alfonso las restaura.
 Haciendo, restituida
 De los oprobios de esclava
 Aplausos de emperatriz,
 Que al sacudir su garganta
 Lo mozarabe coyunda,
 Vuelva, en honor de su patria,
 Esta española Sion.
 Esta Salen castellana,
 A ser ceñida de olivas,
 Laureles, cedros y palmas,
 Segunda Roma de Europa
 Y primer silla de España.
 ¡Oh santo Rey! Oh Fernando.
 ¡Qué presto á tus triunfos pasa
 La memoria! Mas ¡qué mucho,
 Si corre á darte las gracias
 De tanta fábrica excelsa,
 A quien tus piedades sacan
 De soterrada mezquita
 Para suntuoso alcázar?
 En cuya admiracion (ya

Lo dije), absorta y turbada
La vista, corrió tormenta;
Mas no, que todo es bonanza
De María, en puntos donde,
Aunque extranjero en su playa,
Saber su colocacion

No me costó preguntarla;
Que muchas señas de cielo
Me dió el iris de unas armas,
De quien zodiaco y signos
Fueron estrellas y bandas.

Ni es sin misterio que á un Sando
Timbres de otro Sando-val-gan;

Ni la primera vez que
Estrellas dejan del Alba.

Con que en su antigua eminencia
Llegué á verla colocada.

¿Qué bien parece que sea
Su eminencia quien la ensalza,

Si fuera cuarto Bernardo!

Yo, á los tres que en tres distancias,

Amantes de su pureza,

Uno escribe en alabanzas,

Otro en gozo la descubre,

Otro en tronos la levanta,

¿Quién con su espíritu duda,

Que hubiese dicho al mirarla:

• Retrato favorecido

Tanto del sol celestial,

Que en ti, como en un cristal,

Reverberó parecido?

¿Quién si no tú ha merecido

Ser tan perfecto traslado,

Que á su dueño cotejado,

Pueda dar el cielo fe

De que él solamente fué

Bien y fielmente sacado?

• Ignórese tu venida,

Por que en la suya se crea,

Que ella parecida sea

La que acá fué aparecida;

Y si de ángeles traída

Fuiste imagen celestial,

Bien en premio del leal

Afecto que lo creyó,

Lo que tu origen calló

Nos dijo tu original.

• Original dije, y fiel

Al nombre me estremecí,

Pues supo dél para tí

Sin saber para sí dél.

Sea el cielo tu dosel,

La tierra tu alfombra, pues,

Por quien dijo David es

La peana de tu altar;

Adoremos el lugar

Donde estuvieron tus piés.

¿Qué dijera? Más dijera,

Si á voces no me llamara

Aquella primera duda

Que tras sus ecos me arrastra.

Si ya no es que porque crea

En la perfecta elegancia
De su docta arquitectura
Cuánto es misteriosa y rara
Esta joya, de quien son
Mayores templos la caja,
Bien como preciosa perla
Que cupo dentro del nácar,
Su perfeccion solicita
Persuadir á mi ignorancia
Que es tan grande, que aun los son
Sus menores circunstancias.
Y así, cerrando el no ocioso
Paréntesis (pues si hablara
Del mote, sin que del mote
Diera el cincel que le graba,
Fuera dejar sus noticias
Al escrúpulo de vagas),
Vuelvo á la inscripcion, en que
Cantar y callar me mandan.
Aquí quedé, y convencido
A que son acciones varias,
Imposibles de que á un tiempo
Pueda el coro ejecutarlas,
Y habiendo de seguir una
De dos leyes tan sagradas,
Como son silencio y canto,
Habré de alegar por ambas.
Es el silencio un reservado archivo
Donde la discrecion tiene su asiento;
Moderacion del ánimo, que activo
Se arrastrara sin él del pensamiento.

Mañoso ardor del ménos discursivo
Y del más discursivo entendimiento;
Pues á nadie pesó de haber callado
Y á muchos les pesó de haber hablado.
Es contra el más colérico enemigo
El más templado freno de la ira;
De la pasion el más legal testigo,
Pues dice más que el que habla el que sus-
pira;
De la verdad tan familiar amigo,
Que á la simulacion de la mentira
La destiñe la tez, pues cuanto errante
Mintió la lengua, dismintió el semblante
Es quietud del espíritu divina,
A quien el mundo contrastar no puede;
De la modestia virgen peregrina,
Que una mano dá al labio, otra al escudo,
De cuantos sacrificios vió la indina
Adoracion, el pez, animal mudo,
Prohibido fué; que á luz de sacrificio,
Aun no estragó á esta virtud el vicio.
Y si de hablar y de callar le dieron
Tiempo el que más la perfeccion codicia,
Fué porque al corazon árbítro hicieron
De su sinceridad ó su malicia;
No porque del silencio no creyeron
Ser el culto mayor de la justicia:
Pues si á Dios en sus obras reverencio,
El idioma de Dios es el silencio.
Dígalo el cielo en el primero día,
Que el poder del Criador manifestaba;

Pues en el cielo gran silencio había,
Mientras Miguel con el dragon lidiaba,
Pues la tierra y la noche helada y fría
Que humano le adoró, en silencio estaba;
Y ya que árbitro fué de paz y guerra,
Lo que le amaron digan cielo y tierra
La escuela de Pitágoras cinco años
Sábiamente lección de callar daba;
La Tebaida, en sus cuerdos desengaños,
A callar solamente se juntaba:
Pues si á propios, filósofos y extraños
Retórico el silencio doctrinaba,
¿Qué gimnasio se orló de más laureles
Que el que cursaron fieles y no fieles?
Confieso que es una interior batalla;
Por eso se corona el que pelea,
Y para aquel que ménos fuerte se halla,
Consejo fué de iluminada idea,
Sacro proverbio en que se escribe: • O calla,
O algo di que mejor que callar sea;
Y si ha de ser mejor, calle, entre tanto
El silencio hasta ver si lo es el canto.
Es la blanda armonía...
No hablo en comun de aquella,
Que áspid del aire en flores escondido,
La fragancia que envía,
Hubo quien dijo de ella
Que era un hermoso estiércol del oído:
De aquella sí que ha sido
El aura de la nube
En quien el humo del incienso sube.

Es, pues, armonía
Que fervoroso afecto
A Dios dedica en culto reverente,
Interior alegría
De inspirado concepto,
Que ocultacion divina de la mente,
Prorumpo lo que siente
En conceptos veloces
De organizados números y voces,
Bien como amante llama
Que tras su impulso lleva
Las pasiones del ánimo y activa
El corazón que inflama,
Espíritu que eleva,
Prorumpo en llanto, que aunque compasiva
Suene allí, aquí festiva,
No distan canto y llanto;
Que el llanto del amor también es canto.
Su nombre se deduce
Del docto frase griego,
Cuya etimología interpretando,
Al cántico traduce
Voz herida, á que luego
Añada el himno cuando á Dios alaba.
De himno y canto trasciende
Su unisona blandura
A ser salmo despues, cuyo contento
De salterio desciende,
Que es cuando su dulzura
Se acompaña del músico instrumento:
De suerte que el acento,

El canto, es la voz pía,
El himno y el salterio la armonía,
Bien su origen pudiera
Alegar en el cielo,
Sin que antiguo al silencio ceda el canto;
Pues en la empyrea esfera,
Al sacrilego duelo
El himno sucedió del Santo, Santo!
Y en la tierra, pues cuanto
Calló la noche fría,
Dijo la Gloria en métrica alegría,
Mas ahora no resuelvo,
Pues sólo alego ahora
Para despues, dejando el magisterio
Al primer punto vuelvo,
Y pues ya nadie ignora
Qué es cántico, qué es himno, y qué es sal-
[terio.

Vamos á otro misterio,
Tantos siglos oculto,
De cuando el canto se introdujo al culto,
En Oriente hay quien diga
Tuvo origen : bien fuera
Que la luz nos viniera del Oriente
Si no hubiera quien siga
Que David la primera
Vez el arca cantó : y es más decente,
Creer que pastor invente
Que sagrados loores
Canten con sus rebaños los pastores.
La salmodia acredita

Esta opinion (que al genio
Sigue el afán que tras su imán le lleva,
Y nadie facilita
Trabajos al ingenio
Sin que interior espíritu le mueva),
Cuya afición comprueba
No haber hasta el ejemplo
De que entrase la música en el templo.
Que aunque canciones fueron
Las que á Dios dedicaron
Los hijos de Israel en voces claras,
En Débora se oyeron
Y en Barac se escucharon,
No en verbal sacrificio de las aras,
Que amablemente caras,
Veneraron rendidos
Del fervor entonados los gemidos.
En David, pues, el canto
Introducido al templo,
Bien la opinion de continuarse fundo.
Hasta que Ambrosio santo
Con el anciano ejemplo,
De ser devota aclamación del mundo,
Le dió (David segundo,
Y prelado primero)
Al arca del maná más verdadero.
Mas si las perfecciones
Del canto soberano
Acordar al silencio solicito,
¿Para qué de opiniones
Me valgo? pues en vano,

Por más autoridades que repito,
Su mérito infinito
Dirá la pluma mía
Si el cántico me acuerda de María
Calle Israel, y calle
Moises; calle su hermana
Con Débora y Barac; calle Isaías,
Calle David, y no halle
Aplauso el canto de Ana,
Habacuc, Simeon y Zacarías;
Callen las jerarquías;
Que si María canta,
¿Qué afecto mereció dignidad tanta?
Luego si el silencio tiene
Perfeccion tan sagrada,
Que son la tierra y el cielo
Solares de su prosapia;
Si perfecciones el canto,
Tan divinamente humanas,
Que en la suma perfeccion
De la perfeccion se hallan;
¿Cómo se dan dos virtudes
Opuestas? Pues la que extraña
Con otro estar, no será
Virtud, sinó repugnancia.
Mas ¡ay! ¡qué necio discurra
En dar á entender que haya
Entre el canto y el silencio
Desavenencia contraria!
Pues el silencio de aquella
Intelectual batalla,

No le interrumpió la voz
Que á Dios la victoria canta.
Bien como no interrumpió
Al silencio de la helada
Noche la voz de la Paz
Que oyó el hombre en voces altas;
Pues ántes, para que más
Sonasen sus alabanzas,
Aplaudidas del silencio,
Las hizo el silencio espaldas.
¡Oh si hubiera texto que
Probase cuánto se aman
Silencio y voz! Y si habrá,
Si en Juan nos le acuerda Marta.
En silencio, dice el sacro
Texto, que dijo á su hermana
Entrendo en Magdalo Cristo:
• María, el Maestro te llama. •
¿En silencio se lo dijo?
Luego es consecuencia clara
Que habla y no rompe el silencio
El que á propósito habla.
Con que la cuestion decide
La evangélica enseñanza,
Pues para ir á hablar con Cristo,
La habló con la circunstancia
De que la hablaba en silencio,
Dando á entender, recatada,
Que el que vaya á hablar con Dios,
A hablar en silencio vaya.
Y siendo así que ni uno ni otro cede,

Y el corazon al labio conformando,
 Callar, la mente en Dios, hablando puede,
 Quien puede, en Dios la mente, hablar ca-

[llando,

Por ambas partes asentado quede
 Cuánto el silencio y voz se avienen, cuando
 Tan atento el espíritu se halla,

Que cumpliendo con todo, canta y calla.

Y así, ¡oh tú en dignidad constituido

Tan sobrenatural, que, ángel humano,

Ejercer venturoso has merecido

Oficios que él ejerce soberano!

No en tanto ministerio divertido,

Desaproveches la ocasion; que en vano,

Del más sabio sujeto al ménos sabio,

Si no ora el corazon, trabaja el labio.

Tal vez con ronca voz desentonada

Al coro uno que en Dios se suspendía,

Y al destemplado acento en que cantaba,

Disonante la música armonía,

Con irrisión el raptó murmuraba,

Cuando se oyó que el cielo repetía:

«De vuestro canto, aunque la tropa es mu-

[cha,

Acá sola la ronca voz se escucha.»

A otro tal vez que en Dios arrebatado,

Cuidaba más del salmo que el concanto,

Aventando una parva, revelado

Le fué el demonio que llevaba el viento.

«¿Qué haces?» del santo monje preguntado.

— «Lo que otros (dijo): inútil mies aviento,

Que en aristas se lleva el aire vano,
 Dejando apenas de provecho un grano.

De suerte que no está en la consonancia

La perfeccion; no está en la residencia;

Que entonar y asistir es circunstancia,

Pero asistir y meditar esencia.

Del órgano lo diga la asonancia,

Del tímpano lo diga la cadencia,

Que asistiendo y sonando sin sentido,

Sólo les queda el mérito del ruido.

Cuando que atienda á Dios su voz me ad-

[vierte,

Yo, que me atienda á Dios tambien le digo;

Y siendo así que de una misma suerte

Hablamos, yo con Dios y Dios conmigo,

¡Cómo si mi descuido me divierte,

Me quejaré de lo que no consigo?

Pues descortés injuria es que pretenda,

No atendiendo yo á Dios, que Dios me

[atienda.

Si á hablar al rey en un negocio fueras,

El más considerable, y á él llegaras

Tan desatento que te divirtieras,

Y por hablar con otro no le hablaras,

Dime: á la majestad ¡cuánto ofendieras!

¡Cuánto la pretension tuya agraviaras!

Pues advierte, si obras sin decoro,

Que la audiencia de Dios es ese coro,

El negocio á que vas, no es ménos grave;

Que toda tu república fiada

En que es tu oficio orar y orar es llave

Que á siete horas del día te dá entrada,
¿Qué fatiga no esperan ver suave,
Noble el baston y rústica la azada,
Al ver en los afanes de la vida
Su medro en tu oracion comprometida ?
No tan de balde sirves, que no sea
Logro tuyo lo que uno y otro gana ;
Pues el soldado por tu paz pelea,
Y el labrador por tu sustento ufana.
Lo que hay de una tarea á otra tarea
Mide, y verás cuánto es más soberana
La de tratar y conversar al cielo,
Que arder al sol y tiritar al hielo
Y pues te cupo la mejor en suerte,
Nó ingrato á Dios y al hombre, la desdore :
A Dios, cuando el descuido te divierte ;
Al hombre, cuando impides sus favores.
De los propios descansos ser, advierte,
Las ajenas fatigas, acreedores ;
Y ¿qué más dicha que deber tus bienes
A otros la hambre y sed que tú no tienes ?
Y aún más felicidad goza tu estado ;
Pues quiere Dios tus deudas satisfagas
Con un caudal tan bien aprovechado,
Que te quedas con más mientras más pagas.
No divertido pues, no descuidado,
Culpa de lo que fué mérito hagas,
Y más cuando el precepto es tan suave,
Que en la union del cantar y callar cabe.
Tres vías ó tres grados de excelencia
Tiene en sí la oracion : la purgativa,

Que se reduce al canto y la asistencia ;
Luégo al silencio, la iluminativa ;
Luégo al silencio, y canto la eminencia,
Sigue de unirse á Dios, que es la unitiva ;
Y así, para el valor que en las tres se halla,
Asiste, ora, medita, *canta y calla*.
Que si asistes, en Dios el pensamiento,
Y orando, sólo en él la confianza,
Meditas el silencio y no el acento,
Cantando como suya su alabanza,
Verás, vacando á lo demas, que atento
El cielo al alto fin de tu esperanza,
Le muestra cuánto encierra, incluye cuánto,
La union felice de silencio y canto.

LA NADA DE LA VIDA.

Ha dicho uno de nuestros poetas contemporáneos que en España no debe haber quien se atreva á escribir décimas, después de Calderon ; y aunque la frase sea un poco exagerada, y fuese desmentida en el acto por otro poeta, que ha bajado hace poco al sepulcro haciendo unas décimas magníficas, es lo cierto que nadie como Calderon de la Barca ha sabido dar una entonacion especial á sus décimas y una terminacion tan perfecta y tan sonora.

Las que ponemos á continuación son un verdadero modelo; fueron escritas en la época en que el ilustre poeta abandonó la vida de cortesano y se retiró á Toledo, entregándose á meditaciones religiosas y ascéticas.

Pero á su mérito absoluto reúnen el de estar escritas con un profundo sentimiento.

La poesía ascética no brilló jamás en España, por más que hayan dicho algunos literatos. En ningún otro género poético hubo nunca más vulgaridad y más prosaismo, hasta venir á parar en aquellas *santas* que cantaban los hermanos del Pecado mortal cuando los tiraban la limosna desde los balcones envuelta en un papel encendido, para que fuera visible en la oscuridad de la noche.

Por eso estas décimas merecen ocupar un lugar distinguido en la poesía ascética castellana:

DÉCIMAS.

¡Oh tú, **que** estás sepultado

En el sueño del olvido,

Si para tu **bien** dormido,

Para tu mal desvelado!

Deja el letargo pesado;

Despierta **un** poco, y advierte

Que no es **bien** de esa suerte.

Duerma, y haga lo **que** hace,
Quien está desde **que** nace
En los brazos de la muerte.

Da lugar al pensamiento
Para que discorra, y veas
Que lo más que tú desees,
Es todo un poco de viento.
No labres sin fundamento
Máquinas de vanidad,
Pues la mayor majestad
En un sepulcro se encierra,
Donde dice, siendo tierra:
«Aquí vive la verdad.»

Mira cómo pasó ayer,
Velo como tanto años;
Evidentes desengaños
Del limitado poder.
Lo que fué dejó de ser,
Y no quedó de ello más
Del *ha sido*; tú que vas
Por ese mundo inconstante,
Mira que el que va adelante
Avisa al que va detrás.

La corona y la tiara,
Que tanto el mundo estimó,
¿Qué se hizo? ¿En qué paró?
Sinó en lo que todo para?
¡Oh mano del mundo avara!

Si tanto bien nos limitas,
¿Para qué, di, no incitas
A aspirar á más y más,
Si lo que despacio das
Tan de prisa nos lo quitas?

Si te engaña el propio amor
Para que nos vea el daño,
La muerte, que es desengaño,
Sirva de despertador.
Hoy nace la tierna flor,
Y hoy su curso se termina;
Todo á la muerte camina;
La estatua del más bizarro,
Como está fundada en barro,
La deshace cualquier china.

¿En qué piensas ó á qué aspiras
Cuando tras tu gusto vas,
Pues dél no te queda más
Que enemigos qué conspiras!
Si es que adelante no miras,
Mira la vida pasada;
Que si en tan corta jornada
Lo más pasa de esa suerte,
Hasta llegar á la muerte,
¿Qué te queda? Poco ó nada.

Desde el nacer al morir
Casi se puede dudar
Si el partir es el parar,

O el parar es el partir.
Tu carrera has de seguir:
Y pues con tal brevedad
Pasa la más larga edad,
¿Cómo duermes y no ves
Que lo que aquí un soplo es
Es allá una eternidad?

Mira el tiempo volador
Cómo pasa, y considera
Cómo van tras su carrera
Desde el menor al mayor.
El esclavo y el señor
Corren parejas iguales;
Que como nacen mortales,
Iguales van á la hoya,
De cuya deshecha troya
Aun no quedan las señales.

La juventud más lozana
¿En qué paró? ¿Qué se hizo?
Todo el tiempo lo deshizo,
Y anocheció su mañana;
La muerte siempre es temprana
Y no perdona á ninguno:
Goza del tiempo oportuno,
Granjea con tu talento;
Que aquí dan uno por ciento,
Y allí dan ciento por uno,

¿Qué eternidades te ofrece

La más dilatada vida,
Pues que apenas es venida
Cuando se desaparece?
Hoy piensas que te amanece,
Y es el día de tu ocaño;
¿Término breve y escaso!
Mas ¿qué mucho, si volando
Te va la muerte buscando,
Cuando tú vas paso á paso?

La dama más celebrada,
Lazo en que todos cayeron,
Ella y ellos, di, ¿qué fueron
Sinó tierra, polvo y nada?
¿Oh limitada jornada!
¿Oh frágil naturaleza!
La humildad y la grandeza
Todo en nada se resuelve:
Es de tierra y á ella vuelve,
Y así acaba en lo que empieza.

¿De qué te sirve anhelar
Por tener y más tener,
Si eso en tu muerte ha de ser
Fiscal que te ha de acusar?
Todo acá se ha de quedar;
Y pues no hay más que adquirir
En la vida, que el morir,
La tuya rige de modo,
Pues está en tu mano todo,
Que mueras para vivir.

MISERERES.

Los escribió seguramente Calderon en su época de ascetismo ó en muy avanzada edad; y han sido reproducidos no hace mucho en una coleccion escogida de *Misereres*.

AFECTOS

DE UN PECADOR SRREPENTIDO HABLANDO
CON DIOS EN FORMA DE CONFESION
GENERAL.

Señor, si esta muda lengua,
Que habla por el movimiento,
Y con s nido en sus cantos
Forma sin voz sus acentos.
Este cadente cincel.
Que labraba los aciertos
De su engaño con los m mos
Eslabones de sus hier os.
Este impelido volante,
Que sin parar un momento
En su giro, descansaba
Sólo en su desasosiego.
Esta infeliz pluma (digo)
Que con el cuidado mesmo
Con que hizo el afan culpable,
Pudo hacer justo el empleo.

Si hasta aquí sirvió de vario
Píncel á los varios centros,
Adonde el genio tiraba
Las líneas de sus afectos.
Si á la lira del antojo
También de agitante plectro,
Que hacía gemir los trastes
Con rozar los pensamientos.
Si fué compas que guiaba
Con métrico devaneo
Las castas fugas de Daphne,
Las torpes faltas de Vénus.
Y en fin, si escándalo fué,
Ya es bien, que con otro intento,
Pues sirvió para el delirio,
Que sirva para el ejemplo.
Tarde parece que llega
Este desengaño; pero
Nunca es tarde, porque siempre.
Para el desengaño es tiempo.
Tarde Dimas llega, y vos
Adelantando su ruego
Le ofrecéis un paraíso,
Y os pide sólo un recuerdo.
Tarde el prodigo á la casa
De su padre vuelve, y siendo
Indigno de perdon, le hizo
El dolor digno de premio.
Tarde á cultivar la viña
Los tardos obreros fueron,
Y reciben su jornal

Tan bien como los primeros.
Nunca es tarde para el justo
Dolor, porque hay en su efecto
Tal virtud que tiene ciencia
De retroceder los tiempos.
Incluya (pues) los vividos
Este penitente esfuerzo,
Que con ser dolor, no cumple,
Si no pasa á ser eterno.
Pues si todo lo adecuado
Ha de quedar satisfecho,
Aun el exceso será
Satisfacción, mas no exceso.
Cada cual de mis potencias
Me asista en tan triste duelo
Con su misma operación,
Pero con el fin diverso.
La voluntad licenciosa,
Que hizo en su relajamiento
Sueño de la destemplaza,
Haga confusión del sueño.
La memoria, que ofrecía
La impureza por recreo,
Contraste la reflexión,
Y ofrézcala por tormento.
Mi entendimiento engañado
Deje de formar conceptos
De ignorancia, y forme ya
Conceptos de entendimiento.
A este acto de luz concurren
También mis sentidos ciegos,

Pero no con el sentido.
Sinó con el sentimiento.
Sentidos (pues) y potencias
Formen voz, vario concepto,
Donde se haga union la misma
Diversidad del compuesto.
Y de música tan triste
Lleve los bajos (con diestro
Desengaño de sí mismo)
Mi propio conocimiento.
Que de lacrimosas voces
Hacer armonía intento
Para el concierto especial
De un general desconcierto.
Señor mío, no rehuses
El lance; pero te advierto,
Que el ánimo no ha de ser
Osadía, sinó aliento.
Aliento bien, que cobarde
De respectivo, creyendo,
Que te hará más animoso
La valentía del miedo.
Ya todo está prevenido,
Firme el propósito, hecho
El exámen, muerto el vicio;
Vivo el arrepentimiento.
Resta que salgan al labio
Estos áspides internos,
Que son culpas en la forma,
Y en la materia venenos.
Y este impuro corazón

Se purifique en sí mismo,
Antes, con fuego de llanto,
Después con llanto de fuego.
Y así ha de ser, por que vayan
En subsecuentes efectos,
Uno lavando lo que
Fuese el otro consumiéndose.
Para que quede capaz
(Al modo que puede serlo)
De abreviar en lo ceñido
Al que aún no cabe en lo inmenso.
Que con escudo de gracia
En los mentales reencuentros,
Ni hay por qué evitar los golpes
Ni hay por qué temer los riesgos.
Virgen, abogada nuestra,
A quien por gran privilegio
El Padre os dió de Hija el nombre
Para ser Madre del Verbo.
En este vocal juicio,
Donde yo me hago el proceso,
Abogad por mí, Señora,
Saldrá el delincuente absuelto.
A vos, ¡oh gran Sacerdote!
Todos mis yerros confieso,
Si es que puede numerarlos
El que pudo cometerlos.
Muchas son, Señor, mis culpas,
Porque en igual paralelo
De lo pecado y vivido,
Aun es lo vivido ménos.

Pronto el pensamiento á todos
 Los falsos ofrecimientos
 De la memoria, admitía
 Los engaños, como obsequios.
 Y en el seguro de estar
 La voluntad sin acuerdo,
 El que traía la especie
 Llevaba el consentimiento.
 Sabía la resistencia
 De los acontecimientos,
 Pero para descuidarlos,
 No para disponerlos.
 Antes ocultando el nombre,
 Por encubrir el defecto,
 Aunque resistencia era,
 Parecía sufrimiento.
 Y si tal vez resistió,
 Fué con descaecimiento
 Repugnante, como que
 Consentía resistiendo,
 Y aun desto la voluntad
 Se quejaba, suponiendo,
 Que la oposicion no era
 Reparo, sinó desprecio.
 Con que para complacerla,
 Y para cumplir con cierto
 Modo, tambien con su oficio
 Resistía, consintiendo.
 Todo lo ya sucedido
 Me ponía con ligero
 Curso presente tal vez,

Y todo en un pensamiento.
 Venía la reflexion
 El traidor rostro encubriendo,
 A introducir el estrago
 Con el disfraz del consuelo,
 Mi ciega credulidad,
 Gozando más, que inquiriendo,
 No averiguaba el engaño,
 Por no arriesgar el contento.
 Hasta que á la falsa imagen
 La razon corría el velo,
 Dejando el horror del torpe
 Simulacro descubierto.
 Y avergonzado el descuido,
 Y el engaño aun más soberbio,
 Se quedaba uno llorando,
 De que otro se iba riendo.
 No era menor el desorden
 De los labios, pues en ellos
 Se hizo la descompostura
 Gracia del esparcimiento
 De indecentes expresiones.
 Pero vuélvase al secreto
 La voz, no por parecer
 Dolor, parezca denuedo.
 Que hablo con vuestra deidad,
 Y por seguir el contexto
 Con rigor, puede el rigor
 Parecer arrojamiento.
 Vos, que mi pecho mirais,
 Oidme en él, y cumpliendo

Con la precision, tambie
Cumpliré con el respeto,
Que por mayor reverencia
Trocar los oficios quiero,
Callando por el dolor,
Hablando por el silencio.
Las obras, por infinitas.
Si en la ejecucion cupieron,
No en el cómputo, ni aun caben
En el encarecimiento.
Desbocado el apetito,
Tan sin rienda á sus despeños
Corría veloz, que aun no
Paraba en los escarmientos.
Antes para el precipicio
Los espectáculos mismos
(¡Qué horror!) le servían más
De estímulo, que de freno.
Como si no hubiera muerte
Vivía tan sin recelo,
Que el susto sólo inquietaba
Al temor, mas no al sosiego.
Y ni al temor, pues vivía
Tan descuidado del freno,
Que al parecer me juzgaba
Del fatal tributo exento.
Y como si todo fuera
Vida, pequé ton propensa
Al vicio, que ya no era
Curso sólo, sino anhelo:
Porque hidrópico de culpas,

Y en ellas mismas sediento
Saciaba la facultad,
Mas no saciaba el deseo.
Trozaba en los acasos
Y sin dudar los sucesos,
Hacia con la esperanza
Fortuna de los tropiezos.
En difíciles conquistas
Ocupaba el ardimiento,
Más que por gusto, por ocio,
Más que por valor, por genio.
Y de las victorias iba
La jactancia repartiendo
A la vanidad los triunfos,
Al deleite los trofeos.
Pero á este tiempo humillaba
De fuerte el activo vuelo,
Que en sí mismo se corrían
Los ojos de los empleos.
Y aun la extrañeza lo hallaba
El modo de componerlos,
Varios por la elevacion,
Y por el abatimiento.
Al fin cerrados los ojos
A los discursos, y abiertos
A los peligros, nada era
Reparo, todo era riesgo.
Y estos accidentes todos
Los guardaba el pensamiento
Para repetir los daños
Con repetir los recuerdos.

Siendo (pues) tantas mis culpas,
 Bien para el perdón que espero,
 Temo, como que confío,
 Confío como que temo.
 Mas ya con David clamando,
 Y el santo ejemplar siguiendo,
 Para grande ofensa, grande
 Misericordia prevengo.
 Vuestra gran misericordia,
 Porque no es bastante pienso
 El ordinario socorro
 Al extraordinario empeño.
 Y así os pido que, según
 O la multitud o el lleno
 De vuestras miseraciones,
 Borreis mis atrevimientos,
 Para labrar el horror
 De mis horrores, pequeño
 Es el raudal de mi llanto,
 Pues no es raudal, sino riego
 Lavadme vos más, y más
 En ese océano abierto
 De vuestro costado (herido,
 Más del amor que del hierro)
 En ese mar de piedades
 Lavad, y teñid á un tiempo
 Con el agua mis delitos,
 Con la sangre mis respetos
 Conozco mi iniquidad,
 Y que tenazmente opuesto
 Mi pecado contra mí,

Siempre contra mí le tengo,
 Tan fuerte contrario, ¿cómo
 Vencerle es posible (¡oh eterno
 Bien!) si siendo yo tan flaco,
 Aun vencerme á mí no puedo?
 Gloria de vuestra piedad
 Sería, que los esfuerzos
 Se trocasen, y que fuese
 Del vencido, el vencimiento.
 Pequé sólo contra Vos;
 Pero (Señor) si fué ajeno
 ¿El daño, y mío el arrojó,
 Cómo es el agravio vuestro?
 A varias inteligencias
 Empeña el alto concepto,
 Que á reparos del dolor
 Se ha podido hacer misterio.
 Sólo contra Vos, porque
 Si es vuestro el precepto impuesto,
 Vuestra la ofensa será
 También el quebrantamiento.
 Contra Vos, porque me hicisteis
 Vuestra imagen, y grosero
 (Con el pincel de la culpa)
 Borré el primor del diseño.
 Contra Vos sólo, porque
 Siempre á mi remedio atento,
 Sólo de vuestra piedad
 Quereis que espere el remedio
 Contra Vos, pues si estoviera
 Al cruel arbitrio expuesto

Del hombre, nunca esperara
El favor, sinó el despeño.
Contra Vos, porque tomásteis
Su ofensa en Vos, no queriendo
Que quedase mi perdon
Pendiente de su despecho.
Contra Vos, pues si pecara
Tambien contra el hombre, es cierto,
Serian los dos castigos,
Pues dos las ofensas fueron.
Y Vos, dulce Jesus mio,
Amante pródigo y tierno,
Por hacer ménos mis penas,
Así haceis mis culpas ménos.
Delante de Vos pequé,
Mas no extraño (aunque lo siento)
Que no os guardase el decoro
Quien os violaba el precepto.
Justificados están
Vuestros sacros documentos,
Pues no pude aprovecharlos
Porque no supe atenderlos,
Para que vengais, mi Dios,
Cuando juzgáredes; pero
Si el rigor tiene motivos,
Tambien la piedad pretextos.
Que fui concebido en culpa
(Señor) y al pecado mesmo
Me lleva la inclinacion
Con natural movimiento.
Bien que esto no es honestaros

El horror; es proponeros
Mi flaqueza, como causa
De mi desvanecimiento.
Pero ya en mi reduccion
Manifestais vuestra incierto
Oculto saber, no sólo
Como dón, como portento.
Sí, que es ciencia de milagro
Dar vida de gracia á un cuerpo
Muerto por la culpa, y por
La obstinacion más muerto.
Rociadme con el hisopo
De vuestra piedad, darémos,
Yo envidia á la nieve misma,
Vos júbilo al mismo cielo.
Sí, que un pecador contrito
Para el Cielo, es tal reflejo,
Que puede aumentar su gloria,
Si cabe en su gloria aumento.
Gozo daréis á mi oído,
Y mayor, reconociendo,
Que lo que al favor le sobra
Le falta al merecimiento.
Y será tal la alegría,
Que aún los humillados huesos
Saltos darán de placer,
Como de agradecimiento.
Apartad de mis fealdades
(Señor) el rostro severo,
Por que no le irriten más
Los ojos con los objetos.

Y para que á la hermosura
Vuelva de mi sér primero,
Pulid todos mis cuidados,
Borrad todos mis defectos.
Otro nuevo corazon
Cread en mí, extinguiendo
Antes (del todo) el antiguo,
Por que no pervierta el nuevo.
Que puede lo relajado
De fuerte arrastrar lo recto,
Que los dictámenes puros
Sigan los torpes ejemplos.
No me arrojéis de Vos mismo,
Y vuestro sagrado ceño,
Como castigo le mire.
Pero no como despego.
Que por pena de mi culpa
Se hará gozo el ser consuelo,
Pues en lo mismo que está
Penando está mereciendo.
Pero por desvío siempre
Estará el amor sintiendo,
Que fuese la sinrazon
Razon del desabrimiento.
Y siempre el temor dudando
Sin medio de algun consuelo.
Que le asegure, porque entre
Amar y temer no hay medio.
Vuelva á mi alma aquel gozo
Que mis potencias perdieron
Por mi culpa, y mis sentidos

Por su desalumbamiento
Y en aquel feliz estado
Me confirme con su aliento
Vuestro espíritu divino
Por gracia, si no por premio.
Enseñaré á los errados
Los dos rumbos contrapuestos
De la inmortal redencion,
Y del mortal cautiverio,
Por que el alma naufragante
El norte fijo siguiendo,
Salga del incierto golfo,
Y llegue al seguro puerto.
Dios de mi salud, libradme
De unas ansias, que no siendo
Pasiones, con la malicia
Enfermedades se han vuelto.
Templad, Médico Divino,
Estos humores perversos,
Que llagando el alma dejan
Sano (al parecer) el cuerpo,
Mas no, que llagas de vicios
Se han de curar con cauterios
De ardiente rigor, por que
Un fuego abraza otro fuego.
Recetadme una bebida
De eficaz remordimiento,
Que tanto vaya sanando,
Cuanto fuere remordiendo.
Y recobrada mi lengua
Del pasmo, en que la tuvieron

Los contrarios accidentes
De unos mismos devaneos,
Cantaré vuestra justicia
Venerando y aplaudiendo
Sus juicios la admiracion,
Que es la voz de los misterios.
Abrid mis labios, Señor,
Para que os ensalce en ellos,
Y os dé más gloria ensalzando,
Por tan humilde instrumento.
Ensalarán la que hicisteis
Transformacion en Vos mismo
(Por dicha nuestra) de bravo
Leon á manso cordero.
Para que las confianzas,
Que en las iras se encogieron,
Entre las benignidades
Pierdan los encogimientos.
Si os agradaran ahora
Por sacrificios aquellos
Sangrientamente tendidos,
Ruidosamente sangrientos,
Yo bañara vuestras aras
Con mi sangre, componiendo
De la vida y del dolor
La víctima y el acero.
Mas para Vos un humilde
Corazon, que de su intento
Pesar hace el sacrificio,
Este es más de vuestro aprecio.
Mi espiritu (pues) gozoso,

Y atribulado os ofrezco,
Si por ser mio (Señor)
No pierde el ofrecimiento.
Y si le admitís, en él
Se unirán los dos extremos,
Que en la gracia no se implican
Tribulacion y contento.
Mostrad buena voluntad
A esta Sion de mi pecho
(Si en alegórica frase
Entender la letra puedo),
Y de la Jerusalem
De mi alma los deshechos
Muros se edificarán,
Firmes al dolor y al tiempo.
Entonces aceptaréis
Por sacrificios los ruegos,
Por oblaciones las ansias,
Por holocaustos los miedos.
Los miedos, sí, que se irán
Con el amor encendiendo,
Tanto, que pasen de ser
Temores á ser incendios.
Sobre vuestro altar entonces
Pondré mi contrito afecto
(Las victimas mejorando)
Llantos en vez de becerros.
Señor, vuestro grande auxilio
Vuelvo á pedir, porque temo
Malograr el suficiente,
Y así el eficaz pretendo.

Que aunque yo no le merezca,
Me hace este conocimiento;
Como capaz de alcanzarlo,
Ya que no de merecerlo.
Misericordia, Señor,
Para lo cual os contempló
En esa cruz derramando
Lo mismo que estoy pidiendo.
Porque en la cruz consumásteis
El universal bien nuestro,
Tantos tiempos prometido,
Y esperado tantos tiempos.
Y así ó para obligaros,
Mi dios, ó para moveros
A más piedad, tiernamente
En la cruz os considero.
Y si en esa cruz mis culpas
(Redentor mío) os pusieron;
Me habeis de permitir que haga
Desta obligacion derecho.
Derecho para la gracia
Este discurso exponiendo,
Como consideracion
(Señor), no como argumento.
Por redimir á los hombres
Permitió vuestro decreto,
Que á precio vil se vendiese
Lo que no tenía precio.
Que infame atrevida turba
Con escandaloso estruendo,
Memorable antonomasia

Hiciese de un prendimiento,
Que trabucándose el orden
Comun de los juicios rectos
(¡Oh alta Providencia!), el juez
Fuese juzgado del reo;
Que cruel tormenta de azotes
Corriese en el turbulento
Mar de un mármol el Piloto
Real de la nave del cielo.
Que por burla os coronase
La impiedad, no previniendo.
Que habiais de convertir
En blason el vituperio;
Que aleve mano imprimiese
En el puro papel terso
De vuestra sacra mejilla
La estampa infiel de sus dedos.
Que con una cruz al hombro
Os necesitase el peso
Del socorro del amor,
Que era el mejor Cireneo.
Que enclavado en esa cruz,
Dulces clavos, dulce leño,
Donde en amarga pelea
Triunfó de la muerte el muerto.
Que en esa cruz elevado
Fuese el lamentable objeto,
Lástima del mundo, y risa
Sólo del ingrato pueblo.
Que allí vuestro desamparo
Expresárais, pareciendo

Queja el doloroso grito,
Y todo fué sacramento.
Que inclinando la cabeza,
Y el espíritu ofreciendo
Se efectuase la esperada
Redencion del universo.
Pues, Señor, si padecisteis
Esto, y más por mí, ¿todo esto
Había de ser malogro,
Habiendo de ser remedio?
No, Señor; no lo permita
Vuestra autoridad, pues siendo
Dueño de mi alma, os toca
Ampararla como dueño.
Ni vuestra fineza, pues
Si empeña el favor primero
A otros favores, ya en vos
El curso parece empeño.
Ni vuestro amor, que si siempre
Se ha querido mucho aquello
Que mucho ha costado, mucho
Me queréis, pues tanto os cuesta.
Ni vuestro poder, pues fuera
Un cierto deslucimiento,
Suyo, que á su oposicion
Pueda más quién puede ménos.
Bien sé que Vos que me hicisteis
Sin mí (¡oh Hacedor Supremo!),
Sin mí no me salvaréis,
Porque he de pagar, pues debo.
Mas ya pongo de mi parte

(Señor) los buenos deseos,
Poned vos lo que le falta
A la deuda del descuento.
Que si vos no lo suplís
Para tan gran desempeño,
Yo no tengo más caudal
Que el dolor de no tenerlo.
¡Ea, Padre Celestial,
Absolvedme de mis yerros,
Que contra todos me irrito,
Tanto como me arrepiento!
Y mientras haceis la forma
De la absolucion que espero,
Diré con la confianza,
Con la fé y el sentimiento.
Señor mío Jesucristo,
Si llamamos mío puedo.
Habiendo tan mal cumplido
Con la obligacion de vuestro.
Dios y verdadero hombre,
Pues sólo Dios pudo serlo
¡Que en el mundo no se puede
Hallar hombre verdadero).
Mi Criador y Redentor,
Que aún mi caída anteviendo
Me criásteis, pero fué
Para redimirme luego.
Por ser Vos quien sois, no más,
Pues no hay más qué ser, supuesto
Que sólo Vos de Vos mismo
Sois extension y compendio,

Y porque os amo tambien,
Aun mas de lo que encarezco,
Que mi amor se pasta allá
De los encarecimientos,
Me pesa (Señor) de todo
Corazon de que debiendo
Agradaros tanto, tanto
Haya podido ofenderos.
Propongo hacer de mi vida
Metamorfóseos tan nuevo,
Que trasformandome en otro
No me conozca á mi mismo.
Confesaré mis delitos,
Por que encuentre el corrimiento
Otro acto de castigaros
En el horror de exponerlos.
Cumpliré la penitencia
Que se me imponga, añadiendo
A la suavidad del orden
El rigor del tratamiento.
Mis buenas obras, palabras,
Pensamientos, os ofrezco.
Si en mí (Señor) puede haber
Algo bueno que ofrezcero.
Mas por que este sacrificio
Os pueda ser más acepto
(Que por mí solamente
Ni tendrá valor ni aprecio),
Le uniré con los que hicisteis
Por mí Vos mismo en el Huerto
Pasible, incruento en la Hostia,

Despues en la cruz cruento.
Que á Vos serán agradables,
Y á mí dichosos, pudiendo
Aplicar á mis pecados
Todos sus merecimientos,
Por que seais alabado
En la Tierra y en el Cielo
Por los tiempos de los siglos,
Por los siglos de los tiempos.

A SAN FRANCISCO DE BORJA.

Con motivo del certámen celebrado en la
Canonizacion de San Francisco de Borja en
1671 escribió Calderon de la Barca una
cancion y un soneto.

La cancion tiene por objeto celebrar el
mérito adquirido sobre el heredado, y el so-
neto recordar el hecho insigne de San Fran-
cisco, que siendo virey de Cataluña se vió
acomotido, puñal en mano, por un caballero,
y se contentó con reprenderle en vez de
castigarle.

CANCION.

Al que nace glorioso
No más de porque nace
Destinado al dosel desde la cuna,

Y sin lid victorioso,
Propio mérito hace
El que es gracioso dón de la fortuna,
Poca gloria ó ninguna
Su espíritu ha debido;
Que el blason heredado,
Es un tesoro hallado,
Sin el heroico timbre de adquirido;
Pues sólo le merece
El que á ser más de lo que nace, crece.
Es la vida batalla,
En que no se corona
Quien vencedor de sí no se apellida:
Luego aquel que se halla
Tan fuerte que abandona
Los militares riesgos de la vida,
Es el que merecida
Consigue la victoria.
Bien Francisco lo diga;
Pues contra la enemiga
Hueste que acaudilló la vanagloria,
Cercado de su abismo,
Vencido, vencedor fué de sí mismo,
De cuantas venenosas
Fieras en real palacio
La sangre alimentó de más nobleza;
De cuantas cautelosas
Astucias en su espacio
Monstruosos pastos son de la grandeza,
Supo su fortaleza
Arrastrar los despojos,

Negando sus sentidos
A la lisonja oídos,
Labios al ocio, séquito á los ojos.
¡Oh cuánto á sí se debe
Quien contra sí sus mismas armas mueve
O mucha industria ó mucha
Cautela prevenia
Robusto gladiador, que sin abrigo,
Para entrar en la lucha,
Las armas deponia
Por no dar de qué asir al enemigo.
De este ardid sea testigo
El mundo al mirar cuánto
Le lidia desasido
El que hollar ha sabido
Ducal corona, arnés, púrpura y manto:
Con que al verle desnudo,
A quien no pudo asir, vencer no pudo.
Humilde pluma mia,
Abate, abate el remontado vuelo;
Que es sobrada osadía
Seguir á quien ya es sol de mejor cielo.
Y bástele á tu celo
Que en su triunfante día
Cuatro Francisco ve la Compañía
De aquellos tres, en cuyo paralelo
Cuatro astros que su eclíptica hermocean,
Asis, Paula, Javier y Borja sean.

SONETO.

Jóven arrojo mal precipitado
 Dos dignidades ofendió atrevido ;
 Marqués, pudo el valor verle rendido:
 Virey, pudo el poder verle postrado.
 Ni de uno ni otro se valió indignado,
 Quien de uno y otro se valió advertido :
 ¿Qué más poder que haberse reprimido?
 ¿Qué más valor que haberle perdonado?
 No á poca costa, pues, del sentimiento,
 Le vence una pasión : ; oh quién dijera
 La opresion con que fué, si considera
 Que no fuera acto heroico el sufrimiento,
 Si el sufrimiento grave cruz no fuera?

LAGRIMAS

QUE VIERTE UN ALMA ARREPENTIDA.

No hemos podido saber cuándo se imprimió por primera vez esta composicion. La dió á luz D. Luis Ramirez de Arellano en los *Avisos para la muerte*, escritos por algunos ingenios de España, • añadidos en esta séptima impresion. Madrid, 1672. • Y no habiendo hallado ninguna edicion ante-

rior, no podemos asegurar que las *Lágrimas* fuesen una de las poesias añadidas.

De todos modos, se publicaron en vida de Calderon, y debieron ser escritos en Toledo desde 1653 á 1662, ó despues de alguna de las muchas enfermedades que eran ya achaque del anciano sacerdote.

Las publicó tambien en 1823 en Hamburgo D. Juan Nicolas Bolh de Faber en la segunda parte de la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, con las variantes que hemos seguido en el texto.

Y por último, las dió á conocer el señor Hartzenbusch en el apéndice á las obras dramáticas de Calderon de la Barca.

ROMANCE.

Ahora Señor, ahora
 Que ya este humano edificio
 En el polvo de su fin
 Se reduce á su principio;

Ahora que, descompuesto
 Este vital artificio
 Que un suspiro gobernó,
 Le va faltando un suspiro;

Ahora que á mis alientos
 Está el número cumplido,
 Pues sin esperanza de otro,
 Respiro éste que respiro;

Ahora que rebelados
Mis potencias y sentidos,
Son, parciales de mi muerte,
Mis mayores enemigos ;

Ahora que al desatarse
Esta lazada que hizo
La naturaleza, el alma
Está pendiente de un hilo ;

Ahora que el pulso débil,
Torpe la voz, yerto el brio,
En parasismos se emboza
El último parasismo :

Es tiempo, Señor, es tiempo
De conocer los amigos,
Pues el amigo mayor
Se ve en el mayor peligro.

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido.

Pues si nacemos llorando,
También llorando morimos !

Un gemido la primera
Salva fué que al mundo hicimos,
Y el último vale que

Le hacemos, es un gemido.

Entre cuna y ataúd
Sólo esta distancia ha habido,
Hacia la Tierra ó el Cielo
Arrojarnos ó admitirnos.

¡Vive el hombre ó muere el hombre!
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porque

Todo se hace de un camino,
¡Qué más ejemplo que yo,
A este letargo rendido,
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que muero,

Pero si para morir
No há menester más deliquio
Ni más crítico accidente
El hombre que haber nacido,
¡Oh felice yo, felice,
Que morir he merecido
En vuestra fé, recibiendo
Tantos mortales avisos !

Y aunque es preciso el morir,
Con lo que os pago os obligo,
Pues resignado en Vos, hago
Voluntario lo preciso.

No justiciero cerreis
A mis voces los oídos,
Sínó misericordioso
Atended al llanto mio.

Justicia y misericordia
Dos atributos son dignos,
Que uno y otro en Vos estan
Igualados, no excedidos.

Pues ¿por qué habeis de mostrarnos
Riguroso y no benigno,
Siendo rigor y piedad
En Vos, Señor, uno mismo?

El castigo y el perdon
Una costa os han tenido ;

Pues echad ántes la mano
Al perdon, que no al castigo.

Que, puesto que vos morís
Para que yo viva, indigno
Será, Señor, que un Dios nuestro
No salve á un pecador vivo.

¿Indigno dije? ¡Ah, Señor!
No supe cómo decirlo,
Al verlo en Vos intentado,
Sin verlo en mí conseguido.

Mas ¡ay de mí! que Vos siempre
Salvarme habeis pretendido;
Pero aunque sin mí me hicisteis,
Me habeis de salvar conmigo.

Mi Redendor soís, Señor;
Que aunque el hebreo atrevido
Pudo quitaros la vida,
No pudo nunca el oficio,

Mas ¡ay de mí! que cualquiera
Es bastante á hacer delitos,
Y á satisfacer no basta
El infeliz que los hizo.

De Adán la ofensa primera
Me echó á esta cárcel que animo,
Y ántes de nacer, la herencia
Que tuve del, fué un delito.

Ya veo que no es disculpa
Nacer sujeto á este impio
Feudo, pues nada pactaron
Las culpas y el albedrío.

Pero si el ser ó nó, fuera

A mi arbitrio permitido,
Y ántes de ser experiencia,
Más que exámen fuera aviso,
Qué dulcemente en la nada

Durmiera en ocio tranquilo,
El que no tiene, si nace,
Respiracion sin gemido!

Porque, si haber hecho al hombre,
Que á Vos os peso examino,
¡Qué mucho que á mi me pese
El haber, Señor, nacido!

Pues apenas me criásteis,
Cuando, ingrato al beneficio,
Ya di á entender que era hombre
Con ser desagradecido.

Que me pesa nacer, dije;
¡Ah, Señor! y no es delirio,
Pues tan sin juicio he pecado,
Como si no hubiera juicio.

Porque, habiéndome criado
Para amaros y serviros,
Temo no me conozcáis,
Señor, por desconocido.

Por eso esta postrer línea
De la vida, que ya piso,
Me afige, pues está en ella
El triunfo ó el precipicio.

Mas si Vos morir temisteis,
Siendo de la gracia archivo,
¿Qué hará este infelice, siendo
Archivo mortal de vicios?

Mas ¡Vos pendiente de un leño,
Y yo necio desconfío!
¡Vos clavado, y yo recelo
El más mínimo peligro!

¿Quién el que os hiciéseis hombre
Se atrevería á pedirlos?

Nadie : por la gran distancia
Que hay de Dios á hombre pasivo.

Y Vos lo hicisteis por mí,

De amor y piedad movido :

Luego bien, Señor, espero,

Luego bien, Señor, confío.

Pues seis mi sangre, advertid,

Al esgrimir el cuchillo,

Lo que os costó el ser mi deudo :

Quizá embotareis los filos.

No me diera confianza

El veros en el Empíreo

Glorioso, más que en la cruz

Veros humano y pasivo.

Porque esa sangre que corre

En arroyos fugitivos,

Corre por lavar mis manchas,

Siendo segundo bautismo.

Pues, Señor, gasto tan grande,

Tan sumo, tan excesivo,

¿So ha de perder por mis culpas,

Cuando por ellas se hizo?

Y siendo yo vuestra hechura

Y á quien tanto me asimilo,

¿Cómo el vidrio romperá

Quien ve su hechura en el vidrio?

Mucho, Señor, os costé,

Y por lo mismo confío

De que me habeis de salvar,

Pues ya la costa se hizo.

Si cuanto es mayor el riesgo.

El triunfo es más aplaudido,

Cuanto la culpa es mayor,

¿No tendrá el perdon más brillo?

Pues yo soy el delincuente

Que torpe y desconocido

Os puse en este madero,

Pagando Vos yerros míos.

Yo el hijo pródigo soy,

Que ingrato y desvanecido,

De infinitos bienes hice

Cambio á males infinitos.

Yo soy la oveja perdida

Que huyendo de vuestro aprisco,

Con balido á buscar vuelve

A quien siempre le ha valido.

Grande es mi ofensa, Señor;

Confieso que no he podido

Satisfacer por mí sólo

El número de mis vicios.

Pero por eso, por eso,

De la Iglesia en los archivos

También infinitos son

Vuestros méritos divinos.

Ellos por mí satisfagan,

Pues mi fiador habeis sido,

Y en vuestros méritos pague
Lo finito á lo infinito.

Y así, gran Señor, ahora
Os pretendo compasivo,

Porque si pierdo esta hora,
Todo, Señor, la he perdido.

¡Oh cuánto el mortal, oh cuánto
Debe vivir prevenido

Para este paso, en que está
Lo crítico del camino,

De cuyo confuso instante
Depende lo decisivo

De eternidades de gloria
O eternidades de abismos!

¡Oh, quién os hubiera amado
Tan reverente, tan fino,

Como si no hubiera en vos
Clemencia, habiendo castigo!

Arrepentido, Señor,
Que me perdoneis suplico,

Y no sé qué alegar más
Que ruegos de arrepentido.

Que, aunque son muchas mis culpas,
Y aunque es mucho lo que pido,

Vos sois Dios, y yo soy hombre,
Y uno es vuestro y otro es mío.

Por ser Vos quien sois tan sólo
Siento haberos ofendido,

Pues aunque cielo no hubiera
Ni infierno, hiciera lo mismo.

Y así, contra mí, ¡oh Señor!

Templen el justo castigo
Los rios de vuestra sangre
Y de mi llanto los rios.

Salvadme en vuestra virtud;
Que yo á vuestros piés resigno
Este cuerpo sin accion
Y esta alma sin albedrío.

Pues aunque vivir pudiera,
Estando libre, á mi arbitrio,
Hoy os hiciera en mi muerte
De mi vida sacrificio.

Mas si es vuestra voluntad
Que padezca en los abismos,
Para que en mí se ejecute,
Este espíritu os envío.

Y padeciendo, diré,
Por los siglos de los siglos:
¡Quién siempre os hubiera amado!
Quién no os hubiera ofendido!



CUENTOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PLACER DE LA DESPEDIDA.

—

Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decía :
• Dos soldados para mí. •
• Lo que excusar quieren todos,
Dijo uno, ; con tales modos
Pides ! • Y él respondió : • Sí :
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen cuando se van. •

(El pintor de su deshonra.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA IMPACIENCIA.

Convidóle á merendar

Un cortesano en el río
A un forastero, y muy frío
Le dió un pollo al empezar.
Pidió de beber y estaba
Tan caliente la bebida
Como fría la comida.
Viendo pues que nada hallaba
A propósito, cogió
El pollo, y con sutil traza
Le echo dentro de la taza.
El amigo, que tal vió,
• ¿Qué haceis? • dijo. El impaciente
Respondió : « Así determino
Hacer que el pollo enfrie el vino,
O el vino al pollo caliente. »

(El pintor de su deshonra.)

EL AMOR AL COCHE.

Murió una dama una noche,
Y porque pobre murió,
Licencia el vicario dió
Para enterarla en un coche.
Apénas en él la entraban,
Cuando empezó á rebullir;
Y más, cuando oyó decir
A los que la acompañaban :
• Cochero, á San Sebastian; •
Pues dijo á voces : « No quiero.
Da vuelta al Prado, cochero;
Que despues me enterrarán. »

(El pintor de su deshonra.)

EL SORDO.

Sordo un hombre amaneció,
Y viendo que nada oía
De cuanto hablaban, decía :
• ¡ Qué diablos ós obligó
A hablar hoy de aquésos modos? •
Volvían á hablarle bien,
Y él decía : • ¡ Hay tal ! ¡ que dén
Hoy en hablar quedo todos! •

(El pintor de su deshonra.)

LA CONFESION.

Cierto cura de un lugar
Con un vecino reñía
Donde su mujer le oía,
Y entre uno y otro pesar,
Airado el cura y sañudo
Dijo aquel nombre inhumano
Que empezando en *cor-tesano*
Viene á acabar en *des-nudo*.
Su mujer á esta ocasion
Dijo con desenvoltura :
• Testigos me sean, que el cura
Revela mi confesion. •

(El pintor de su deshonra.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL MOTE.

En ciertas cañas que hubo en esta villa.
Sacó un galán pintada una esportilla
En la adarga, y la letra decia *Gado*,
Y todo junto : *Es-por-ti-lla-ga-do*.
Mas cierta dama que lo vió, replica :
• Aquella ¿ es esportilla ó esportica ?
Porque si es esportica y *gado* el mote,
Quedará el cifrador de bote en bote.

(La casa holgona.)

PORTUGUESADA.

En un pozo un portugués
Cayó : al verlo dijo un hombre :
• ¡ Válgate Dios ! • y el de abajo
Le respondió ; • Ja naom pode. •

(No siempre lo peor es cierto.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA POLLA Y LA CAMA DURA.

Con hambre y cansancio un día
A una posada llegó
Cierta fraile, y preguntó
A la huéspeda ¿qué había
Que comer? « Si una gallina
No mato (le dijo ella),
Nada hay. — ¿Quién podrá comella
(Respondió con gran mohina)
Acabada de matar?
— Tierna estará (replicó
La huéspeda), porque yo
Sé un secreto singular
Con que se ablande. » Y cogiendo
La polla, que viva estaba,
Vió que los piés la quemaba:
Con que á nuestro reverendo
Muy blanda le pareció;
Y aunque el hambre pudo hacello,
Atribuyéndolo á aquello,
En la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
Tanto que le tenía inquieto;

Y él, cayendo en el secreto,
Pegarla á los piés procura
La luz. Dijo, al ver la llama
La huéspeda : « Padre, ¿ qué es
Eso? » Y él dijo : « Nuestra ama,
Por que se ablande la cama,
Quemo á la cama los piés, »

(No siempre lo peor es cierto.)

EL CIEGO Y LA LUZ.

Un ciego en Londres había
Tal, que no determinaba
Los bultos con quién hablaba
En el resplandor del día :
Y una noche que llovía
(Como una de las pasadas)
A cántaros y á lanzadas,
Por las calles caminando,
Se iba mi ciego alumbrando
Con unas pajas quemadas.
Uno que le conoció
Dijo : « Si no os alumbráis,
¿Para qué esa luz lleváis? »
Y el ciego le respondió :
« Si no veo la luz yo
La ve el que viene; y así
No encuentra conmigo aquí :
Con que aquesta luz que ves,
Si no es para ver yo, es
Para que me vean á mí. »

(El cisma de Inglaterra)

EL FILOSOFO Y LA FLOR.

Un filósofo que estaba
En un monte, ó en un valle
(Que no importa á la maraña
Que esté en bajo ó esté en alto).
Vió un soldado que pasaba,
Se puso á hablar con él,
Y al fin de pláticas largas,
Le dijo : « ¿Posible ha sido,
Que nunca has visto la cara
De Alejandro, nuestro César,
De aquel cuyas alabanzas
Le coronan de laureles,
Y rey del orbe le aclaman? »
El filósofo le dijo :
« ¿No es un hombre? ¿Qué importancia
Tendrá el verle, más que á tí?
O si no (para que salgas
Desa adulacion comun),
Del suelo una flor levanta,
Llévala y dile á Alejandro
Que digo yo que me haga
Sola una flor como ella :

Verás luego que no pasan
Trofeos, aplausos, glorias,
Lauros, triunfos y alabanzas.
De lo humano; pues no puede,
Después de victorias tantas,
Hacer una flor tan fácil,
Que en cualquier campo se halla. •

(El cisma de Inglaterra.)

LOS DOS LUGARES.

Hay cerca de Ratisbona
Dos lugares de gran fama :
El uno Agere se llama,
Y el otro Macarandona.
Un solo cura servía,
Humilde siervo de Dios,
A los dos, y así á los dos
Misa las fiestas decía.
Un vecino del lugar
De Macarandona fué
A Agere, y oyendo que
El cura empezó á cantar
El prefacio, reparó
En que á voces aquel día
Gracias á Agere, decía,
Y á Macarandona nó :
Con lo cual muy enojado
Dijo al cura : • ¿ Gracias da
A Agere, como si acá
No le hubiéramos pagado
Sus diezmos ? • Cuando escucharon
Tan bien sentidas razones
Los nobles macarandones,
Los bodigos les sisaron.

Viéndose desbodigar,
Al sacristan preguntó
La causa; él se la contó,
Y dió desde allí en cantar
Siempre que el prefacio entona.
Por que la ofrenda se aplique,
Nos tibi semper et ubique
Gracias á Macarandona.

EL FRAILE Y EL TAMBORILERO.

De una fiesta á su lugar
Volvió un tamborilero.
Y un fraile también volvía
De la fiesta á su convento.
El tamborilero iba
En un burro caballero,
Y el fraile á pié; pregunto
El Padre : *¿ De dónde bueno ? —*
De tañer, dijo, esta flauta
Y este tamboril. — Por eso,
Le pregunto, ¿ qué le han dado ? —
El respondió : Poco, cierto :
Cincuenta reales, comido
Y bebido, que no es menos,
Llevado y traído, sin otros
Regalillos, que aquí tengo. —
¿ Eso es poco ? dijo el Padre :
Pues yo de predicar vengo,
Y ni aún de comer me han dado,
Y como vé, á pié me vuelvo.
El tamborilero entónces
Dijo, enojado y soberbio:

*¿Pues tamborilero y Padre
Predicador es lo mismo?
Aprendiera buen oficio
Y no se quejara de ello :
Que no somos todos unos,
Frailes y tamborileros.*

LA ELECCION.

Preguntábale á un hijuelo
Una madre : « Fulanico.
¿Qué quieres, huevo ó torrezno ? »
Y él dijo : « Torrezno, madre;
Pero échele encima el huevo :
No es malo que haya de todo. »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL NINO BIEN CRIADO.

A cuatro ó cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada día; y como eran
Tantas porciones iguales,
Un día se olvidó de uno.
Él, por no pedir, que es grave
Desacato en los chicuelos,
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entónces,
Y dijo el chiquillo: *Zape,*
¿De qué me pides los huesos,
Si aún no me han dado la carne?

(El pintor de su deshonra.)

LA AVARICIA.

Uno llamó al sacristan
Y le dijo: «¿Cuanto quiere
Vuesarced por enterrarme?»
Él dijo, supongo: «Veinte
Reales. — ¿Quiere diez y seis?»
Dijo. — «Más costa mi tiene.»
Le replicó el sacristan:
A que respondió el doliente:
«Pues mire si le está bien,
Y entiérreme en diez y siete,
Porque no me moriré
Como un cuarto más me cueste.»

(Dicha y desdicha del nombre.)

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ENMIENDA.

Descalabró á su mujer
Un hombre, y mirando ella
Lo que la cura costaba,
Decía entre sí muy contenta :
• No me descalabrá
Otra vez. • Viéndola buena
El marido, con barbero
Y boticario hizo cuenta,
Y dió el dinero doblado.
• Mira, hijo, que te yerras, •
Dijo ella. — • No me yerro, hija;
Que la mitad desto es desta
Descalabratura de hoy,
Y la otra mitad á cuenta
De la primera desca
Labradura que se ofrezca,
Y es dar doblado el dinero
Santísima providencia. •

(Dicha y desdicha del nombre.)

EL MISMO TEMA.

Encorrozada sacaron
Una vez una hechicera,
Y despues, para soltarla,
La pusieron en la cuenta :
• Del papel de la corozá
Tanto, tanto para ella
Del engrudo, de pintarla
Tanto, tanto de coserla. •
Viendo lo que había costado,
• Dénmela (dijo la vieja)
Para otra vez; que no están
Los tiempos para que pueda
Echar una viuda honrada
Corozá cada día nueva. •

(Dicha y desdicha del nombre.)

OJO Y PIERNA.

Un día un comisario á unos
Quintados pasaba muestra,
Y dijole á su oficial
Que ojo á la margen pusiera
A los viejos é impedidos,
Por no llevar gente enferma.
Pasó un tuerto y dijo : « A este
Poned ojo. » Oyóle apenas
Un cojo que le seguía,
Cuando dijo : « Pues ordenas
Que al tuerto le pongan ojo,
Haz que á mí me pongan pierna. »

(Dicha y desdicha del nombre)

LA MOZA DE SERVICIO

Ocurrió que cierto día
Mal perfumado un portero
Llegó á su corregidor
En altas voces diciendo :
« Una moza de servicio
Antes de ahora mostró el serlo,
Y al tiempo que estaba yo
La denunciacion haciendo,
Otra moza sobre mí
Hizo el desacato mesmo;
Y estando yo, como estaba,
Mandatos de usté escribiendo.
Esto no se ha hecho conmigo,
Sino con usted. » Severo
El corregidor entónces
Le dijo : « Pues, majadero,
¿ Quién os mete en sentir vos
Lo que conmigo se ha hecho ! »

(Dicha y desdicha del nombre.)

EL JURAMENTO.

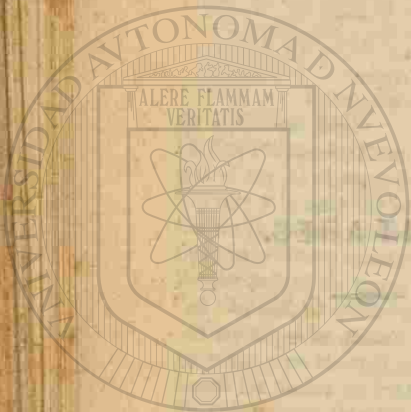
Entró un día
En el Palacio Real
Un don Fulano de Tal,
Que al rey ni al mundo servía.
Vió que á la hora de comer,
Los de la cámara todos,
Con mil políticos modos,
Porque habían de traer
Las viandas, se quitaban
Las capas; él se quitó
La suya, y en cuerpo entró
Donde los demas entraban.
Un mayordomo llegó,
Advirtiéndole en lo que hacía
Preguntándole si había
Jurado, y él respondió:
• No, señor; más juraré,
Si eso importa. Lo que quiero
Es servirlos; que primero
Votaré y renegaré,
Cuanto más juraré yo. •

CANTARES.

EL JURAMENTO.

Entró un día
En el Palacio Real
Un don Fulano de Tal,
Que al rey ni al mundo servía.
Vió que á la hora de comer,
Los de la cámara todos,
Con mil políticos modos,
Porque habían de traer
Las viandas, se quitaban
Las capas; él se quitó
La suya, y en cuerpo entró
Donde los demas entraban.
Un mayordomo llegó,
Advirtiéndole en lo que hacía
Preguntándole si había
Jurado, y él respondió:
• No, señor; más juraré,
Si eso importa. Lo que quiero
Es servirlos; que primero
Votaré y renegaré,
Cuanto más juraré yo. •

CANTARES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTARES.

Amor, amor, tu rigor
Reinos vence y quita leyes
Más puede amor que los reyes,
Sólo es monarca el amor.

Celos, ¿cómo no os penetra
Vuestro mal, y os llaman celos,
Si para llamaros ciegos
Os falta sólo una letra?

Fortuna, ¿quien se desvela
Por tí, si á todos iguales?
Tu rueda pintan con alas,
Que no rueda, sinó vuela,

Razon, razon, ¿hasta cuándo
El amor te ha de vencer!
Si á espacio viene el placer,
¿Cómo se nos va volando?

Razon, fortuna, amor, celos,
Son pasiones que se mudan :
La razon falta á su tiempo.
Y se cansa la fortuna.

El amor es fuego,
Los celos le ayudan,
Cánsase la dicha
Y el amor se duda.

(La banda y la flor.)

Si es lo hermoso el objeto
Que obliga á querer,
¿Ser de piedra qué importa
La que hermosa es?

Que quien no sabe querer
Sea mármol, nó mujer;
Que quien en amar se emplea,
Mujer, y nó mármol sea.

¿Hay quien se atreva á volar
Con las alas de Cupido,
Sin que al golfo del olvido
Le anegue de amor el mar?
Quien se atreverá á los vuelos

De las alas de un rapaz,
Que en vez de favor y paz
Ha engendrado envidia y celos?
Todos sus fuegos son hielos,
Todo su placer pesar

(La fiera, el rayo y la piedra.)

Aquella amorosa vid
Que enlazada al olmo ves,
Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.

—
¿Cual más infeliz estado
De amor y desden ha sido?
¿Amar siendo aborrecido,
O aborrecer siendo amado?

—
¿Desdichado
Del que aborrece, si infero,
Nó sólo á otro comparado,
Cuál sea el estado, pero
Cuál más infeliz estado!

—
¿Ay del perdido,
Que sin dicha alguna siente
Verse postrado y rendido,
Y maltratado igualmente
De amor y desden ha sido!

Afligido,
Viva entre desden y amor
El que aborrece querido,
Pues le estuviera mejor
Amar siendo aborrecido.

—
Culpe al hado
Quien infelice ha nacido
Y se ve en el peor estado,
Entre amar aborrecido,
O aborrecer siendo amado

—
¿Victoria por el amor!
¿Viva la deidad de Vénus!

Aves, fuentes, plantas, flores,
Decidme en los ecos de vuestros amores :
Para triunfar más segura
Una divina hermosura,
¿Qué afecto será mejor?

Amor,
Pues él es el superior,
Y el que al fin le está más bien.
¡Viva el amor y muera el desden!
Muera el desden y viva el amor!

(Amado y aborrecido.)

¿Quién, amor, sabrá decir
De triunfos de tu poder
Cuál deja más que sentir,
O la lisonja del ver,
O el halago del oír?

Cuando amor de los sentidos
Intenta arrastrar despojos,
Tal vez entra por los ojos,
Y tal vez por los oídos :
Y aunque unos y otros rendidos
Ve á su tirano poder,
Ninguno llegó á saber
A cuál deba preferir.

(Los tres afectos de amor.)

¡Ay loca esperanza vana
¡Cuántos días há que estoy
Engañando el día de hoy
Engañando el día de hoy
Y esperando el de mañana!

(El Conde Lucanor.)

Ruiseñor, que volando vas
Cantando finezas, cantando favores,
¡Oh, cuánta pena y envidia me das!
Pero nó, que si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos, y tú llorarás,

(Fieras afemina amor.)

Sin mí, sin vos y sin Dios,
Triste y confuso me veo;
Sin Dios, por lo que os deseo;
Sin mí, porque estoy en vos;
Sin vos, porque no os poseo.

¡Ay qué gran dicha!
Mas ¡ay qué ventura!
Que el iris divino
La paz nos anuncia.

(Las cadenas del demonio.)

Si acaso mis desvarios
Llegaren á tus umbrales,
La lástima de ser males
Quite el horror de ser míos

(Dicha y desdicha del nombre.)

El postigo del socorro

Al amanecer abierto

Hallarás, y un bergantín

En la blanda paz del puerto,

Blanca bandera en la popa,
Su seña será; entra dentro;
Que seguro en él podrás
Escapar á vela y remo.

Huye pues, huye el peligro;
Mas no te olvides huyendo
De que tú la prison dejas,
Y yo en la prison me quedo.

(Auristela y Lisidante.)

Cuatro eses ha de tener

Amor para ser perfeto :

Sabio, solo, solícito y secreto.

A las bodas felices de cuatro
Amantes afectos,
Con dobladas antorchas de tea
Ven, Himeneo.
Y tejiendo de mirtos y rosas
Guirnaldas á Vénus,
A coronar sus sienes altivas
Ven, Himeneo.

Quedito, pasito,
Que duerme mi dueño;
Quedito, pasito,
Que duerme mi amor.
Si cantais dulces querellas,
¡Oh matizados primores,
Que siendo del cielo flores,
Tambien sois del campo estrellas!

No me despertéis con ellas
Al alma que adoro :
Quedito el rumor,
La vida que estimo,
Pasilo el clamor.
Y ya que le dais este alivio pequeño,
Quedito, pasito,
Que duerme mi dueño;
Quedito, pasito,
Que duerme mi amor.

(Ni amor se libra de amor.)

Aunque en triste cautiverio,
De Alá por justo misterio,
Llore el africano imperio
Su mísera ley esquiva,
Viva la memoria extraña
De aquella gloriosa hazaña
Que en la libertad de España
A España tuvo cautiva.

(Amar despues de la muerte.)

No temas, nó, descender ;
Que si en todo es de sentir
Que nazca para morir,
Tú mueres para nacer.

(La estatua de Prometeo.)

A la divina Vesta
Todos juntos la dén
Humilde sacrificio,
Puesto que el alma es
De las almas, y á todo
Con su sér le da el sér.

Las flores, las fuentes,
Las aves, las selvas
Aplaudan, celebren
Y obsequien á Vesta
Con trinos, aromas,
Cristales y perlas.

Al ingrato dueño mio,
Claro arroyuelo, dirás
Que más ardo cuanto más
Me desvía su desvío.

(El condenado de amor.)

Al esquilmo, ganaderos.
Que balan las ovejas y los corderos.
Ganaderos, á esquilar,
Que llama á los pastores el mayoral.

(Los cabellos de Absalon.)

Ay belleza desdichada!
¡Ay malograda hermosura!
Nunca Dios me diera gracia
Para enamorar infantes
Ni para servir infantas!
Caballeros. si os merezco
Piedad, piedad á mis ansias.

(Célio y Fronto.)

Teman, teman los mortales;
Que se labran
En el taller de los rayos
De Amor las armas.

Pues que todo en los cielos
Es armonía,
Porque aquí hastas las quejas
Suenan á dichas;
Ya que habeis penetrado
Los dos el cielo,
Patria de la hermosura
Deidad de Vénus;
Dulce música vuestras
Quejas repitan,
Porque aquí hasta las quejas
Suenan á dichas.
Oye de mi coro
Las que yo traigo,
Y por mí las publiquen
Favor y halago.

Oye de mi coro
Las que yo tengo,
Y por mí las publiquen
Envidia y celos.

(La fiera, el rayo y la piedra.)

Galan que sin celos ama,
O no quiere bien ó es necio,
Porque la desconfianza
Es madre de los discretos.

(El Jardín de Falerina.)

Es el engaño traidor,
Y el desengaño leal;
El uno dolor sin mal,
Y el otro mal sin dolor.

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Por que el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

Sólo el silencio testigo
Ha de ser de mi tormento,
Y aún no cabe lo que siento
En todo lo que no digo.

(Eco y Naciso.)

Las nuevas deidades
De nuestra ribera,
A desagruar
A la primavera
Vengan norabuena.

La alba destos montes,
Que con su belleza
Hace que á la tarde
El sol amanezca,
Venga norabuena.

El sol que la sigue,
Cuya luz suprema
Aun más que en las vidas
En las almas reina,
Venga norabuena.

La aurora, que á entrambos
Igual sigue, en muestra

De que participa
De entrambas grandezas
Venga norabuena

Las ninfas hermosas,
Las gracias discretas,
De aquella alba flores,
De aquel sol estrellas,
Vengan norabuena

Y pues ya sus rayos
Se ven de más cerca,
Digan en su salva
Fuego, aire, agua y tierra.

(El golfo de las Sirenas.)

Bellísima Lindabridis,
¿Para qué tus ojos buscan
Nuevos encantos, teniendo
El mayor en la hermosura?

¿Para qué buscas más rayos,
Si sale la aurora tuya
Compitiendo con las selvas,
Cuando las flores madrugan?

Despojos son de tu planta
Bellas flores, fuentes puras,
Porque ambicioso el Abril
Para tu adorno las junta.

Y por que el aire no esté
Celoso de su ventura,
Los pájaros en el viento
Forman abriles de pluma.

Suspiros son de un amante
Cuantos el eco pronuncia;
Lágrimas son un celoso
Cuantas las flores inundan.

—
Porque así fuentes y flores,
Con sonora voz y muda
De su belleza engañados
Por aurora la saludan.

—
Dama divina,
Danza conmigo;
Que no vivo, nó,
Si ajena te miro.

—
Mirad á otra parte,
Galan caballero;
Que todos verán
Lo mucho que os quiero.

Cuando entráredes, caballero
En mi castillo inmortal,
Vestido de blanco acero,
Bien dirán que mucho os quiero
Cuantos conozcan mi mal.

—
Cuando entráredes, dama hermosa,
En el templo del amor,
Deidad de jazmin y rosa,
Bien dirán que sois mi diosa
Cuantos vean mi dolor.

—
Si quisiéredes ser mi amante,
Caballero, yo os querré,
Como cortés y galante
Me mostreis siempre constante
Dulce amor y firme fe.

—
Si os quejáredes, dama bella,
Que no supe agradecer,

Culpad á sola mi estrella,
Pues que solamente es ella
La que me enseño á querer.

A la sombra de un monte eminente
Que es pira inmortal,
Se desangra un arroyo por venas
De plata torcida y hilado cristal.

Sierpecilla escamada de flores,
Intenta correr,
Cuando luégo detienen sus pasos
Prisiones súa ves de rosa y clavel.

Detenido en los troncos, suspende
El curso veloz,
Y adquiriendo caudales de nieve,
Malogra la rosa y troncha la flor.

A las ondas del Nilo furioso
Se arroja á morir,
Y parece su espuma una línea
Que labra dibujos de plata y marfil.

(El castillo de Lindabridis.)

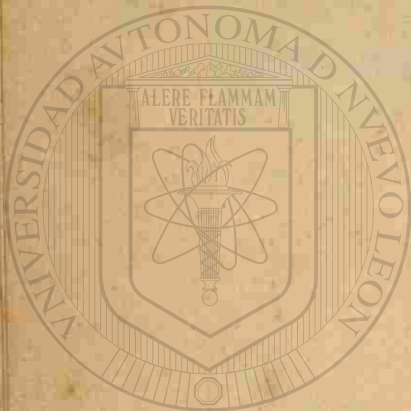


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

Poesías inéditas.	3
Cuentos.	127
Cantares.	153



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERIAS « LA ILUSTRACION »

1884

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

POEMAS

IDILIO — ELEGIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL VÉRTIGO

Guarneciendo de una ría
La entrada incierta y angosta,
Sobre un peñón de la costa
Que bate el mar noche y día,
Se alza gigante y sombría
Ancha torre secular
Que un rey mandó edificar
A manera de atalaya,
Para defender la playa
Contra los riesgos del mar,

Quando viento borrascoso
Sus almenas no conmueve,
No turba el rumor más leve
La majestad del coloso.
Queda en profundo reposo

Largas horas sumergido,
Y sólo se escucha el ruido
Con que los aires azota
Alguna blanca gaviota
Que tiene en la peña el nido.

Mas cuando en recia batalla
El mar rebramando choca
Contra la empinada roca
Que allí le sirve de valla;
Cuando en la enhiesta muralla
Ruge el huracan violento,
Entónces, firme en su asiento,
El castillo desafia
La salvaje sinfonía
De las olas y del viento.

Dió magnánimo el monarca
En feudo á Juan de Tabáres,
Las seis villas y lugares
De aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
Desde el alto parapeto,
Á su yugo está sujeto,
Y en los reinos de Castilla
No hay señor de horca y cuchilla
Que no le tenga respeto.

Para acrecentar sus bríos
Contra los piratas moros,

Colmóle el rey de tesoros,
Mercedes y señoríos.
Mas cediendo á sus impíos
Pensamientos de Luzbel,
Desordenado y cruel
Roba, asuela, incendia y mata.
Y es más bárbaro pirata
Que los vencidos por él.

Pasma al mirar su serena
Faz y su blondo cabello,
Que encubra rostro tan bello
Los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
Su broncea trompa de caza,
Con mudo terror abraza
La madre al niño inocente,
Y huye medrosa la gente
Del turbion que la amenaza.

Desde su escarpada roca
Baja al indefenso llano
Con el acero en la mano
Y la blasfemia en la boca.
Excita con rabia loca
El ardor de su mesnada,
Y no cesa la algarada
Con que á los pueblos castiga,
Sino cuando se fatiga
Más que su brazo, su espada.

De condicion dura y torva
No acierta á vivir en paz,
Y como incendio voraz
Destruye cuanto le estorba.
Todo á su paso se encorva,
La súplica le exaspera,
Goza en la matanza fiera,
Y con el botín del robo
Vuelve, como hambriento lobo,
Á su infame madriguera.

De cuyos espesos muros,
En las noches sosegadas,
Surgen torpes carajadas,
Maldiciones y conjuros.
Con los cantares impuros
De rameras y bandidos,
Salen tambien confundidos
De los hondos calabozos,
Desgarradores sollozos
Y penetrantes quejidos.

Una noche, una de aquellas
Noches que alegran la vida,
En que el corazon olvida
Sus dudas y sus querellas:
En que lucen las estrellas
Cual lámparas de un altar,
Y en que, convidando á orar

La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar;

Don Juan, dócil al consejo
Que en el mal le precipita,
Como el hombre que medita
Un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
Rayos sus miradas son,
Y con sorda agitacion
Á largos pasos recorre
De la maldecida torre
El fantástico salon.

Arde el tronco de una encina
En la enorme chimenea;
El tuero chisporrotea
Y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
Su ancha cabeza un lebré,
En cuya lustrosa piel
Vivos destellos derrama
La roja y trémula llama
Que oscila delante de él.

El fuego con inseguros
Rayos el hogar alumbra;
Pero deja en la penumbra
Los más apartados muros.

Hacia los léjos oscuros
La luz sus alas despliega,
Y riñen muda refriega
En el fondo húmedo y triste
La sombra que se resiste
Y la claridad que llega.

Hosco Don Juan y arrastrado
Por su incorregible instinto,
Cruza el gótico recinto
Convulso y acelerado.
¿Qué maldad ó qué cuidado
Embarga su entendimiento?
Dijérase que el tormento
De su corazon, si fuera
El alma de aquella fiera
Capaz de remordimiento.

El odio que le avasalla,
Arrebatado y sombrío,
Tiene el ímpetu del río
Pronto á quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla
La cólera que en él late,
Y con mil ansias combate
Como corcel impaciente,
Que á un tiempo el castigo siente
Del freno y del acicate.

En tan solemne momento,
Lucha Tabáres á solas
Con las encontradas olas
De su propio pensamiento.
¿Qué busca? Cuál es su intento?
¿Triunfará Dios ó Satan?
Nunca los hombres sabrán
Por qué en el cerebro humano
Como en el hondo océano,
Las olas vienen y van.

En vano á vencerse prueba,
Y con fuerza prodigiosa
Vuelve la pesada losa
Que abre paso á oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
Un grueso leño encendido,
Y arrojase enfurecido
Por aquella negra entrada,
Lanzando una carcajada
Doliente como un gemido.

Alza el lebel que dormita
La noble cabeza, el sueño
Sacude, y en pos del dueño
Gruñendo se precipita.
Don Juan, con ira inaudita,
Marcha como un torbellino,
Y va saltando sin tino
Uno tras otro escalon,

Entre el humo del tizon
Con que alumbra su camino.

Al fondo del antro baja,
Y con sus puños de hierro,
De un triste y lóbrego encierro
El postigo desencaja.

— Yace postrado en la paja
Un ser miserable y ruin,
Que recelando su fin
Azorado se incorpora,
Y con voz conmovedora
Grita : — « ¿Qué quieres, Caín? » —

Don Juan, insensible y duro
La vista en torno pasea,
Y fija la humosa tea
En una grieta del muro.
— « Luis — le responde — te juro
Que te engaña el corazón,
Pues no tengo la intención
De arrebatarte la vida,
Como á una fiera cogida
En la trampa y á traición. »

— « ¿Qué pretendes, pues? — exclama
Don Luis, tendiendo los brazos : —
¿Quieres anudar los lazos
A que la sangre nos llama?
Si la pasión que te inflama

En amor se convirtió,
No te detengas, que yo
Con alma y vida te espero. » —
Y rechazándole fiero
Su hermano contesta : — « ¡No!

Ya es razón que esto concluya —
Añade, falto de calma.
— « Por qué Dios me ha dado un alma
Tan distinta de la tuya?
Pues no hay fuerza que destruya
El odio mortal que abrigo,
¿A qué, di, cuando te hostigo,
Con tu cariño me hieres?
¡Aborreceme, si quieres
Ser generoso conmigo! » —

Luégo, con gesto feroz,
Prosigue quedo, muy quedo,
Como si tuviera miedo
De escuchar su propia voz :
— « Si supieras cuán atroz
Es la inquietud con que lidio!
Yo prefiero el fratricidio
Al afán que me tortura,
Porque es tal mi desventura
Que hasta tus penas envidio. »

Te detesto, y busco en vano
Un motivo á mis rigores.

Yo, grande entre los mayores,
Con tu perdicion ¿qué gano? » —
Y Don Luis replica : — « Hermano,
Todo tiene sus azares.
No conmigo te compares,
Que resultarás pequeño.
Yo tus grandezas desdeño
Y tú envidias mis pesares. » —

— « Es cierto. ¡ Suerte menguada ! » —
Dice Don Juan impaciente,
Golpeándose la frente
Con mano dura y crispada.
La bondad, jamas cansada,
De Don Luis, le desespera,
Y la pasion que le altera
Desborda en el calabozo,
Con un ¡ ay ! mitad sollozo,
Mitad rugido de fiera.

¡ Ah ! no es extraño que gima
De su angustia en el exceso,
Como el Titan bajo el peso
Del mundo, que lleva encima.
No es extraño que le oprima
Su rencor vivo y profundo,
Ni que se agite iracundo
Con más impetu quizás,
Porque á veces pesa más
Un pensamiento que un mundo.

De su voluntad no es dueño,
Como el alma pecadora ;
Á quien asalta á deshora
Su culpa en forma de sueño.
Intenta con loco empeño
Vencer su ansiedad sombría,
Y exclama con voz tan fría
Cual la punta de una daga :
— « ¡ Esta sed sólo se apaga
Con tu sangre ó con la mia !

Que el sol naciente me vea
Libre de tan grave peso. » —
Y levantándose el preso,
Dice resignado ; — « ¡ Sea ! » —
Don Juan recoge la tea,
Y echa á andar, perdiendo el tino,
Porque el fulgor mortecino
Que el seco leño despide,
Tan sólo á trechos divide
Las tinieblas del camino.

El uno del otro en pos
Van con paso mal seguro,
Por el subterráneo oscuro,
Abandonados de Dios.
El lebrél entre los dos
Sobresaltado camina,
Y por la lóbrega mina
Llegan al viejo portillo,

Que á un lado tiene el castillo
Del peñon en que domina.

El soldado que la puerta
Por fuera guarda y defiende,
Absorto el paso suspende
Viéndola de pronto abierta. —
Lejanas voces de alerta
Turban la noche callada,
Y con frase entrecortada
Por el ardor que le agita,
Don Juan, avanzando grita :
— « ¡ Eh ! malsin ! Dame tu espada : » —

Resistir quiere el soldado,
Y el monstruo entónces golpea
Con la resinosa tea
La faz del desventurado.
Por el dolor trastornado
Cae el centinela inerte.
— « Toma para defenderte
De ese menguado el acero —
Prorrumpe Don Juan, — pues quiero
Morir ó darte la muerte. » —

Airado al ver tal accion,
Exclama Don Luis : — « Le tomo
Para clavarle hasta el pomo
En tu infame corazon.
Por tan bárbara traicion

Te matara una y cien veces. » —
— « ¡ Gracias á Dios que apareces
Tal como yo te queria ! —
Clama con sorda alegría
Su hermano. — ¡ Ya me aborreces ! » —

El frio intenso y tenaz
Calma pronto la zozobra
De Don Luis, que al fin recobra
Su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz
El recuerdo santo y tierno
De aquellas noches de invierno
En que al amparo de Dios
Juntos oraban los dos
En el regazo materno.

Y compara aquellos años
De inocencia y bienandanza
Tan henchidos de esperanza
Como desnudos de engaños.
Con los martirios y daños
Que ha sufrido entre cerrojos ;
Y ante los duros enojos
De aquel á quien tanto quiso,
Siente llegar de improviso
Las lágrimas á sus ojos.

Don Juan, que ya no refrena
Sus iras, marcha delante

Revelando en su semblante
La pasión que le enajena. —
Yace la noche serena
En vago adormecimiento ;
La luna en el firmamento
Sin celajes resplandece,
Y hay tal calma, que parece
Como aletargado el viento.

Cuando á desatarse empieza
La tempestad en el alma,
¡ Qué insoportable es tu calma,
Oh madre Naturaleza !
Nunca á la humana tristeza
Das el ansiado consuelo,
Y en los momentos de duelo
Nuestra pena es más aguda,
Bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo.

Atravesando un pinar
Llegan, tras breve jornada,
A una planicie situada
Entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
La paz del estéril llano ;
Sólo del ronco océano,
Que con los peñascos lucha,
El sordo rumor se escucha
Como un gemido lejano.

— Todo en el alma despierta
Un vago afán misterioso :
El infinito reposo
De la llanura desierta ;
La luz sin color y muerta
Que inunda el diáfano ambiente ;
Los ecos del mar rugiente
Y el ladrido prolongado
Con que el lebrél erizado
La catástrofe presiente.

Hay en la vasta llanura
Un tronco seco y sin ramas,
Despojado por las llamas
De su pompa y su hermosura.
De la escarcha la blancura
Le da un tinte funerario,
Pues se eleva solitario,
Ennegrecido y escueto,
Como gigante esqueleto
Bajo su roto sudario.

Don Juan, que la marcha guía,
Detiénese allí, desnuda
Su espada, y con voz sañuda
Clama : — ¡ Tu vida ó la mía ! —
En actitud grave y fría
Ante él su hermano se para,
Y mirando cara á cara
Á su opresor : — ¿ Eso esperas ? —

Le dice. — ¡Qué más quisieras
Sino que yo te matara!

Hiere, si intentas herir;
El golpe aguardo sereno,
Que yo, en cambio, te condeno
Al tormento de vivir.
¿A dónde podrás huir
Que no te alcance el castigo?
Te darán en vano abrigo
Otros climas y otras playas,
Pues donde quiera que vayas
Irás tu crimen contigo. » —

— « ¡Mi crimen! — ruge Don Juan.
— ¡Por Cristo, que es brava idea! »
Y en sus ojos centellea
La cólera de Satan.
— « Cuando suelto el huracan
Rompe, arrolla y desbarata,
Sólo algun alma insensata,
En momento tan aciago,
Culpa al viento del estrago
Y no á Dios que le desata,

Desde el día en que nací —
Añade airado y convulso —
Obedezco á extraño impulso
Y no soy dueño de mí.
Lucha, pues armas te di

Para ganar la partida,
Que si en la lid fraticida
No opones el hierro al hierro,
Juro á Dios que como á un perro
Voy á arrancarte la vida. »

« ¡Hazlo! — contesta su hermano. —
Á tus instintos me entrego,
Pues no detendrá mi ruego
Los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será ¡oh tirano!
Tu expiación más tremenda,
Y rompo la espada, en prenda
De que no quiero cobarde,
Ni piedad que me resguarde
Ni acero que me defienda. »

Dice, y quebrando despues
La bruñida y sutil hoja
En dos pedazos, la arroja
De su verdugo á los pies.
Avanza tranquilo, y es
Su porte grave y austero.
— « Guarde cada cual su fuero —
Exclama — y ya que es tu sino,
Mata como un asesino,
Mas no como un caballero. » —

Don Juan vacila un instante;
Con su conciencia batalla;

Pero al fin la envidia estalla
Más soberbia y más pujante.
— ¡ Imbecil! recojo el guante, »
Grita con áspero tono,
Y arrastrado por su encono
Contra el desdichado cierra
Que cae exánime en tierra
Exclamando : — « ¡ Te perdono ! »

¿ Cómo expresar el horror
De aquella escena de muerte ?
La víctima yace inerte
A los piés del matador.
Con su pálido fulgor
La luna alumbra al caído ;
El lebrél, enardecido,
La hirviente sangre olfatea,
Y se revuelve, y rastrea,
Y rompe en lúgubre aullido.

Don Juan se detiene adusto,
El asombro en él se pinta,
Y la espada en sangre tinta
Cae de su puño robusto.
Los ojos vuelve con susto,
Horror se inspira á sí mismo
Y cercano al paroxismo
Se retuerce y desespera,
Como si rodando fuera
Hácia el fondo de un abismo.

Tierra, mar y firmamento
Cuanto huella y cuanto mira,
Todo en torno suyo gira
Con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento
De mortal incertidumbre,
Y la inmensa muchedumbre
De visiones, que le asalta,
Ondula, bulle, resalta
Entre círculos de lumbre.

Su razón se turba, un velo
De sangre anubla sus ojos,
Y cubren vapores rojos
El mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
Lanza un grito de agonía,
Y huye como res bravía
Cuando de pronto á su oído
Llega el ardiente latido
De la furiosa jauría.

Corre, corre, y corre en vano,
Porque cuanto más avanza
Más cerca á mirar alcanza
El cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
Y ve con ansia cruel
Los ojos del nuevo Abel
De eterna sombra cubiertos,

Siempre fijos, siempre abiertos,
Siempre clavados en él.

Nunca el torpe matador
De su víctima se aleja,
Y el miedo ver no le deja
Que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
De sus maldades el fruto :
Que á veces Dios, en tributo
A su justicia ofendida,
Todo el dolor de una vida
Reconcentra en un minuto.

Su ronda desesperada
Sigue con bronco resuello,
Puesto de punta el cabello
Y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
Apénas el suelo toca,
Y cuanto más en su loca
Carrera el triste se ofusca,
Más le estrecha, más le busca,
Más el muerto le provoca.

Precipitase sin tino,
Y aumentando sus terrores,
Los espectros vengadores
Le acosan en el camino.
Gira como un remolino

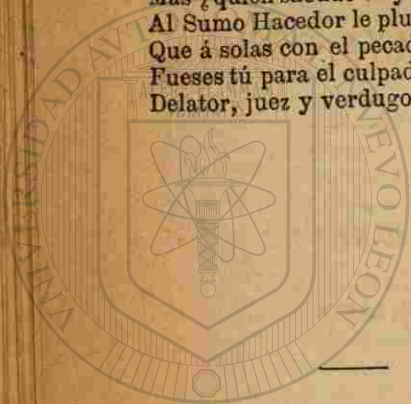
Sin detenerse jamas,
Y va ciego, y cuanto más
Huye, ve más espantado
El cadáver siempre al lado
Y el lebrél siempre detras.

Nada su pavor mitiga,
Y su marcha abrumadora
Se prolonga hora tras hora
Sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le hostiga
Con creciente frenesí,
Hasta que fuera de sí,
Crispado, lívido, yerto,
Se desploma junto al muerto
Gritando : « ¡ Infeliz de mí ! »

Cuando su manto repliega
La triste noche sombría,
Tres muertos alumbra el día,
En la solitaria vega :
Don Luis, que en sangre se anega
Y yace en tranquilo sueño ;
Don Juan, cuyo torvo ceño
Muestra su angustia final,
Y el lebrél, noble y leal,
Tendido á los piés del dueño.

¡ Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo

Que no dejas sin castigo
Ningun crimen en la vida !
La ley calla, el mundo olvida ;
Mas ¿quién sacude tu yugo ?
Al Sumo Hacedor le plugo
Que á solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.



LA SELVA OSCURA

CANTO I.

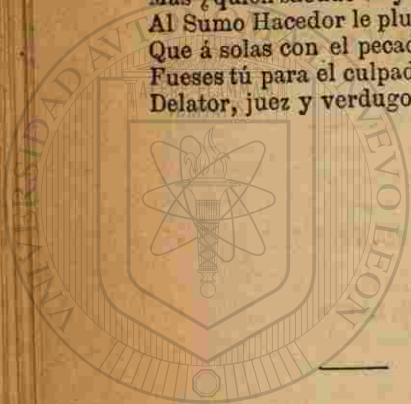
DANTE.

*Al bajar la pendiente de la vida,
Me hallé de pronto en una selva oscura
Agreste y sin vereda conocida (1).*

*Turbado y lleno de mortal pavora,
Seguí marchando á tientas y sin tino
Al través de la lóbrega espesura.*

*Brisa otoñal, en raudo remolino,
Las hojas de los árboles movía
Y alfombraba con ellas mi camino.*

Que no dejas sin castigo
Ningun crimen en la vida !
La ley calla, el mundo olvida ;
Mas ¿quién sacude tu yugo ?
Al Sumo Hacedor le plugo
Que á solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.



LA SELVA OSCURA

CANTO I.

DANTE.

*Al bajar la pendiente de la vida,
Me hallé de pronto en una selva oscura
Agreste y sin vereda conocida (1).*

*Turbado y lleno de mortal pavora,
Seguí marchando á tientas y sin tino
Al través de la lóbrega espesura.*

*Brisa otoñal, en raudo remolino,
Las hojas de los árboles movía
Y alfombraba con ellas mi camino.*

No sé por qué mi corazon creía
Que con las mustias y amarillas hojas
Llevaba el viento la esperanza mia.

Dejando impresas las señales rojas
De mis desnudos piés ensangrentados,
Y avanzando entre sustos y congojas,

Intenté ver si por opuestos lados
Fácil salida al laberinto hallaba,
Y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba
Iba siendo su aspecto más salvaje,
Y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje
Hiriéndome al pasar con golpe duro,
Me arrancó sordo grito de coraje,

Sin que templaran mi dolor agudo
Ni el silencioso bosque, ni el sombrío
Cielo, ni el eco á mis clamores mudo!

Asaltóme el terror, y á pesar mio
Volcóse mi asombrado pensamiento,
Como se vuelca el ánfora de un río,

Poblando, en su febril desbordamiento,
De monstruos la espesísima arboleda
Y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda,
Fijo en el alma, del tropel liviano,
Iluminaba la bullente rueda,

Cual la luz que en las noches de verano
Serpentea con livido destello
Sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello
Y conturbó mi juicio de tal modo,
Que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
Y acometido por las sombras, iba
Trozando do quier como un beodo,

Hasta que al fin, agitacion tan viva
Rindió mis fuerzas y caí, cual duro
Roble que el huracan troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
Postrado estuve y frio como el hielo,
Inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,
Desesperando del auxilio humano,
Alcé los brazos y la vista al cielo;

Que busqué en mi memoria de cristiano
La fe de mi piadosa adolescencia,
Y que pugué por alcanzarla en vano.

¡ Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,
De candorosas ilusiones lleno
En tu infinita y pura transparencia !

¡ Oh cielo azul, espléndido y sereno,
Patria inmortal del ánimo que aspira
A dilatarse en tu profundo seno !

¡ Cuanto has cambiado para mí !... ¡ Mentira !
Tú no cambias jamás. ¡ Siempre tu esfera
Es del color del alma que la mira !

— ¿ Por qué se asusta el ave pasajera
Que con vuelo imprudente y atrevido
A incógnita region partió ligera,

Si cuando torna al bosque en que ha nacido
Tal vez arrepentida y fatigada,
No encuentra ya su abandonado nido ? —

De pronto, traspasando la enramada
Sin conmovier las hojas, como suave
Rayo de luna en noche sosegada,

Llegó un anciano á mí, pausado y grave,
Mostrando la serena compostura
Que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura
El lauro de oro en la anchurosa frente,
Y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
De quien no cede á la pasión tirana,
Ni el torpe miedo del peligro siente,

Rasgando con su vista soberana
La densa oscuridad, como avezado
A penetrar en la conciencia humana,

Y á ver hasta en el pecho más cerrado
La insomne incertidumbre del delito
Y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
En su semblante rígido y severo
Por las vigiliás y el dolor marchito;

Cuando animar con mis memorias quiero,
Si no la noble imagen, el esbozo
De aquella ilustre sombra que venero;

De boca reprimida, extraña al gozo,
Como empeñada en detener el paso
A justa maldición y hondo sollozo;

De aguilena nariz, de rostro raso
Y enjuto, de mirada penetrante
Como una espada, y tan temida acaso (2).

Lleno de admiración vile delante
De mí, lloré, con voz conmovedora
Grité, cayendo prosternado : — ¡ Oh Dante !

Y á este nombre la turba aterradora
De fantasmas huyó cual los insanos
Sueños al leve rayo de la aurora.

Señor — tendiendo las crispadas manos
Exclamé con afán: — préstame auxilio,
Que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

— Haré por ti cuanto en mi largo exilio —
Me contestó con reposado acento —
Hizo por mí la sombra de Virgilio (3).

Será grande y terrible tu tormento
Antes que el sol á iluminarte vuelva,
Porque aquí se desgarró el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva
La sentencia fatal de que en la vida
Todos pasamos por la selva oscura.

¡ Todos pasamos, sí! Y es á medida
Que de su freno la razón se exime,
Más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
Aquí se llora sangre, aquí el quebranto
De las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
Ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
Ni las medrosas avecillas canto.

Ya verás cuando avances, cómo sientes
Bajo el tremendo golpe de la pena,
Crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,
Hiel el agua que bebes; aquí el hombre
Llega á dudar de Dios y se condena. —

— ¡ Oh! — receloso pregunté — ¿ qué nombre
Tiene esta horrible selva en que me veo?
¿ Á do podré mirar que no me asombre? —

Y cuando así expresaba mi deseo,
Sentíme herido de terror extraño,
Como en presencia de su juez el reo.

— ¿ No has conocido ya para tu daño —
Respondiome el Maestro — que caminas
Por la selva mortal del Desengaño?

¿ No te lo han revelado las espinas
Que ensengrientan tus piés, y el grave peso
De los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
Las jóvenes y alegres ilusiones
Impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
Aduerman tu virtud, ni con infames
Halagos den calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
El llanto acerbo que tu rostro escalda.
¡ Huyeron ! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
De la vejez, impuras meretrices,
Todas nos vuelven con desden la espalda.

¡ Ay ! Bienaventurados y felices
Los que al llegar al término forzoso
Que con estéril cólera maldices ;

Cuando por todas partes el frondoso
Bosque sus pasos embaraza y cierra,
Y no encuentran la dicha ni el reposo ;

Cuando, como despojos de la guerra,
Van dejando en la linde del camino
Las breves alegrías de la tierra,

Y el hombre fatigado peregrino,
Hacia el negro sepulcro avanza á oscuras
Sin saber dónde va, ni por qué vino ;

No pierden en las agrias cortaduras
Del escabroso monte de la vida,
Sino sus miserables vestiduras,

Y llevan hasta el fin de la partida
La luz, que el mundo al infortunio niega
En su propia conciencia recogida !

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
Á la insaciable duda, con su escaso
Fulgor, si no le alumbra, no le ciega,

Y semejante al sol en el ocaso,
No esparce ya la claridad del día,
Pero á la negra noche estorba el paso.

Ténue es su resplandor ; mas él nos guía
Cuando abatido el corazon despierta
En la intrincada y azarosa vía.

¡ Triste de aquel que á conservar no acierta
Viva esa luz y arrastra desolado
Al traves de la vida el alma muerta !

Que es como el asesino condenado
Á marchar siempre en lobreguez envuelto.
Con su inocente víctima cargado. —

— ¡ Oh Dante ! — preguntéle apenas vuelto,
De mi estupor. — Y tu pasión, aún vive ? —
— ¡ Vive y no morirá ! — dijo resuelto.

Con mayor fuerza su impresion recibe
Mi espíritu inmortal, hoy que no siente
Deleznable interes que le cautive. —

Dijo, dobló la pensativa frente,
Guardó silencio y sin hablar marchamos
Largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
De corpulentos árboles se abrian,
Y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero despues con ímpetu volvan
Á entrelazarse como espesa malla,
Y dijérase á veces que gemian,

Ó que surgia de la inculta valla
Que tras nosotros se cerraba, el ruido
Temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido
Clamó alzando la frente; — ¡Oh casto sueño,
Nunca logrado y siempre perseguido !

¡ Oh Beatriz, que con tenaz empeño
Busco en vida y en muerte ? ¡ Oh tú que fuiste
Y serás siempre mi imposible dueño !

¿ Quién á su encanto celestial resiste ?
¿ Quién, sin amarla y someterse, mira
Su faz á un tiempo esplendorosa y triste ?

¿ Quién por volver á verla no suspira ?
Cómo olvidar su pudibunda sombra
Si ante mí sin cesar irradia y gira ?

Cuando la humana confusion me asombra
Y vacila mi fe, su imagen bella
Con angélica voz me alienta y nombra.

Y vamos ambos por la misma huella
Los círculos celestes recorriendo,
Ella en pos de la luz, y yo tras ella — (4).

— Padre — dije : — perdona si pretendo
Penetrar atrevido el hondo arcano
De esa inmortal pasion que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano
Las excelencias del amor divino
Y las miserias del amor humano.

Á una mujer te encadenó tu sino
Y extático la amaste, hasta el momento
En que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento ;
Pero al perder su túnica terrena
Hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la vision que te enajena
Con incansable afán ; mas ¿ de que modo
Obra en tí la pasion ? ¿ Es gozo ? ¿ Es pena ?

¿ Amas la carne vil ? ¿ Amas el lodo ?
¿ O bien la esencia incorruptible y santa
Del alma libre ? — Y respondiome : — ¡ Todo !

La eterna aspiración que nos encanta
Y llega á Dios como impalpable nube,
Del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
Nuestro dolor, en busca de consuelo,
A las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
A la excelsa region de la esperanza,
Es la nostalgia mística del cielo.

— Señor — repuse: — mi razon no alcanza
A entender los misterios que me dices,
Y más se ofusca, cuanto más avanza.

— Sabrás, sin que tu ingenio martirices
Lo que tu mente conocer no pudo, —
Y así hablando, sentóse en las raíces

Salientes y rugosas de un desnudo
Tronco, fantasma de la selva umbría,
Ante el cual desbordado, pero mudo,
Ancho río de lágrimas corria.

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo
En más prósperos tiempos y lugares,
Dante Alighiere suspirando, dijo :

— ¡Recordar es vivir! Paternos lares,
Sueños de amor, quiméricos anhelos,
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambicion, traidores celos,
Sorda inquietud del alma que se pierde
Sin hallar el camino de los cielos ;

Horas de insomnio en que voraz nos muerde
La duda el corazon, breve alegría,
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
Por el humano mar embravecido,
Desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante,
Si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignora el pobre navegante
El puerto á donde va, conozca al ménos
Los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
De mi fugaz y hermosa primavera,
Á la malicia y el engaño ajenos,

Fué cuando Beatriz, que también era
Niña inocente en noble hogar nacida,
Rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
Pudo unirnos con lazos tan estrechos
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
Como resguarda á la ciudad el muro
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mútua ignorancia era un seguro
Inexpugnable, misterioso y santo,
Cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto
De una pasión en la niñez ignota,
Y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota á gota
La peña horada, y rumoroso emprende
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que descende,
Hasta que al fin, con desatado brío
Por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
Aumentaron también con la distancia,
Como el arroyo al trasformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
Encerró mi ventura, como encierra
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
Á tan grata ilusión, que desde el cielo
Amándonos bajamos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
Negro como la noche, la memoria
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria
Por nuestro valle de dolor, olvidan
Su eden perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan
En un mismo recuerdo, y se den cuenta
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
Las sombras de su mente, como el rayo
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial exployo
En plena luz desde la excelsa cumbre
A do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,
Y sé que fuimos al cruzar el mundo
Como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
Tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
Llegó sin voz hasta los piés de aquella
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamas oyó la cándida doncella,
Concepto alguno, que asomar los rojos
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
Mis secretas zozobras expresaba
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua esclava
De ruin temor, se aventurase al ruego,
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
Ante la majestad de su hermosura
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero despues, cuando la noche oscura
De rutilantes astros coronada,
Excitaba mi fiebre y mi locura;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada
Fija en el ancho espacio tenebroso,
Do esplendía la imágen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo
Lenitivo á mi mal, ¡cuán tristes quejas
Exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
Volaban á Beatriz mis pensamientos
Al traves de los muros y las rejas,

Y en la noche callada, en los momentos[®]
En que soltaba sus cabellos de oro,
Turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizas que en invencible coro
Mis ardientes suspiros á su lado
Revolaban diciéndole : — ¡Te adoro ! —

Alguna vez en mi infeliz estado
La voz del corazon secreta y honda,
Gritaba : — ¡Valor! que eres amado ;

Mas no cobarde tu pasion se esconda,
Ni quieras que la virgen inocente
A tu silencio, impúdica, responda.

Entonces, llena de ilusion la mente,
De Beatriz á la mansion cercana
Animoso corria y diligente.

Pero al llegar al pie de su ventana,
Confuso y sin valor retrocedia
Diciendo ; — ¡Es pronto! Volveré mañana. —

Y no lució jamas propicio el dia
Para mi amor que atormentado y preso
En mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
Se fundieran en éxtasis divino
Nuestras dos existencias en un beso.

Mas ¡ay! que un dia inesperado vino
A dejarme la muerte pavorosa
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
Que formaron en hora afortunada
La nieve en competencia con la rosa ;

Aquella casta frente, urna sagrada
De virtud y de amor, aquellos ojos
Claros como la luz de la alborada ;

Aquel seno gentil, aquellos rojos
Labios, que con su púdica sonrisa
Templaban el rigor de mis enojos ;

Aquella voz que trémula, indecisa,
Llegaba á mi como lejano canto
De la noche, en las alas de la brisa ;

Todo al compas de mi abundoso llanto,
Pasó ante mí como fugaz centella,
Y aún pienso en aquel dia con espanto

La muerte misma la encontró tan bella.
Que al trasplantarla á mundos superiores
Su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
De blanco cirio, al parecer dormida,
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida
Posé temblando un ósculo... ¡el primero
Y único beso que le dí en mi vida !

¡Ay ! cómo pude resistir al fiero
Y rudo embate de tan dura prueba,
Ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,
Mas no extinguido el corazón, es llaga
Que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
Caminaba al azar y sin concierto,
Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
Sin luz el sol, naturaleza muda,
Y yo no acongojado, sino muerto,

Porque no vive el alma que desnuda
De todo bien, frenética se lanza
En los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fui! Mas ¿dó no alcanza
La clemencia de Dios que nos envía
Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
En que arrastrado por la indócil ola
Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola
Pugnaba mi razón contra la pena
En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatrix, dulce y serena
Apareció á mis ojos de improviso,
De celestiales resplandores llena.

Dios, de mis ansias apiadado, quiso
Poner fin á mi inmensa pesadumbre
Con aquella Vision del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre
Y envuelta en su flotante vestidura,
Sin mancha, como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura
Para alumbrar mi espíritu sombrío
Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvario,
Convulso incorporándome en el lecho,
Quise abrazarla y abracé el vacío,

Y de su imagen al traves, deshecho
En un raudal de lágrimas, tres veces
Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

— El cielo, oyendo tus continuas preces,
— Exclamó la Vision — volverte anhela
El perdido reposo que apeteces,

Y torno á tí, como afanosa vuela
El ave errante al silencioso nido
Donde el esposo, sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
Pensando en tu aflicción, triste mi estancia,
Y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,
Que no pudieron quebrantar la suerte,
Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia;

Como en debido premio acudo á verte
Y por orden altísima te digo
Que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo
Tu espíritu gigante, y por do quiera
Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
— ¡Avanza! — te diré — que el bien nos guía; —
Y cuando empieces á dudar : — ¡Espera! —

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
Subirá más porque tendrá dos alas
Para elevarse á Dios : tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,
Seré tu esposa mística, y mi mano
Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,
Tu mente llegará donde no pudo
Llegar jamás el pensamiento humano,

Y unida á tí por invisible nudo,
En las recias batallas de la vida
Tú la espada serás, y yo el escudo. —

Esto dijo, y su voz siempre querida,
Vibró en mi corazón, como las notas
De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas :
Sentí al impulso de su acento tierno
Las ligaduras de mi carne rotas,

Y tras pasé las puertas del *infierno*,
Y con espanto ví de los precitos
La fiera angustia y el suplicio eterno ;

Y horripilado percibí los gritos
Que arrancaba á las almas pecadoras
La tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
Cerrado para siempre á la esperanza,
Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza
Sujetaba mis piés, ó el terror ciego
Que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
El nombre de Beatriz, romper me hacia
Olas de sangre y límites de fuego (5).

Mas no tan sólo en la region sombría
Del llanto penetré : siempre guiado
Por mis sueños de amor y poesía,

Subí también al círculo apartado
Donde las almas con ferviente anhelo
Esperan el perdón de su pecado;

Y lejos ya de la mansión del duelo,
Visité, libre de temor impuro,
Las esferas espléndidas del cielo. —

Dijo Dante, y alzándose del duro
Tronco emprendió de nuevo la jornada
Con ánimo resuelto y pie seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
Con el mudo tropel de mis ideas,
Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó: — ¡Bendita seas,
Santa ilusión que nuestra pobre vida
Dignificas, levantas y hermo seas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida
En tenebroso y perdurable encierro,
Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro
Pudo sufrir la adversidad terrena
Y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena,
Pero no sin orgullo, los peldaños
Tan tristes ¡ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
Soporté con firmeza soberana
La injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
No columbrara en lontananza el puerto
Y la costa segura, aunque lejana;

Si en medio del mundano desconcierto
No hubiese á veces mi razón confusa
Entrevisto el oasis del desierto;

Privado de la paz que no rehusa
Á las almas la fe, tú hubieras sido
¡Oh desesperación! mi única Musa. —

Yo seguía escuchando embebecido
Las austeras palabras del Maestro,
Mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante más siniestro
Se presentaba, y la escabrosa ruta
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,
Salvando de improviso los abrojos
Que la boca cerraban de una gruta,

Feroz pantera, cuyos turbios ojos
Relucían inquietos en la densa
Oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,
Cual si estuviese contra mí en acecho,
Descuidado cogíome y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
Grité azorado, y á mi propio grito
Desperté, revolcándome en el lecho.

— ¡Luz, dadme luz! — clamé con infinito
Afan, con el afan del moribundo
A quien mira su culpa de hito en hito.

— Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusion consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Léjos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana! —
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

NOTAS

I

Este terceto es casi traduccion de aquel tan conocido con que Dante empieza su *Divina Comedia*: *Nel mezzo del camin di nostra vita, etc.* He puesto al frente de mi trabajos estos versos del ilustre poeta florentino, movido por un sentimiento de respeto á su gloriosa memoria, como el pobre hidalgo de lugar que ha venido á ménos y ya nada vale ni significa, conserva, sin embargo, con religioso amor, en la portada de su ruinosa casa solariega, el antiguo escudo señorial.

Mi poema da principio en la *negra selva*, en que al rayar en la mitad de la vida, supone Dante, haberse hallado de improviso apartado del camino recto; y su sencilla acción se desenvuelve en el lugar y el espacio que median desde que él se encuentra inesperadamente en el bosque espantoso hasta que le asalta una pantera, interceptándole el paso.

Siguiendo el simbolismo de Dante, aunque sin la seguridad de haber acertado en la interpretación, he representado en la *oscura selva* esa triste edad de la vida, próxima á la vejez, en

que las ilusiones y esperanzas caen marchitas del corazón, como las hojas secas de los árboles, arrancadas por el viento de Otoño, y en que la vegetación del alma, — permitaseme la metáfora aunque peque de atrevida, — es decir, la renovación de sus afectos perdidos y de su dicha soñada, es muy difícil, cuando no del todo imposible.

II

Dante, cuyo retrato he procurado trazar en estos versos, acercándose al más parecido que de él se conserva y que, si no estoy trascordado, es obra de Domingo de Michelino, nació en Florencia el año de 1265, y era descendiente de una antigua familia güelfa. Desde muy joven, fiel al partido que habían abrazado sus padres, sirvió á la República en magistraturas y embajadas, y combatió por ella en Capadino y en Caprona. Las divisiones de los güelfos y las visciditudes de su patria le llevaron al destierro, y en él murió cerca de Ravena, en 1321.

Hombre de carácter firme y entero, se resistió constantemente, á pesar del vivo y natural deseo que le aguijoneaba de volver á Florencia, á dar, para conseguirlo, paso alguno humillante y vergonzoso. Habría podido regresar á su patria, donde ya, como en toda Italia, era célebre y admirado, si hubiera querido prestarse á las dos condiciones que le imponían: el pago de una multa módica y la sumisión á varias ceremonias religiosas que envolvían una especie de retracción; pero Dante se negó diciendo que si para entrar en Florencia no había otro camino, re-

nunciaba para siempre á volver á su país natal. Y en efecto, antes que acceder á lo que se le exigía, prefirió andar errante hasta el fin de su vida por Francia é Inglaterra, y principalmente por diversas ciudades de Italia, aprendiendo por experiencia propia cuán amargo es el pan que de otro se recibe y cuán triste es subir á la escalera ajena.

Come sa disale

Lo pane altrui é com' e duro calle

Lo scendere é il salir per l' altrui scale.

PARAISO, canto xvii.

Dante, con el trascurso del tiempo, sufrió en sus opiniones políticas. Empezó siendo güelfo y concluyó gibelino. Amaba ardientemente la libertad de Florencia; pero avergonzado del repugnante espectáculo que entónces ofrecían los mil tiranuelos que desgarraban el seno de las repúblicas italianas, no creía posible ni segura la libertad, sino bajo el amparo y predominio del emperador de Alemania. La profunda transformación por que habían pasado sus ideas, aparece claramente en su libro de *Monarchia* y en los cantos vi y vii del *Purgatorio*.

III

Virgilio es el mentor del gran poeta italiano en su viaje por el *Infierno*, y no le abandona ni se separa de él sino á la entrada del *Paraíso*. Cuando penetran ambos en el primer círculo del espanto, donde están suspendidas encima del abismo las grandes sombras de la antigüedad,

Beatriz descendiendo á ellos desde las alturas del cielo y dirigiéndose á Virgilio, le pide que defienda y guíe á aquel á quien ella llama con suavísimo acento: *l'amico mio*. De esta suerte, y por medio de alegoría tan delicada, el Amor pone á Dante bajo el amparo de la Poesía.

IV

Nueve años había cumplido Dante, cuando estando un día de Mayo en la morada de un amigo de su padre, de la familia de los Portinari, vió por primera vez á Beatriz, hija del dueño de la casa, que tenía once meses menos que el egregio poeta y que había de ser la inagotable fuente de su inspiración. « Al aparecerse á mis ojos con nobilísimo aspecto — refiere Dante en su *Vita nuova* — vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y cual convenia á sus tiernos años, el espíritu vital que reside en lo más escondido del corazón comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho, y recibí honda impresión todo mi ser cual si yo interiormente me dijera: « he aquí una criatura superior á mí que viene á imponerme. » Este amor prematuro que han sentido también otros grandes poetas, y casi en nuestros tiempos lord Byron, enamorado en la infancia de una niña de su misma edad, nunca perdió en Dante el carácter de ideal y contemplativo que debía conducirle á la austeridad y á la gloria. A los nueve años de esta primera entrevista, es decir, cuando él tenía diez y ocho y Beatriz diez y siete cumplidos, volvió á ver á su amada en compañía de dos gentiles damas de más edad que ella, » ves-

tida de blanquísima túnica. » Saludóle dulcemente, lo cual trasportó al poeta á los últimos términos de la beatitud, y como oyese entonces por vez primera el timbre de su voz, embargóle tan viva turbación — según él mismo cuenta — que retirándose á un rincón oscuro de su estancia, se entregó á los más tiernos pensamientos de gratitud y amor. Algunos años después encontróla de nuevo en su camino: pero herida Beatriz por la sospecha de ciertos juveniles devaneos que se le atribuían, al pasar cerca de él, le negó el saludo, cuyo desvío produjo tan intenso dolor en el ánimo del poeta, « que huyendo de las gentes regó la tierra con llanto amarguísimo y quedó largo rato como aletargado. »

No referiré todos los incidentes de la vida íntima de Dante, porque no caben en los estrechos límites de una nota, y porque siendo además muy conocidos, no son necesarios para la inteligencia de mi poema. Baste decir que tímido é irresoluto, quizás por la potencia misma de su contenida pasión, jamás pudo ver á Beatriz sin sentirse profundamente alterado. Cierta día, habiéndola hallado impensadamente en casa de unas amigas, le asaltó tan extraordinario temblor y quedó tan fuera de sí, que las damas conocieron su secreto y aumentaron su confusión con maliciosas sonrisas y cachicheos.

Así pasaron los años sin que hubiera mudanza alguna en los sentimientos de Dante, hasta que Beatriz murió en la flor de su edad, el 2 de Julio de 1290. El dolor del poeta no tuvo límites; la ciudad de Florencia, desprovista de cuanto constituía su encanto y esplendor, le parecía una viuda. Escribió sentidas poesías á la santa memoria de Beatriz, en su alabanza y glorificación, impregnadas del espíritu místico y

simbólico que es uno de los rasgos más característicos de su genio, hasta que un día tuvo una visión maravillosa, cuyos pormenores calla, y en la cual, según dice en la *Vita nuova*, « fue testigo de cosas tales, que formó el propósito de guardar silencio sobre todo lo concerniente a aquella alma bienavenurada, mientras no pudiese hablar en términos dignos. » « Para lograrlo, añade, he estudiado sin cesar, y espero decir de ella lo que no se ha dicho jamás de otra alguna. »

De este modo anuncia, catorce ó quince años antes, su poema del *Infierno* el *Purgatorio* y el *Paraiso*, lleno todo él de Beatriz, que después de muerta siguió siendo, como había sido en vida, dueño absoluto del alma del poeta.

La relación de estos castos é inmortales amores, cuyo sentido alegórico ha dado siempre margen á curiosas y profundas interpretaciones, sirve de base, como verá el lector, á mi poema, *La selva oscura*, y singularmente á su segundo canto.

V

Dante, á quien, como he dicho en otra nota, acompaña Virgilio en su peregrinación por el *Infierno*, y luego Stacio, poeta cristiano que se une á ellos y no los deja hasta la salida del *Purgatorio*, tiene siempre presente la idea ó la imagen purísima de Beatriz, á cuyo nombre, con frecuencia invocado, se allanan ó desaparecen los obstáculos que encuentra en su camino. Cuando en el canto xxvii del *Purgatorio*, halla delante, cerrándole el paso, una muralla de

fuego, Dante retrocede espantado, pero Virgilio le dice : « Mira, hijo mío, que esa muralla se interpone entre Beatriz y tú. »

Or vedi figlio,

Trá Beatrice é te é questo muro,

y al oír esto, se arroja sin vacilar en medio de las llamas.

Siéntese sofocado por el calor del mar de lumbré que le envuelve, y entonces el glorioso poeta latino háblale de nuevo de Beatriz para confortar su espíritu atribulado, diciéndole estas tiernas y consoladoras palabras : « Ya me parece que estoy viendo sus ojos. »

Gli occhi suoi già veder parme.

Traspuestas las dos mansiones del dolor, el *Infierno* y el *Purgatorio*, Beatriz es la única que conduce á Dante, y quien le arrebatada de círculo en círculo para que guste de los celestiales goces é inefables alegrías del *Paraiso*.

III

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, « Anquises » y « Medea »
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV

¡ Hace ya tanto tiempo ! Era yo mozo ;
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sembréaba. —
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡ Mi bondadosa madre me esperaba !

V

¿ Y nadie más ? ¡ Ay ! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

IDILIO

I

¡ Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días !
¡ Oh gratos sueños de color de rosa !
¡ Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa !

II

¡ Volved, volved á mí ! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ ay ! mi corazón marchito.

VI

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna :
En nuestra honrada cuna
Nos durmió el mismo beso, el mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartimos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII

— ¡Cuán hondo surco en mi memoria labra! —
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo le enseñé con fraternal cariño
Las plegarias del niño
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X

¡Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crugir sentimos la insegura rama,
Y ántes de aprovecharnos del aviso
Hallamos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama.

XI

¡Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,
Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de mies de algún vecino!

XII

Rápidas al pasar y halagadoras,
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
Piadosa nos rendía,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII

El tiempo deslizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.

XIV

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV

Mi padre, entretenido aunque severo,
Ensilaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolecente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI

En confusion ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos á buscarme vino.
— Rayaba apenas la rosada aurora. —
— ¡Vamos, Juan, que ya es hora! —
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII

Mi madre entónces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decia, ahogado en llanto:
— ¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada. —

XVIII

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida,
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar: — ¡Que escribas, hijo!
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entónces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX

Pocos meses despues, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI

Doblaba lentamente la campana;
Ancha faja de grana.
Teñía el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío,
Volaba envuelto en nube polvorosa,
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo: — « ¡Ay, hijo mío! » —

XXIII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita [®]
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias por mi vuelta al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre y ¡también ella!

XXIV

Quedéme al verla estático y absorto.
Roto habia en tan corto
Plazo el botón de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada :
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI

En la santa explosión de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca.
Y con afán mi corazón sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretenderia en vano
Pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
Que no llega á cuajar en la llanura,
¡Un instante no más! Sólo un instante
Animó su semblante
Fugitivo destello de ternura.

XXIX

No acertaba á explicarme su mudanza :
La ingénua confianza
De la edad infantil trocó en desvío,
Y los alegres juegos que animaron
Nuestra niñez, pasaron
Como pasan las ondas por un río.

XXX

Apuré la amargura hasta las heces
A veces grave, á veces
Adusta, y pronta siempre en sus enojos.
Me hablaba sin razon con gesto esquivo,
Y sin ningun motivo
Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI

Desde el alba hasta el término del día
Ya nadie nos veía
Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
Buscábamos los nidos,
En los frondosos árboles del huerto.

XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazon del pecho.

XXXIII

Entonces ¡ay de mí! pensando en ella,
Dirigia mi huella
Hacia las ruinas del feudal castillo,
Que sobre estéril y ondulada mofa
Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV

Elévase fantástica y disforme
Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago :
Crece en las hendiduras de la piedra
La trepadora hiedra
Y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV

Sólo las bulliciosas golondrinas
Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con sesgado vuelo,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI

En muda calma y soledad medrosa
Parece que reposa
Aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que á sus plantas corre
Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio,
Y hallar algún remedio
A mis ansias prolijas y secretas,
Con brozo vigoroso y pié seguro
Subía por el muro,
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,
Al traves del abismo
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
Para ver en confusa perspectiva
La inmensidad arriba,
Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogían
Al acercarme huían,
Y solo con mis penas en la altura
De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

XL

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo
Apartado del mundo
En aquel torreón del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolía
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje!

XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban;
Por todas partes se extendía el llano
Hasta el confin lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla,
¡Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII

Cual dilatado mar, la mies dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate,
Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo del combate.

XLV

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la mies madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos.
Y donde apenas la mirada alcanza,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable amor cantan ó gritan.

XLVIII

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
Al traves de los campos se dilata :
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

XLXI

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda ;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L

En la tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desórden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la mies rechina.

LII

Otro en el trio de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga
Y salta rota la reseca paja.

LIII

Una pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, ántes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV

Era de noche ya. Con hondo espanto
Ví que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
É insólita pavora
Deshizo, como sombra, mi energía.

LVI

Quise medir la elevacion del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar : todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII

Mi invisible terror iba en aumento :
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasion volvíme loco,
Y empecé poco á poco
Á bajar por la mole de granito.

LVIII

¡ Un siglo para mí fué cada instante !
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y piés, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

LIX

Volaban junto á mí tristes y graves
Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡ Ya escuchaba el murmullo del arroyo !...
Mas ¡ ay ! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX

Me así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crugió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, senti frío,
Luégo un dolor agudo, luégo... ¡nada!

LXII

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
Al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo,
Vertían llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII

— « ¡Vive! » — mi padre alborozado dijo :
— « ¡Vive! » — con regocijo
Mi madre repitió, mirando al cielo :
Ella en silencio se enjugó los ojos. —
Postráronse de hinojos,
Y la santa oracion levantó el vuelo.

LXIV

Penosa fué mi curacion y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte.
Postrado y sin hablar, noches y días,
Esperando las frias
Y espantosas caricias de la muerte.

LXV

¡Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razon y mis miembros embargaba,
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

LXVI

Con la sedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,
Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mío!

LXVII

¿Era ficción ó realidad? ¿Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
Calor sentía de furtivo beso,
Que se posaba en mí como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII

¿Soñaba cuando triste y satisfecha,
En lágrimas deshecha
O risueña y feliz, según mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravia,
Sino hacer más pesadas sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un día?

LXX

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferente.

LXXI

Cierto día, en las horas de la siesta,
Cuando la luz molesta,
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pié tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol calienta, pero no traspasa.

LXXII

Dejaba en perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento,
Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII

— ¿Qué causa su cariño me enagena? —
Con indecible pena
Me preguntaba yo. — ¿Por qué me trata
Con tal rigor y tan esquivo ceño? —
De mí no era ya dueño
Y exclamé con pesar: — «¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
Breves instantes, levantóse incierta
Cual si hiciese un esfuerzo sobre humano,
Y me tendió su mano,
Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV

— ¡Sufres! me dijo con afán. — ¿Qué tienes?
¿Con tan fieros desdenes
Paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
Sino llorar contigo cuando lloras. —

LXXVI

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
A la traición? ¿las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba,
Rompió al fin como lava
Que se convierte en inflamado río.

LXXVII

— ¡Goza, gozate! — dije — fementida,
En enconar la herida
Que con tu injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
Que por dejar de amarte
Me arrancaría el corazón del pecho. —

LXXVIII

Yo la vi entonces fascinada y ciega
Llegar á mí, cual llega
La enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
Y deslizó en mi oído:
— « ¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX

Quebrante la pasión que me sofoca
La cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha,
Como acerada flecha
Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
Cuánto he sufrido!... » — Hablábame gozosa,
Y en su mejilla hermosa
La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba estático... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
Que resuena su voz, su voz brillante
Como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda
La mar rugiente y sorda,
Y con febril ardor de que me acuso,
Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
De súbito llegando
En silencio mi madre, se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno.
Corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mi sus ojos graves,
Y dijo: — « Cuando acabes,
Si la mereces, Juan, vuelve por ella. » —

LXXXIV

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no léjos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Á cuyos muros me llegué temblando.
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.
— ¡Murió! ¿para qué vivo? —
Grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo :
— Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta! ¡Ora y espera! —

ULTIMA LAMENTACION

LORD BYRON

(AÑO DE 1823)

Otra vez incansable peregrino,
Ansioso de cruzar pueblos extraños,
Vuelvo á emprender el áspero camino
Que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
Póstranme fatigosos desengaños;
Pero arrastrado á mi pesar me siento
Como las hojas secas por el viento (1).

— 89 —

II

Huérfano y solo abandoné mis lares,
Marcando el rumbo hácia remotos climas:
Surgué á mi antojo procelosos mares
Y hallé la nieve de empinadas cimas.
Mas doquiera la hiel de mis pesares
Vertí en acerbas y sonoras rimas;
Por todas partes implacable y frío
Fué detrás de mis pasos el hastío.

III

¿Por qué, por qué desde mi Abril temprano
Molesto huésped á mi hogar se sienta,
La copa del placer rompe en mi mano
Y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido océano
Por qué ruge ó se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, no tiene el alma
Terribles horas de angustiosa calma?

IV

Más terribles quizá, porque es más grande,
Y en su furor satánico no tiene
Ley que la rija, halago que la ablande, (R)
Ni costa que sus impetus refrene.
Ya brusca y pavorosa se desmanda,
Ya sus olas indómitas serene,
La causa á que obedece queda oscura.
— ¿Es el poder del génio? ¿Es la locura?

V

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
Tan difícil cuestion? ¿Quién fija y nombra
La línea imperceptible en que coincide
La clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?
¿Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
Ver que la humanidad cobarde ó ciega,
Al éxito se rinde y se doblega?

VI

Piramides de cráneos contra el cielo
Levanta Temerlan una tras una;
Oprime el Asia sin temor ni duelo,
Y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catalina y Massaniello
Porque les fué contraria la fortuna.
Que la suerte quizás no merecida,
Es genio, y es demencia la caída.

VII

Mas ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
Y en sus crímenes lleva su castigo. —
Nunc tedio mortal, nunca me dejas,
Donde quiera que voy, tú vas conmigo,
Y no sé resistir cuando me envías
Noches sin sueño y fatigosos días.

VIII

¡Días de horrible lasitud! El cielo
Trasparente y azul me causa enojos,
Cubre la tierra insoportable velo
Y el llanto anubla sin razon mis ojos.
Como un sepulcro el corazon de hielo
Guarda de mi entusiasmo los despojos
Y están en esas horas de bonanza
Mudo el deseo y muda la esperanza.

IX

No acierto á comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano,
Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contiene y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razon y el océano:
Sólo que ruga el mar cuando batalla
Y el pensamiento en sus tormentas calla.

X

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
Su fragorosa voz, y estalla el rayo,
Y el huracan encrespa su melena,
Sacude el alma su mortal desmayo.
Entre el horror de la sublime escena
Aliento, gozo, á mi placer me exployo.
Despues... vuelve la calma abrumadora
Y el tedio de la vida me devora.

XI

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
Y misteriosa fuerza me impelia
À esas regiones fértiles que baña
La fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
Pueblos gigantes cuando Dios quería
Y hoy sombra nada más de lo que fueron.
Con sus muertas grandezas me atraieron.

XII

Descendí por la rápida pendiente
De los agrestes Alpes, que, vecinos
Al sol, elevan su nevada frente
Orlada á trechos de silvestres pinos:
Salvando ya el abismo, ya el torrente,
Ya el traidor ventisquero, por caminos
Que abrió el barreno en la montaña dura,
Bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII

¡ Con qué consolador recogimiento
Yo, pobre y olvidado vagabundo,
Sin hogar y sin lazos como el viento,
Miré á mis plantas el verjel del mundo!
Europa en vergonzoso enervamiento
Yacia entonces y en sopor profundo.
Qual gladiador que tras penosa brega
Sus recios miembros al descanso entrega,

XIV

¡ Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo.
Y recogía atónita la historia
La sangre con las lágrimas, el lodo
Con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período
Que vivirá del tiempo en la memoria,
En que acosada el águila del Sena
Cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV

¡ La guerra enmudeció! Sólo el tirano
Que en los arduos empeños de su vida
Supo ser, con aliento soberano,
En todo grande, excepto en la caída,
Se revolvía en el peñon lejano
Con ruda y formidable sacudida:
El mar encadenaba su egoismo
Y era un abismo en medio de otro abismo.

XVI

Mas ¡ ay! ¿ Por qué fatalidad que aterra,
Por qué inconstancia de la suerte impía
Al hundirse el azote de la tierra
Más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
Los destinos humanos en un día,
La presa que las águilas soltaron
Mil carnívoros buitres devoraron.

XVII

No fué ya el despotismo del coloso
Que, como río de encendida lava,
Al avanzar rugiente y proceloso
Con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
Que los cimientos de la fe socava ;
Fué el miedo suspicaz, el más inundo
De los tiranos que soporta el mundo.

XVIII

No vistió nunca el militar arreo,
Y fué al moverse entre la sombra oscura,
Su casco de batalla el solideo
Y el monástico sayo su armadura.
Incansable y voraz como el deseo,
Mortal como la lenta calentura,
Blandió contra la tierra amedrentada
Más la cruz que la punta de su espada (2).

XIX

Si es ley que la revuelta muchedumbre
El yugo sufra de atrevida mano,
Que la enaltezca al ménos y deslumbre
Con sus épicas glorias el tirano ;
Y ya que con forzada servidumbre
Pague sus culpas el linaje humano,
El brazo vigoroso que le venza
Infúndale terror, y no vergüenza.

XX

En el nombre de Dios la heroica España
Que el mundo despertó de su letargo,
Como premio debido á tanta hazaña
Sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresion y de la extraña
Coge Italia infeliz el fruto amargo.
Y cual botin en manos de bandidos
Ve sus hermosos campos repartidos.

XXI

En el nombre de Dios los calabozos
Abren sus anchas fauces, nunca llenas.
Donde sólo responde á los sollozos
Del desdichado, el són de sus cadenas ;
En el nombre de Dios viejos y mozos
En extranjero hogar lloran sus penas ;
En el nombre de Dios fiera cuchilla,
Cercena la cerviz que no se humilla.

XXII

Todo en nombre de Dios ¡blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
El humo del incienso es grata ofrenda. ®
No de la hiryiente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
Sé que extiende sus brazos redentores
Para estrecharnos con amor profundo,
¡ Ay ! pero no para oprimir el mundo.

XXIII

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
Del corazón doliente y consternado,
Tienes misericordia y no has proscrito
La angusta libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy: Tú me la diste!

XXIV

No puede ser que viva el pensamiento
Dentro de mí como enjaulada fiera;
Sólo para alumbrar nuestro tormento
La antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
El negro abismo, la insondable esfera,
Lo invisible, lo incógnito, lo arcano
Todo está abierto al pensamiento humano.

XXV

Si congojoso afán le ofusca y siega
Y alguna vez quizás cuando le asombra
La oscura soledad por do navega,
No te ve, no te siente, no te nombra,
Si en su aflicción te niega, ¿Quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
En la inmutable eternidad perdida;
Menos que sombra: ¡el sueño de una vida!

XXVI

¡Desgraciada del alma que sin tino
En alas del error su vuelo encumbra,
Y abandonada y sola en su camino
Niega la misma luz que le deslumbra;
Que ve á lo lejos el fulgor divino
Y no acierta á salir de la penumbra,
Que avanza confundida á cada instante,
Siempre desesperada y siempre errante!

XXVII

¡Ay! He dudado, dudo todavía,
Pero nunca de ti; si te ocultaras,
Mi ardiente convicción te encontraría.
Pueden turbas frenéticas ó ignaras
Renegar de Jesús y de María,
Quemar sus templos, profanar sus aras;
Puede en horas de espanto y desconsuelo
Como el Olimpo desplomarse el cielo.

XXVIII

Pueden, cual otras antes, nuestras vivas
Créncias sepultarse en el vacío,
Pues no porque las ondas fugitivas
Vayan al mar, desaparece el río.
Pueden trasformaciones sucesivas
Cambiar la faz del mundo á su albedrío;
Tú siempre flotarás con tus eternas
Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX

Si chocaran, haciéndose pedazos,
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus días
Dejara de existir, tú existirías.

XXX

Mas ¿á qué esfera mi incessante anhelo
Me arrebatá y trasporta? A pesar mío
Por la excelsa región remonta el vuelo,
Subiendo en pos de la verdad que ansio;
Pero el dolor que me sujeta al suelo
Fuérzame á descender trémulo y frío,
Cual ave que aletea inquieta y viva
Dentro de la prision que la cautiva.

XXXI

¡Torno á la triste realidad! ¿Y á dónde
Podré volver mi tétrica mirada,
Sin que me aflija abyección que esconde
Nuestra mezquina y lóbrega mirada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
Cuanto más baje el alma infortunada,
Tanto mayor demostrará la tierra
El abismo sin término que encierra.

XXXII

¡Ay! ¡Yo le he visto con horror! Yo mismo
De incertidumbre y de terrores lleno,
Voy rodando hácia el fondo de ese abismo
Do se amasa con lágrimas el cieno,
La infamia, la traición y el egoísmo
Me han brindado su cáliz de veneno,
Y he sentido al beber su última gota,
Rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido
Que nunca más veré! Turbado y mudo
De vosotros llorando me despido,
Y con adios patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido
Para agotarla toda? En vano acudo
Á mi flaco valor y luebo en vano
Contigo. ¡Oh mi recuerdo! ¡Oh mi tirano! (3)

XXXIV

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida
En su ala enorme la traidora flecha,
Y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha
Por la ancha inmensidad vuela perdida,
Hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
En abrupto peñon oscura muerte.

XXXV

¡Yo tambien moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
Pudiera hallar mi tumba como el ave
Quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
Quien, abrazado á mí, lágrimas vierta,
Ni quien cierre mis ojos y recoja
Mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI

¡Olas del mar que con la frágil quilla
De mi libre bajel rompo y quebranto,
Corred, llegad á la britana orilla
Crecidas y amargadas con mi llanto.
Y allí, do triste y silencioso brilla
Mi abandonado hogar, si alcanzais tanto,
Decid, junto á la lumbre, al ángel mio,
Que estoy muriendo de cansancio y frio.

XXXVII

¡Frio del corazon que hasta mis huesos
Penetra y por mis venas se derrama,
Y agolpa á mi memoria los sucesos
De mi vida, en confuso panorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
No los pálidos rayos de la fama,
Pudieran dar al alma entumecida
De tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII

¡Pero jamas tu sonrosada boca
En mí se posará! Nunca el abrigo
De tus brazos tendré! Sufrir me toca
Errante y resignado mi castigo.
¡Oh! si no tienes corazon de roca,
Cuando se bebe la opinion conmigo
Y escarnecido mi recuerdo veas,
Compadéceme, y gime, y no lo creas (4).

XXXIX

Acaso te dirá que ingrato y duro
Abandoné la cuna en que dormías,
Que no tuve piedad, que fui perjuro,
Y me encenago en crápulas y orgías.
Te engaña, no la creas. ¡Te lo juro
Por mí, por ti, por los fugaces dias
De amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser, mas no culpado.

XL

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,
Pues mientras dure de mi vida el hilo,
Iré siempre á merced de mis dolores
Sin paz, sin esperanza y sin asilo.
— Mas basta ya de inútiles clamores:
Surca, velera nave, el mar tranquilo,
Que ya ilumina el sol de la mañana
La cima del Pentélico, cercana.

XL I

Al traves de los diáfanos celajes
Con que aparece la rosada aurora,
Ante mí se despliegan los paisajes
Que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes
Desolada region? Dame en buen hora,
Si el cielo quiere que por tí sucumba,
Á la sombra de un sauce humilde tumba.

XL II

Ó á la orilla del mar, fuera del paso
De los mortales, donde apenas haya
Señal de vida, y con rumor escaso
Las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hácia el ocaso,
Para que, cuando el sol á hundirse vaya
En las costas de Albion, léjos, muy léjos,
Me alumbre con sus últimos reflejos.

XL III

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,
Cuando á la tarde sobre mí se abata,
Será como un recuerdo que reciba
De mi patria orgullosa y siempre ingrata (5).
Mas, ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
Hoy de su férreo yugo se desata
Y mientras libre y próspera no sea,
Morir es desertar de la pelea.

XL IV

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
De héroes y genios! ¡Sosegada fuente
De rica inspiracion! ¡Fecunda esposa
Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
Por vez primera respiré tu ambiente!
Y al escuchar el són de tus cadenas,
¡Con cuánta indignacion lloré en Aténas!

XL V

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
Bosques y tus poéticas colinas;
Templé mi sed en tus sagrados ríos
Y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvarios,
Con mudo asombro contemplé tus ruinas
Iluminadas por el cielo heleno,
De música y color y aromas lleno.

XL VI

¡Cuál se destacan los contornos puros
Del templo secular! La verde hiedra,
Trepando inquieta por los altos muros,
En la hendida pared do arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
Colora el sol ennegrecida piedra,
Y parece que inmóvil en la cima
El moribundo Partenon se anima.

XLVII

Allí sestea el balador ganado,
Paciendo en calma la reseca hierba
Que crece al pié del templo consagrado
A las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
A quien el sol canicular enerva,
Duerme tranquilo en la agostada alfombra,
Del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
Al compas de los cantos que improvisa;
Dulces como la miel del monte Himeto
Que en el lejano término divisa.
El, de una raza de gigantes nieto.
Su heroica tierra indiferente pisa,
Y no guarda indolente en su memoria,
Ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
Celosos de tus ínclitas empresas,
El tiempo adusto y el rencor humano
Redujeron tus templos á pavesas.
En vano, ¡oh Grecia! la implacable mano
De tu opresor envilecida besas:
Tan excelso renombre conseguiste
Que á la edad y á tu infamia se resiste.

L

Y nunca morirá! Puede la lumbré
Extinguirse en tu claro firmamento;
Puede rodar la inmensa muchedumbre
De tus dioses, postrada y sin aliento;
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
Los rumores del bosque, el mar y el viento,
Repiten cadenciosos los gemidos
De tus dioses olímpicos vencidos.

LI

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
Que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
Duerme en su concha Vénus citerea.
En su carro marino el dios Neptuno
Por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
Y orla Baco de pámpanos su frente.

LII

Aún ciñendo su rústica guirnalda
Turban nuestra memoria tus bacantes,
Con el cabello suelto por la espalda
Y los desnudos pechos palpitantes.
Aún vagan en silencio por la falda
Del sacro Pindo que animaron ántes,
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,
Coronadas de lauro, y mirto y rosas.

LIII

La rabia en los mortales corazones
De tus negras Euménides aún dura;
Aún surcan tus nereidas y tritones
Del hondo mar la líquida llanura;
Aún se perciben los alegres sonos
De la flauta de Pan en la espesura,
Cuando ensalza y endiosa la grandeza
De la amante y feraz naturaleza.

LIV

La luminosa huella de tu paso
Es estela que nunca se ha extinguido,
Y conservas tu fama, como el vaso
Guarda el aroma del licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso,
Resistiéndose al tiempo y al olvido,
Y de tus ricas artes los despojos
Encanto son del alma y de los ojos.

LV

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno,
Y da á la humanidad maravillada
De la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
Palpita á impulsos del amor materno,
Y surge de su entraña endurecida
La estatua llena de reposo y vida.

LVI

La ardiente inspiracion del viejo Esquilo,
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,
Revela al mundo en prodigioso estilo
Las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
Oye el rugir del indomable reo,
Que encadenado á la escarpada roca
Con renaciente furia le provoca.

LVII

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
Comarca infortunada! Aunque tus días
Cortase de improviso el terremoto
Y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
De una estatua, un fronton, cenizas frías
De tu pasado, para no olvidarte
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII

Con cuán amarga indignacion, con cuánto
Dolor, presa de un déspota contemplo
Tanta belleza incomparable, y tanto
Recuerdo augusto á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
El arco hendido, el derribado templo,
La columna volcada entre la hierba,
Tus hijos degradados y tú sierva.

LIX

¿Y ha de vivir en abyección profunda
Siglos y siglos tu escogida raza?
No : ponte en pie, revuélvete iracunda,
El fuerte escudo minervino embraza.
Para romper tu bárbara coyunda,
De Hércules caiga la pujante maza,
Acostumbrada en sus fornidas manos
A rendir monstruos y á domar tiranos.

LX

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas
Hierro para luchar, las tempestades
Su furor, y el recuerdo de tus penas
Odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
Tus campos tala, incendia tus ciudades :
Y si ser grande y respetada quieres,
De tí no más la salvación esperes.

LXI

Recuerda ; oh Grecia ! los antiguos hechos
De tus hijos magnánimos y bravos,
Y reconquista sola tus derechos ;
Sin fiar en latinos ni en esclavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
Cansados ya de amamantar esclavos ;
Y el rayo destructor tu diestra vibre,
Que quien sabe morir sabe ser libre.

LXII

Así entendieron el valor tus bellas
Y nobles hijas en la infausta rota,
Con que probar quisieron las estrellas
La fe de un pueblo enérgico y patriota
Cuando madres, esposas y doncellas,
Siguiendo en pos de la región suliota (6),
Vieron, con sed inútil de venganza,
De sus deudos la bárbara matanza.

LXIII

El implacable Alí, de rabia ciego
Y ansioso de vengar viejos reveses,
Cayó de pronto sobre el campo griego
Como la tempestad sobre las mieses ;
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
Azuzando á sus rudos albaneses,
Que cuando á la salida se previno
Le cerraban los muertos el camino.

LXIV

Con mudo afán y punzadora pena
Multitud de mujeres contemplaba
El brutal frenesí de aquella hiena,
Desde una roca inaccesible y brava ;
De acerbo llanto silenciosa vena
Sus lívidos semblantes inundaba,
Y ante aquel espectáculo sangriento
Ni un suspiro exhalaban, ni un lamento.

LXV

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo
El bronco golpe del cañon heria!
Que era el combate decisivo, el plazo
Funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño en el regazo
Maternal, inocente sonreía,
Sin comprender su desventura horrenda,
Y ajeno, el triste, á la feraz contienda.

LXVI

Firmes como granítica muralla,
De sangre, y polvo, y de sudor cubiertos
Los griegos esperaron la metralla
De su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
Contar á los vencidos por los muertos,
Que Ali no dió cuartel, ni hubo suliota
Capaz de resignarse á su derrota.

LXVII

De pie sobre la ingente cortadura
Del agrio monte en cuyo fondo mismo,
Espumoso torrente de agua oscura
La grandeza aumentaba del abismo,
Madres, hijas y esposas sin ventura,
Del terror en el fiero paroxismo,
Veian con atónita mirada
El término fatal de la jornada.

LXVIII

¡ Todo acabó ! Desgarrador lamento
Que el eco repitió de cumbre en cumbre,
Brotó, en la angustia del postrer momento,
De aquella estupefacta muchedumbre,
Trastornada, convulsa, sin aliento,
Prefiriendo á la torpe servidumbre
La palma del martirio victoriosa,
Y á las infamias del harem, la fosa.

LXIX

Cual si cediese á inspiracion secreta
Ó á ley divina, en su furor creciente
Abalanzóse hácia la enorme grieta
Que daba paso al bramador torrente. —
Todo, todo yacía en paz completa :
La tierra muda, el cielo indiferente,
El viento adormecido, el mar en calma...
¡ Qué sola está cuando padece el alma !

LXX

¡ Ay ! — con acento entrecortado y hondo
Clamó una madre, de ósculos cubriendo
Al hijo de su amor : — Yo te respondo
De que libre serás ! — Y esto diciendo,
Despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
Del voraz antro, con medroso estruendo.
Y sonó un grito de ansiedad suprema
Que era á la vez gemido y anatema.

LXXI

Y todas ¡ay! en su dolor profundo,
Descompuesta la faz, con el cabello
Erizado, y la rabia, cual inmundo
Reptil, ceñida y enroscada al cuello;
De la vida olvidadas y del mundo,
Y extinto en ellas el postrer destello
De la fe que á los míseros anima,
Dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII

¡Una sola faltó! De la hendidura
Que abrió un arroyo en caliza roca,
Y donde acaso en su mortal pavora
Buscó refugio atribulada y loca,
Sobre hermosa y dormida criatura
Apretada la faz, boca con boca,
Y de amarilla palidez cubierta,
No se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII

Ya consumado el duro sacrificio,
Todas en rueda y de la mano asidas,
Al borde del ríscoso precipicio
Giraron por el vértigo impelidas.
Al compas de su lúgubre ejercicio
Iba el abismo devorando vidas,
Y sacando sus víctimas la suerte
De aquella horrible « danza de la muerte. »

LXXIV

Eran principio y fin de su camino
La fiebre arriba y el sepulcro abajo,
Y una tras otra en raudo remolino
Fuéron cayendo en el inmenso tajo (7).
¡Confunda Dios al déspota asesino
Que á tan sangrienta extremidad las trajo.
Y déle como premio á sus hazañas,
Hijas sin fe, y esposa sin entrañas!

LXXV

Pero es forzoso que mi canto acabe,
Ya llegamos al puerto: ya sumisa
Da fondo en él la afortunada nave,
Columpiándose al soplo de la brisa.
Ya recoge sus alas como el ave
Que al nido llega, y con ingénua risa
Saluda el marinero enternecido,
Como el ave también, su patrio nido.

LXXVI

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera
Con blando afán, en la cercana orilla
Le aguardará quizá su compañera,
Inocente como él, como él sencilla!...
¡Ay! ¿Quién me espera á mí? ¿Grecia me espera
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
Y mientras lllore opresa y desgarrada,
Lira, ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

NOTAS

I

Lord Byron, el más grande de los poetas ingleses del siglo presente, se embarcó en Italia para combatir en pro de la independencia griega, el mes de Junio de 1823, y murió en Mossolonghi, á los 38 años, víctima de aguda y dolorosa enfermedad, el 18 de Abril de 1824, exclamando al exhalar su último suspiro : — « Ahora es preciso que duerma. » — He escogido para el desenvolvimiento de mi poema el período que media desde su partida á Italia hasta su arribo á las costas de Grecia, porque no es mucho suponer que durante las largas horas de viaje asaltarán más de una vez su espíritu los melancólicos recuerdos de su borrascosa vida y los nobles sentimientos que habían despertado en él la heroica resistencia del pueblo heleno, abandonado por el egoismo de Europa, desde la caída del imperio bizantino, á la brutal tiranía de los turcos.

II

Es posible que la dureza con que califico la sangrienta reacción teocrática que pesó sobre

Europa á la caída definitiva del primer imperio napoleónico, atraiga sobre mi las agrias y descompuestas censuras de los que á la sombra de la religion buscan sólo el logro de sus ambiciones terrenas. No me importa, porque estoy hace tiempo acostumbrado á sus diatribas. Sin menoscabo de la fe ni oposicion al dogma, he juzgado ya severamente la historia aquella terrible y pavorosa época en que los monarcas más poderosos de la tierra formaban con místico fervor la Santa Alianza, para arrancar á los pueblos sus libertades, y en que el conde José de Maistre, en nombre de un Dios de paz y de clemencia, proponia que se elevara al verdugo á la categoria de sacerdote. ¿ Por qué la poesia, que tantas veces ha manchado sus alas en el fango de la adulacion, no ha de ser tambien, como la historia, azote de los opresores y vengadora de los oprimidos ?

III

Mucho se ha escrito y se escribe todavia acerca de los disturbios domésticos que amargaron la vida de Byron, sin que hasta ahora haya formado la opinion un juicio definitivo é inapelable sobre este asunto, ni se conozcan con certeza las causas que contribuyeron al ruidoso rompimiento de Lady Byron con su marido, en cuyo suceso puede decirse que se interesó toda Inglaterra. El ilustre poeta contrajo matrimonio, el 2 de Enero de 1815 con Lady Milbanke, rica heredera, de notable hermosura, pero de carácter ríido, contenido y austero, que contrastaba singularmente con el suyo. El 10 de Diciembre del

mismo año su esposa dió á luz una niña, y el 15 de Enero de 1816, cuando parecia natural que se hubiese estrechado y fortalecido el vínculo que los unia, con los primeros goces de la paternidad, Lady Byron expuso á su marido, en una carta llena de hipócrita ternura, su firme resolución de no volver á verle más. « Las causas de nuestra separacion — decia Byron á su amigo Moore — son demasiado sencillas para que se encuentren con facilidad; » y en efecto, entre un poeta joven, ardiente é inquieto y una mujer fria, severa y metódica, la simpatía, si alguna vez existió, no podía durar mucho tiempo ni necesitaba para romperse de motivos extraordinarios.

Byron consintió en la separacion; pero poco despues publicó dos poesías que le atraieron el enojo de la sociedad inglesa, predispuesta desde un principio á favor de su esposa. Fueron estas poesías una sátira acerba y violentísima contra el aya de Lady Byron, á quien suponía autora de sus desgracias domésticas, y el famoso « Adios » á su mujer, donde se confiesa, quizas en un arranque de orgullo ó de despecho, de faltas que nunca habia cometido y de las cuales le absuelve cumplidamente la historia.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo con la publicacion de estos versos. « Los periódicos — dice uno de sus biógrafos — le atacaron sin piedad, multiplicáronse las caricaturas contra él, cerráronse las puertas de todas las sociedades, y se consideró como acto de valor, ó más bien de despreocupacion censurable, el de recibirle en una casa. El partido aristocrático, al cual pertenecía por su origen, pero de cuyas filas se habia separado por sus opiniones políticas, los hipócritas en materias de religión á quienes habia ofendido con la libertad de sus juicios y de sus costumbres, y las mujeres que

creían tener quejas de él, entre otras Carolina Lamb, distinguida dama que se enamoró locamente del poeta con ese amor desesperado que mata, pero del cual tambien se muere, se unieron para presentarle como un monstruo, y las calificaciones de vampiro, de turco-bárbaro y asesino, apenas pueden dar idea de lo que era Byron en aquella época para Inglaterra, ni del odio desdenoso con que le miraban todas las clases, desde las más elevadas hasta las más populares y humildes. »

Desterrado moralmente por la opinion pública, cuya excesiva severidad no se comprende, ni aun en una sociedad tan meticulosa como la británica, sino como consecuencia de un conjunto de circunstancias especiales hábilmente aprovechadas por el rencor y la envidia, Byron abandonó por segunda vez, el 25 de Abril de 1816, el suelo de Inglaterra, á donde sólo debían volver sus restos mortales.

IV

El recuerdo de su hija Ada, á quien habia dejado en la cuna, atormentaba constantemente á Byron, y en muchas de las obras que escribió fuera de Inglaterra durante su voluntario destierro, el cual sólo debía terminar con la muerte, consagra sentidas y patéticas estrofas á la que el gran poeta llama *única hija de su casa y de su corazón*.

¡ Ada! sole daughter of my house and heart.

Ada fué educada en el olvido más profundo

hacia su padre infortunado, como lo revela el hecho de haber prohibido terminantemente la suegra del ilustre autor de *Childe Harold*, en una de sus últimas voluntades testamentarias, que se enseñara en ningún tiempo á su nieta el retrato de lord Byron.

Byron tuvo en más de una ocasión, durante su breve permanencia en Grecia, donde á costa de grandes contrariedades prestó eminentes servicios á la generosa causa que habia abrazado, el triste presentimiento de su próximo fin. Cuatro meses antes de morir, el 27 de Diciembre de 1823, escribia desde Cefalonia á su íntimo amigo el célebre poeta irlandés Tomás Moore, lo siguiente: « Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra dolencia alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesía, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Koerner, acordaos de mí en medio de las risas y del vino. »

VI

Pocos pueblos, ni en la antigüedad, ni en los tiempos modernos, han ofrecido á la historia ejemplos tan admirables de heroísmo como los que presentan los montañeses de Suli, reducida colonia de griegos, que huyendo de la esclavitud de los turcos, que pesaba sobre la llanura,

se habia refugiado en un escabroso rincon del Epiro, fundando sus lugares como nidos de águilas, sobre riscos estériles é inaccesibles. Constituyóse en un principio esta colonia, que un escritor distinguido llama la verdadera Lacedemonia de la Grecia bárbara, con cuatro aldeas casi ocultas entre ásperos breñales; despues se aumentó hasta siete, y ántes de un siglo llegó á extenderse por las sierras vecinas, comprendiendo una poblacion de algunos miles de familias dedicadas al pastoreo durante los breves é inseguros periodos de paz, y en tiempo de guerra, hombres y mujeres, á las empresas más inverosímiles, por lo arrojadas, que puede acometer el valor humano.

La historia de la lucha que sostuvieron los suliotas contra los bajás de Epiro, y principalmente contra Ali, gobernador, ó más bien verdugo de Grecia, es una verdadera epopeya. Alternativamente vencedores ó vencidos, pero siempre indomables, obligaron en más de una ocasion á sus opresores á demandar la paz y hasta aceptarla en condiciones humillantes y vergonzosas. Pero el combate era desigual, y al fin sucumbieron bajo el peso del número, despues de haber defendido sus montañas, en medio de las más crueles privaciones, cumbre por cumbre y peñasco por peñasco. El sanguinario Ali, deseoso de vengar los descalabros que en distintas épocas habia sufrido, ofreció en la última extremidad á los restos de la poblacion suliota, ya vencida, una capitulacion honrosa, á cuyas estipulaciones faltó indignamente cuando se sometieron, exterminándolos con fria ferocidad, sin respetar á niños, mujeres ni ancianos.

VII

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha immortalizado el pincel de Ary Scheffer :

« Apenas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en són de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate empezó con furor; pero los suliotas, que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos, y entónces, sobre una roca escarpada, al pie de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperación, arrojó su hijo al abismo, y despues, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas. »

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUES

ALEJANDRO HERCULANO

Si es cierto que la pena compartida
Llega á calmarse, porque el llanto ageno
Es para el triste bálsamo de vida;

Si es verdad ¡ay! que el alligido seno,
Cuando piedad encuentra y blando abrigo,
Más reposado late y más sereno;

Permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
Ante la humilde cuna de Herculano,
Mostrándote su amor, lllore contigo.

VII

Hé aquí en qué términos refiere M. Villemain en sus *Estudios de Historia moderna* el trágico episodio de las mujeres suliotas, que ha immortalizado el pincel de Ary Scheffer :

« Apenas los suliotas fugitivos, seguidos de niños, mujeres, ancianos y enfermos, ocuparon las alturas de Zalongos, cuando vieron aparecer en són de guerra cuatro mil turcos provistos de numerosa artillería. El combate empezó con furor ; pero los suliotas, que contaban con escasas municiones, las agotaron en el primer encuentro. Al siguiente día los turcos volvieron á emprender la lucha contra sus enemigos, casi indefensos, y entónces, sobre una roca escarpada, al pie de la cual, y por entre puntiagudas peñas, se abría paso un torrente, reuniéronse hasta sesenta mujeres con sus hijos en los brazos, observando desde allí el término de aquella horrible carnicería. Cuando se convencieron de que todo estaba perdido, cada una de ellas, presa de la más honda desesperación, arrojó su hijo al abismo, y despues, agarrándose todas de las manos y formando círculo, empezaron á bailar al borde del despeñadero. A cada vuelta de esta ronda fúnebre desprendíase una mujer, que rodaba por el precipicio; pero la cadena se reanudaba en seguida para romperse de nuevo y dejar caer una víctima más en el abismo, donde perecieron todas. »

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUES

ALEJANDRO HERCULANO

Si es cierto que la pena compartida
Llega á calmarse, porque el llanto ageno
Es para el triste bálsamo de vida;

Si es verdad ¡ay! que el alligido seno,
Cuando piedad encuentra y blando abrigo,
Más reposado late y más sereno;

Permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
Ante la humilde cuna de Herculano,
Mostrándote su amor, lllore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano
Querrá la muerte oscurecer la gloria
Del más insigne genio lusitano.

El con su ciencia engrandeció la historia,
El exaltó la santa poesía,
Y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
Pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*,
Y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

No dobló al yugo del temor su frente,
Ni la lisonja vil manchó su labio,
Ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,
Se opuso á la invasion de la mentira
Con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,
Combatió en pro de su fecunda idea
Con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea
La dulce calma, el apacible encanto
Que perdió en el fragor de la pelea,

Y hoy en rústico y pobre campo santo
Sus restos guarda honrada sepultura,
Que el pueblo portugues riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura
Cárcel, de eterno lauro coronada,
Vuelve al seno de Dios intacta y pura!

Ejemplo sea á nuestra Edad menguada,
En que más de un ingenio peregrino
En el fango del mundo se degrada,

Y contrariando su inmortal destino,
Como ramera sin pudor, ofrece
Al éxito brutal su estro divino.

¡Ah! grande podrá ser, mas no merece
Loa ni encomio el pensamiento humano
Que se humilla, y se arrastra y se envilece.
¿Quién al aguila audaz, que el soberano
Vuelo remonta, comparar podría
Con el reptil inundo del pantano?

¡Oh religion del arte! ¡Oh Poesía!
Comunion de las almas cuando llevas
La paz, el bien y la razon por goia!
¡Cuando contra la infamia te sublevas,
Y con no usada majestad, el vuelo
Hasta el principio de la luz elevas!
Pliega tus alas en señal de duelo,
Y ante esa pobre tumba deposita
Tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡Ay! á quien solo, sí, mas no olvidado.
Duerme á la sombra de la cruz bendita.

A quien fué por tu núnmen exaltado,
De rica inspiracion raudal fecundo,
Y tu apóstol al par que tu soldado.
Rompe el silencio lóbrego y profundo
Que cubre el polvo desligado y frío
Del que llevaba en su cerebro un mundo.
¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío

No animarán los sueños de la vida :

¡ Ya no le animarán ! ¡ Está vacío !

Mas bastan á su fama esclarecida

Las altas creaciones del poeta,

Do su gran alma nos dejó esculpida.

¡ Cuán bien nos pinta la inquietud secreta

Del sacerdote que consigo mismo

Combate sin cesar como un atleta (1) :

¡ Que ama y lucha á la vez con heroismo,

Y ve rodar sin gloria ni esperanza,

Su patria y su virtud hácia el abismo !

Cuando esparciendo el odio y la matanza,

La morisma feroz salva el Estrecho

Y cual torrente incontrastable avanza

Ante el imperio gótico deshecho,

La pasión insensata que le oprime

Con sacrilego ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce y gime,

Y sólo á costa de la inútil vida

De sus perpetuos votos se redime.

¡ Cayó en el campo del honor ! La herida

Anticipó su fin ; pero él llevaba

La muerte en sus entrañas escondida.

¡ Ay ! ¡ En qué corazón, rugiente y brava,

No estalla, en horas de incurable duelo,

La rebelión de la materia esclava ?

(1) La novella *Enrico el Presbitero*.

¡ A quién, alguna vez, con hondo anhelo
La sed de lo imposible no le acosa ?

¡ Quién no ha soñado en escalar el cielo !

Surge despues la imágen luminosa
Del arquitecto Alfonso, que en su extrema
Y ciega ancianidad, aún no reposa (2).

Le designó la voluntad suprema
Para labrar maravilloso templo,
Y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,
¡ Con cuánta angustia, de la Edad presente,
La vergonzosa indecision contemplo !

Inerédula, dudosa, indiferente,
Lidia sin fe, sin convicción se agita,
Y no acierta explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,
Como el alud del monte, ya asustada
Los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde ó sirva su jornada,
Y más que al ruego, al látigo obedece,
¡ Ay ! cuando no vencida, fatigada.

Ante esta sociedad que desfallece,
Del inspirado artista la figura

¡ Cuán excelsa á mis ojos resplandece !

(2) La narracion histórica titulada *la Bóveda*.

Lleno de genio, edificar procura
Alta y extensa bóveda que sea
Terror y pismo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,
Cual padre cariñoso, con tranquila
Majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila
Al comprender su temerario empeño,
Y él mismo alguna vez duda y vacila.

— ¿No pudiera, en verdad, ser el diseño
De la atrevida y portentosa nave,
La irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¿Quién lo sabe!
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,

Enterrar su vergüenza en los escombros,
Y si decreta Dios la infausta ruina,
Recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!
Su ardor redobla en la animosa empresa,
Y la admirable fábrica termina.

Derribase, por fin, la selva espesa
De cimbras y pilares, y el espanto
Es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,
Y el noble viejo en éxtasis divino,
Con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,

Solo, abstinente, orando de continuo,
Vivió esperando hasta el tercero día
La catástrofe horrenda, que no vino.

Y la impotente nave todavía,
Inmóvil cual granítica montaña,
El furor de los siglos desafia.

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,
De la dura labor á que se entrega
Nuestra razon, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,
Obediente á las leyes que la rigen,
Sin cesar edifica y no sosiega.

Dóciles á su voz desde su origen,
Los pueblos con ruidosa incertidumbre
El monumento de su gloria erigen.

Teme á veces la ignara muchedumbre
Que la nave espaciosa venga al suelo,
Vencida por su inmensa pesadumbre;

Mas la razon serena y sin recelo
Sabe bien que en sus ejes de diamante
Segura está la bóveda del cielo.

No caerá, no, porque el varon constante
Deseche el miedo, y con afán profundo
En alas de la ciencia se levante.

¡Ah! si hubiese cedido al infecundo
Pavor que nuestras almas encadena,
Colon no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros impetus refrena,
Abre anchuroso cauce al egoismo,
Y sólo funda en movediza arena.

¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo,
Que deploro su mal, mis horas paso
Incierto entre los cielos y el abismo.

Herido á un tiempo por el brillo escaso
De un moribundo sol, que lentamente
Va cayendo en las sombras del Ocaso.

Y por la tibia aurora que en Oriente
Empieza á despuntar, tambien vacilo,
Y apenas sé donde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,
Dar la triste y postrera despedida
Al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas basta ya de indecision! La vida
Se engrandece al calor de otras ideas
Que nos muestran la tierra prometida,

Y en ciudades, y en campos, y en aldeas
Resuena el coro universal que canta
Á la naciente luz: — ¡Bendita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
Sólo á la negra noche, engendradora
De monstruos y de crímenes, espanta. —

¿Quién pudiera á los rayos de esa aurora
Los seres convocar que de Herculano
Forgó la fantasía soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano
De animar las figuras colosales
Que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales
Ansias, los rencorosos extravíos,
Que él presenta patéticos y reales,
Rebasarian de los versos mios,
Si en ellos contenerlos intentara,
Cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la region que avara
Las ficciones y fábulas encierra,
Se abrió camino su razon preclara.

Como rayo de sol que se soterra
Por ocultos resquicios, é ilumina
Los recónditos senos de la tierra,

El negro cráter, la profunda mina
Y la gruta de abrojos resguardada
Que conoce no más fiera dañina,

Así del vate la sagaz mirada
Penetró, fulgurando, en los oscuros
Y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros
De tan lóbregos antros, los inciertos
Signos para allegar datos seguros,

Buscaba en los sepulcros entreabiertos
De los tiempos antiguos, la memoria
Casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando, atormentado por la gloria,
Con animoso espíritu escribía
Del pueblo portugués la épica historia,

La fanática y torpe hipocresía,
Medrosa de la luz, no hubiese roto
Su pluma de oro, en que irradiaba el día;

Si en medio del frenético alboroto
De envidiosas calumnias, él no hubiera
Hecho de enmudecer solemne voto;
El monumento que con fe sincera
Quiso alzar á la patria su erudito
Y vasto ingenio, perdurable fuera.
Fuera como esas moles de granito
En que pueblos gigantes que no existen,
Sus ya ignorados fastos han escrito.
¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada :
Las pirámides sólo, que aún resisten.

Esa Historia, entre tantas celebrada,
Del egregio Herculano obra maestra,
¡Ay! quedará por siempre inacabada.
Pero tan raras perfecciones muestra,
Que es, y será en los siglos venideros
Gloria de Portugal.... ¡y también nuestra!
¿Por ventura los débiles linderos
Que la discordia entre nosotros puso
Han roto nuestros vínculos primeros?
Hermanos son el español y el luso,
Un mismo origen su destino enlaza,
Y Dios la misma cuna les dispuso.
Mas aunque fuesen de enemiga raza,
La generosa tierra en que han crecido
Con maternal orgullo los abraza.
¿A quién importa el rumbo que han seguido?

Dos águilas serán de opuesta zona,
Que en el mismo peñón hacen su nido.
Ese sol que les sirve de corona,
Con torrentes de luz sus campos baña
Y sus frutos idénticos sazona.
Juntos pueblan los términos de España,
Y parten ambos con igual derecho
El mar, el río, el llano y la montaña.
Cuando algun invasor, hallando estrecho
El mundo á su ambicion, con ellos cierra,
La misma espada les traspasa el pecho.
El mismo hogar defienden en la guerra,
El mismo sentimiento les inspira,
Cúbrelos al morir la misma tierra,
Y tan unidos la razon los mira,
Como los fuertes dedos de una mano
Y las cuerdas vibrantes de una lira.
¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,
Pregunta Dios al vencedor impío :
— ¡Cain, Cain, qué hiciste de tu hermano! —
Juntos mostraron su indomable brío
En reñida lid infatigable y fiera,
Contra un poder despótico y sombrío.
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
Poner fin á su mutua desventura,
Una patria, una ley y una bandera.

Por eso ante la humilde sepultura
Que guarda al más insigne de tus hijos,

España ¡oh Portugal! su llanto apura,
Y en tí sus nobles pensamientos fijos,
Acude ansiosa á consolar tus penas,
Pero no á compartir tus regocijos.
Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,
Hacer que el odio entre nosotros cunda,
Y no luzcan jamas horas serenas;
Podrá impedir nuestra unidad fecunda,
Mas no evitar que de mi patria el llanto
Con el que tú derrames se confunda.
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

LA DUDA

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

D. ANTONIO HURTADO

Desde esta soledad en donde vivo,
Y en la cual de los hombres olvidado
Ni cartas ni periódicos recibo;
Donde reposo en apacible calma,
Léjos, léjos del mundo que ha gastado
Con la del cuerpo la salud del alma,
Antes de que el torrente desbordado
De la ambicion, con impetu violento
Me arrebate otra vez; desde la orilla,
Donde yace encallada mi barquilla,
Libre ya de las ondas y del viento,
Como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! aunque salvo del peligro, siento
La inquietud angustiosa del cautivo,
Que, rompiendo su férrea ligadura,
Traspasa fatigado á la ventura
Montes, llanos y selvas, fugitivo.
El rumor apagado que levantan
Las hojas secas que á su paso mueve,
Las avecillas que en el árbol cantan,
El aire que en las ramas se cimbrea
Con movimiento reposado y leve,
El río que entre guijas serpentea,
La luz del día, la callada sombra
De la serena noche, el eco, el ruido,
La misma soledad ¡todo le asombra!
Y cuando ya de caminar rendido
Sobre la yerta piedra se reclina
Y le sorprende el sueño y le domina,
Oye en torno de sí, medio dormido,
Vago siniestro són. Despierta, calla,
Y fija su atención despavorido;
La oscuridad le ofusca, se incorpora
Y el rumor le persigue. — ¡Es el latido
De su azorado corazón que estalla! —
Y entónces ¡ay! desesperado llora.
Porque es la libertad don tan querido,
Que en el humano espíritu batalla,
Más que el placer de conseguirla, el miedo
De volverla á perder. — Yo que no puedo
Recordar sin espanto la agonía,
La dura y azarosa incertidumbre

En que mi triste corazón gemía
Sometido á penosa servidumbre,
Cuando, artista á merced del torbellino,
Sin elección ni voluntad seguía
Los secretos impulsos del destino,
Y en ese pavoroso desconcierto
De la social contienda consumía
La paz del alma ¡la esperanza mía!
Hoy que la tempestad arrojó al puerto
Mi navecilla rota y quebrantada,
Temo ¡infeliz de mí! que otra oleada
La vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿Qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,
Partícula de polvo en el desierto.
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,
Busca el átomo al átomo, y la arena
Es nube, es huracán, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
Bajo su peso el mundo se conmueve,
Oscurece la luz, llega al abismo
Y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa;
Pero después que el torbellino pasa
Y se apacigua y duerme le tormenta,
¿Qué queda? Polvo misero y liviano
Que el ala frágil del insecto aventá,

Que se pierde en la palma de la mano.
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,
Tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
De desligada arena das abrigo!
Muchas veces, Antonio, devorado
Por ese afán oculto que no sabe
La mente descifrar, me he preguntado,
— Cuestion á un tiempo inoportuna y grave —
¿Qué busco? ¿adónde voy? ¿por que henacido
En esta edad sin fe? — Yo soy un ave
Que llego sola y sin amor al nido. —
A este nido social en que vegeta,
Mayor de edad la ciega muchedumbre,
Al infortunio y al error sujeta
Entre miseria y sangre y podredumbre.
Contéplala, si puedes, tú que al cielo
Con tus radiantes alas de poeta
Tal vez quisiste remontar el vuelo,
Y si este el mundo que soñaste ha sido
Nunca el encanto de tu dicha acabe....
¡Ay! pero tú también eres un ave
Que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
Alguna vez con ánimo atrevido,
Mi vista á lo pasado, y removiendo
Los deshechos escombros de la historia,
En el febril anhelo que me agita
Sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria.

Y á través de las capas seculares
Que el aluvion del tiempo deposita
Sobre columnas, pórticos y altares,
Del polvo inanimado con que cubre
La loca vanidad del polvo vivo,
Que arrebató á su paso fugitivo,
Como el viento las hojas en Octubre;
Mudo de admiración y de respeto
Busco la antigüedad — roto esqueleto
Que entre la densa lóbreguez asoma —
Y ofrecen á mi absorta fantasía
Sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
Sus mártires la fe cristiana y pia,
El patriotismo su grandeza austera,
Sus monstruos la insaciable tiranía,
Sus vengadores la virtud severa.

Y llevando en las alas del deseo
Que anima mi ilusión, á veces creo
Volver á aquella edad. — En la espesura
Del bosque, en el murmullo de la fuente,
En el claro lucero que fulgura,
En el escollo de la mar rugiente,
En la espuma, en el átomo, en la nada,
Apolo centellea, alza su frente
De luminoso lauro coronada.

Por él la luna, que entre sombras gira,
La luz que en rayos de color se parte,
La ola que bulle, el viento que suspira,
Todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
¡Ay! ¿No es verdad que en sus eternas horas

De desaliento y decepcion recuerdas
Esa dorada edad; y que te inspira
El coro de sus musas voladoras,
Que murmuran y gimen en las cuerdas
De la ya rota y olvidada lira?
Aunque las llame, no vendrán: ¡han muerto!
La voz del interés grosera y ruda
Anuncia que el Parnaso está desierto
Y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
Sólo una Musa vive: Musa ciega,
Implacable, brutal. ¡Demonio acaso
Que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
Del árido escalpelo, á cada paso
Nos precipita en el oscuro abismo,
O nos asoma al borde de la nada.
¿No la ves? ¿No la sientes en tí mismo?
¿Quién no lleva esa víbora enroscada
Dentro del corazón? ¡Ay! cuando llena
De noble ardor la juventud florida
Quiere surcar la atmósfera serena,
Quiere aspirar las auras de la vida,
Esa Musa fatal y tentadora
En el libro, en la cátedra, en la escena,
Se apodera del alma y la devora.
¿Si á veces imagino que envenena

La leche maternal! En nuestros lares,
En el retiro, en el regazo tierno
Del amor, hasta el pie de los altares
Nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
Ha sacudido con su sopro ardiente
Los tristes pensamientos de mi mente,
Como sacude el huracán las olas!
Cuántas ¡ay! revolcándose en el lecho,
He golpeado con furor mi frente,
He desgarrado sin piedad mi pecho,
Y entre visiones lúgubres y extrañas,
Su diente de reptil, áspero y frío,
He sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de natio
En que, lleno de angustia y sobresalto,
Se agitaba mi ser en el vacío
De fe, de luz y de esperanza falto!
¿Y quién mantiene viva la esperanza
Si donde quiera que la vista alcanza
Ve escombros nada más? Por entre ruinas
La humanidad desorientada avanza;
Hechos, leyes, costumbres y doctrinas
Como edificio envejecido y roto
Desplomándose van; sordo y profundo
No sé qué irresistible terremoto
Moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares;
Reyes, naciones, genios y colosos
Pasan como las ondas de los mares
Empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religion sagrada
Es moribunda lámpara que oscila
Sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
Libre del ancho cauce que la encierra,
La duda audaz, la asoladora duda
Como una inundacion cubre la tierra.
— ¡Es que el manto de Dios ya no la escuda! —
No la defiende el varonil desnudo
De la fe inexpugnable y de las leyes,
Y el dios de los incrédulos, el miedo,
Rige á su voluntad pueblo y reyes.
El los rumores bélicos propala,
El organiza innúmeras legiones
Que buscan la ocasion, no la justicia.
Mas ¿Qué podrán hacer? No se apuntala
Con lanzas, bayonetas ni cañones,
El templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
Impenetrable, pavoroso, oscuro,
Yérguese altivo el pensamiento humano
De su grandeza y majestad seguro.
Y semejante al árbol carcomido
Por incansable y destructor gusano,
Que, cuando tiene el corazon roído,

Desenvuelve su copa más lozano;
Á través del social desasosiego
Cruza la tierra en su corcel de fuego,
Hasta los cielos atrevido sube,
Pone en la luz su vencedora mano,
El rayo arranca á la irritada nube
Y horada con su acento el Océano.
¡Mas, ay del árbol que frondoso crece
Sostenido no más por su corteza!
Tal vez la brisa que las flores mece
Derribará en el polvo su grandeza.

— ¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio
Puede profundizar? Esta sombría
Turbacion, esta lóbrega tristeza
Que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿Es acaso el crepúsculo del día
Que se extingue, ó la aurora del que empieza?
¿Es ¡Ay! renacimiento ó agonía?
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Sólo sé que la dulce poesía
Va enmudeciendo, y cuando calla el ave
Es que su oscuridad la noche envía.
Oigo el desacordado clamoreo
Que allá doquier la muchedumbre inquieta
Sin freno, sin antorcha que la guíe;
Ando entre ruinas, y espantado veo
Cómo al sordo compas de la piqueta

La embrutecida indiferencia ríe,
— Tambien en Roma, torpe y descreída.
La copa llena de espumoso y rico
Licor, gozabase desprevenida,
Hasta que de improviso por la herida
Que abrió en su cuello el hacha de Alarico
Escapósele el vino con la vida. —
Todo el cercano cataclismo advierte;
Pero en esta ansiedad que nos devora,
Ninguno habrá que á descifrar acierte
La gran trasformacion que se elabora.

¿Y que más da? Resurreccion ó muerte,
Vespertino crepúsculo ó aurora,
Los que siguen llorando su camino
Por medio de esta confusion horrenda
Con inseguro paso y rumbo incierto,
¿Dónde levantarán su débil tienda
Que no la arranque el raudó torbellino
Ni la envuelva la arena del desierto?
En otro tiempo el ánimo doliente
Atormentado por la duda humana,
Postrábase sumiso y penitente
En el regazo de la fe cristiana;
Y allí, bajo la bóveda sombría
Del templo, el corazón desesperado
Se humillaba en el polvo y renacia.
Cristo en la cruz del Gólgota clavado,

Extendia sus brazos, compasivo,
Al dolor sublimado en la plegaria,
Y para el pobre y triste fugitivo
Del mundo, era la celda solitaria
Puerto de salvacion, sepulcro vivo,
Anulacion del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz santa y profunda
Todo era austero, reposado, grave.
La elevacion de la gigante nave,
La luz entrecortada y moribunda,
La sencilla oracion de un pueblo inmenso
Uníendose á los cánticos del coro,
La armonía del órgano sonoro,
Las blancas nubes de quemado incienso,
El frío y duro pavimento, fosa
Comun, perpétuamente renovada,
De la cual cada tumba, cada losa
Es doble puerta que limita y cierra
Por debajo el silencio de la nada,
Por encima el tumulto de la tierra;
Aquella majestad, aquel olvido
Del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
Parecian decir con infinita
Dulzura al corazón desfallecido,
Al espíritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas, et vita (1).

(1) Joan XIV. 6.

Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
Mas ¿Dónde iremos ya? Torpes y oscuros
Planes hallaron en el claustro abrigo,
Y Dios airado desató el castigo
Y con el rayo derribó sus muros.
¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos,
¿Cuando ha dejado el corazón creyente
Prendidos en los ásperos abrojos
Su fé piadosa y su interés mundano?
¿Dónde?

— ¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
Porque al náufrago, al triste, al pobre grano
De desligada arena, das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona), 20 de
Abril de 1878.

LA VISION

DE

FRAY MARTIN

(WITENBERG, 15... (1)

CANTO PRIMERO

I

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido; lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos,
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo helado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
Mas ¿Dónde iremos ya? Torpes y oscuros
Planes hallaron en el claustro abrigo,
Y Dios airado desató el castigo
Y con el rayo derribó sus muros.
¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos,
¿Cuando ha dejado el corazón creyente
Prendidos en los ásperos abrojos
Su fé piadosa y su interés mundano?
¿Dónde?

— ¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
Porque al náufrago, al triste, al pobre grano
De desligada arena, das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona), 20 de
Abril de 1878.

LA VISION

DE

FRAY MARTIN

(WITENBERG, 15... (1)

CANTO PRIMERO

I

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido; lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos,
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo helado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II

La ciudad descansaba. De repente
Turbó su sueño el lúgubre tañido
De la campana, que con voz sonora
Desde la torre á la oracion llamando,
En sus vibrantes notas contenia
Todo el siniestro horror de aquella noche,
Negra y glacial, como el ingrato olvido
De la mujer amada.

III

Era la hora
De los maitines en el viejo templo.
De Padres Agustinos. Taciturnos
Y soñolientos, la capucha vuelta
Sobre la faz rugosa, y con los brazos
En las flotantes mangas escondidos,
Por el gótico claustro del convento
Los frailes avanzaban hácia el coro.
Las moribundas lámparas que ardian
De trecho en trecho, el claustro iluminaban
Con esa claridad tibia y confusa,
Más espantable que la misma sombra.
Y allá léjos, muy léjos, en el punto
Do se perdian sus inciertos rayos,
— Como en el lapso perceptible apénas,
En que la luz crepuscular se extingue

Y cede el paso á las nocturnas horas —
Próximo al muro, toseo crucifijo
De colosal tamaño descollaba,
Despertando en el alma esos terrores
Vanos, pero invencibles, que el silencio
Forja en la oscura soledad.

IV

El claustro
Quedó poco despues desierto y mudo,
Y entónces un humilde religioso
De su celda salió. Cual si cediese
Á irresistible impulso, ante la imágen
Del Santo Redentor, que en la penumbra
Sus enclavados brazos extendia,
Con sorda agitacion cayó de hinojos;
Ronco gemido levantó su pecho,
Como levanta las dormidas olas
Del mar la tempestad; copioso llanto
Rodó por sus mejillas descarnadas,
Y reclinando en la marmórea piedra
Su demacrado rostro, oró un momento.

V

El preludio del órgano, inseguro,
Débil y torpe cual la voz del niño
Que la palabra indómita balbuce,

Súbitamente interrumpió el reposo
Del sagrado retiro, y la profunda
Contemplacion del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
El caminante su nevada capa
Cuando al hogar hospitalario llega,
Y arrojando de sí los pertinaces
Recuerdos, suspiró, besó conrito
La helada losa y penetró en el coro.

VI

Él faltaba no más. Saludó el ara
Con fe devota, y ocupó su asiento
En la esbelta y tallada sillería
Donde esculpió la primorosa mano
De hábil artista el trágico poema
De nuestra santa Redencion. La roja
Y amortiguada llama de los cirios,
Que junto al facistol se consumian
Con áspero y tenaz chisporroteo,
Alumbraba la augusta ceremonia.
El órgano, hasta entónce vacilante,
Rompió como ruidosa catarata,
En raudales de mística armonía,
Y cual aves que salen de sus nidos
Al llamarlas el sol, ágiles notas
En tropel la alta bóveda inundaron,
Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.
Después el rezo comenzó.

VII

¿Quién oye

Sin alteraase el recogido acento,
El unisono cántico que elevan
A Dios las almas puras, olvidadas
Del mundo y de sus locas vanidades?
¿Quién no siente de lágrimas henchidos
Los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece
Cuando en la nave colosal retumba,
Con la terrible majestad del trueno,
Ese coro magnífico y sublime,
Mitad imprecacion, mitad sollozo,
En que parece que palpita y llora
Abrazado el dolor á la esperanza,
Como un esposo al cuerpo inanimado
De la mujer á quien amó rendido?

VIII

Los salmos de David son como el viento,
Que apacible y sutil el campo orea,
Grana la mies, y en melodiosas arpas
Los corpulentos árboles convierte.
Mas luego fiero y desatado troncha
Los más robustos troncos, las campiñas
Y los poblados tala, hincha los mares
Revolviendo las olas, y el espacio
Con sus bramidos espantosos llena.

Tambien el canto del salterio enjuga
El lloro acerbo, vierte en las heridas
Consoladores bálsamos, conforta
Al débil, da vigor al oprimido,
Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla
En sus tremendas notas el enojo!
¡Ay, si el céfiro blando se transforma
En huracan desenfrenado! Entónces
Abate á los soberbios, aniquila
La maldad orgullosa, y hasta aventá
El olvidado polvo de las tumbas.
¡Oh canto de piedad y de castigo!
Por tus sacros versículos parece
Como que escucha el ánimo suspenso
Rodar todo el estrépito del mundo:
Tronos que se desploman, muchedumbres
Que arrastra la pasión, sordo rugido
De la plebe sin Dios, desesperadas
Blasfemias, estertores de la muerte,
Todo en el arpa del profeta vibra.
— Es como el mar la humanidad: ni calla
Ni se detiene. En su perpetuo curso
Cada generación lanza su queja,
Como cada ola su rumor. Furioso
El vértigo del tiempo la arrebatá,
Y clama sin cesar de siglo en siglo:
— ¡Misericordia, oh Dios, misericordia!
¡Concentran ¡ay! los inspirados salmos
Tan perdurable afán?

IX

Con impaciente
Celo, como quien busca en la plegaria
Fuerza para domar las tempestades
Del oprimido corazón, el monje
Recien llegado, al religioso coro
Unió su voz entrecortada y dura.
Los que gemis en las mortales noches
Del prolongado insomnio, en que vacila
La fe, se ofusca la razón, y pliega
La esperanza sus alas, como el ave
Ya próxima á espirar; los que del fondo
Del pensamiento, en tan horribles horas,
Sentis nacer la alborotada idea,
Grande como Luzbel, como él impia,
Tentadora y rebelde; los que en lucha
Tenaz con la conciencia amedrentada
Veis lentamente oscurecerse el cielo
Y pasar en revuelto torbellino
Las ilusiones y creencias, una
Tras otra, cual las chispas fugitivas
De ardiente hierro sometido al yunque:
Vosotros ¡ay! en el medroso acento
Y en el fervor acongojado y hondo
Con que el mísero fraile á Dios llamaba,
Sentido hubiérais palpar la duda,
La duda insana, la ansiedad suprema

Del náufrago infeliz que, arrebatado
Por las rugientes y encrespadas olas,
Mira á lo léjos la risueña playa,
Insensible á su mal. — Mas de improviso
Calló, fijando los turbados ojos
En el gótico altar, que en lo profundo
Del templo opacamente aparecía.
Y creyó ver que en la desierta nave
Como negro vapor se condensaban
Las palabras del salmo, los acordes
Armoniosos del órgano, su misma
Voz de zozobras llena, y hasta el eco
Que resonaba en los macizos muros.
Los bíblicos lamentos, los dolientes
Ayes y los versículos sublimes
Que del coro monástico surgían,
Dijérase que en raudas espirales
Iban á hundirse en la profusa niebla,
Espesándola más. Luégo del seno
De aquella masa lóbrega, conjunto
De quejas, y suspiros, y clamores
En concertado són, cada gemido,
Cada plegaria, cada voz, cobrando
Sér, cuerpo y expresion de un pensamiento,
De una muerta memoria ó de una pena,
En mezcla tumultuosa á la mirada
Del aturdido fraile se mostraron.

X

Poblóse la ancha bóveda de informes
Y fantásticos séres, que en horrenda,
Vertiginosa danza, en incesante
Giro, en continuo movimiento, como
Nocturnas aves por el aire vago,
Agitaban sus alas no sentidas.
Las recónditas ansias, las pasiones
Dormidas, los recuerdos importunos,
Que hasta del claustro en el retiro humilde
Rompen la paz de la existencia humana,
En la insondable sombra revivieron;
Y cuantos vicios escondidos yacen
En lo oscuro del alma, allí en confuso
Turbion, tomando caprichosas formas,
Cruzaban cual relámpagos. La gula,
La codicia, el rencor, la hipocresía,
Larvas de humano rostro, serpeaban
Con cárdeno fulgor en las tinieblas.
Y la pálida envidia, el vil recelo,
La iracunda ambición, el hondo hastío,
Monstruos disformes de aceradas garras,
Ávidas fauces y órbitas de lumbre,
Con inquieto furor se retorcian,
Como indeciso rayo de la luna
En tormentosa noche, contrastando
Con las visiones lívidas, que el miedo,
La pasion desechada, acaso el crimen

En la espantosa soledad engendran,
La fe sencilla y crédula que busca
Su patria celestial de luz vestida,
Los tenebrosos ámbitos surcaba.
Allí la voz en que el amor profano
Se revuelve ignorando y contenido,
Como el fuego volcánico en las duras
Entrañas de la tierra, revestía
Gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil
Mostrábase al amor, desnudo el seno
Y palpitante, la febril mirada
Incitando al placer, y la entreabierta
Boca ofreciendo al corazón lascivo
Un ósculo sin fin como el deseo!
Desgreñadas orgías, imposibles
Sueños de la abstinencia, abrumadores
Votos de castidad, que en las viglias
Del claustro brindan en dorada copa
A la sed de las almas hiel hirviendo,
Con satánica burla le acosaban.
Allí la pena, y el amor, y el odio
Lloraban en silencio; allí la culpa
Se destrozaba el oprimido pecho.
El gesto y la expresión de aquella hueste
De siniestras visiones daba espanto:
Lleno estaba el espacio de sollozos
Que se quebraban sin sonar, ni un grito,
Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable
Y fantástica ronda interrumpían (2).

XI

El fraile, jadeante y confundido
Cual si tomara en la incesante rueda
Parte activa también, la deslumbrada
Vista alejó de la imponente nave,
Clavándola en el suelo, ¡Ay! Pero nunca
Hiciera tal. Horripilante cuadro,
Que heló su sangre, y de sudor de muerte
Cubrió sus miembros rígidos, de pronto
Hirió su trastornada fantasía.
Frios y descarnados esqueletos
Recien salidos de sus tumbas, mudos,
Inmóviles y absortos, con los brazos
Tendidos, en la iglesia se agolpaban
De espaldas al altar, mirando al coro,
Y animaba sus mustias calaveras
Mueca infernal, incomprensible, oscura.
¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto
Era de escarnio ó de dolor? Vedado
Está el misterio á la razón del hombre.
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie
Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma! —
¡Este es el mundo! El vértigo en su altura;
Abajo, la bullente podredumbre,
Y en el altar, la sombra.

XII

Ante el medroso
Hormiguero de espectros, que ofuscaba
Su juicio y su conciencia, con lamento
Desesperado y penetrante, el monje
Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto
De las tinieblas virginal figura
Hermosa y fulgurante, pero triste.
Larga, enlutada túnica cubría
Sus púdicos contornos, cual celaje
Que vela el blanco disco de la luna
Sin amenguar su resplandor; sus ojos
No lanzaban las ráfagas de fuego
Que en la núbil pupila amor enciende,
Pero brillaban transparentes puros,
Como los astros en tranquila noche
De caluroso estío; su ondulante
Y negra cabellera, en destrenzadas
Hebras por la ancha espalda descendiendo,
Con doble encanto resaltar hacia
La grave y melancólica hermosura
De la celeste aparición, envuelta
En una claridad como de aurora.
Pintábase en su faz meditabunda
Y pálida el dolor; ese infinito
Dolor que azora el corazón humano
Cuando busca y no encuentra, cuando mira
Y no ve, cuando lucha y desfallece (3).

XIII

Cruzando leve el círculo movable
De seres impalpables que llenaban
La bóveda espaciosa, la serena
Vision, rompiendo el aire, entró en el coro,
Y en el respaldo del sitial labrado
En que convulso el fraile padecía
Tan tremendas angustias, silenciosa
Apoyó dulcemente el blando seno.
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
Y al traves de los párpados, más viva
La imagen percibió; sintió unos brazos
Que le estrechaban afanosos; luego
Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo
Le helaba el corazón y le encendía
La mente; luego penetróle el alma
Una voz regalada y cadenciosa,
Como suspiro de amorosa virgen,
Voz que, temblando, le decía: — Deja
Que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo
Podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado
Y ya eres mío, ¡para siempre mío! — ®

XIV

El coro, en tanto, sus pausadas preces
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*

Solemne y grave, el templo estremecía.
Y la vision radiante á cada salmo
Contestaba con otro, cual contestan
El eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado
El varon que se humilla
Y no escucha el consejo del malvado,
Ni en la manchada silla
De ciegos burladores se ha sentado.

LA VISION.

Si en seguirme consientes,
Pide, y mi amor te colmará fecundo
De dones y presentes;
Tuyos serán los términos del mundo
Y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas;
La tentacion desprecia
Y huye de falsas y mentidas galas;
Que si el peligro arrecia
Te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISION.

¿Vacilas? Ten aliento,
Y no el torpe recelo te confunda;
Eleva el pensamiento,
Y libre como el pájaro en el viento,
Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso
Por ocultos deseos, hasta entónces
Nunca sentidos, y que el leve acento
De la vision en su interior movia,
Volvióse el fraile, y preguntó azorado:
¿Quiéneres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras
Mi oracion y mi paz? — ¿No me conoces? —
Le respondió atrayéndole afanosa:
— Yo soy, mirame bien, algo que vive
Y algo que ha muerto en tí. Soy una llama
Que surge de improviso en el abismo
De tu inquieta razon. ; Yo soy la Duda!
Al oir esto, irguióse el sacerdote,
Y acometido de mortal desmayo,
Quiso escapar de allí, mas vino á tierra
Como la encina rota por el rayo.

CANTO SEGUNDO

I

Mientras los frailes, á piedad movidos,
El cuerpo de su hermano recogian,
Lívido, mustio, cual si el soplo helado
De la implacable muerte hubiese roto
Su frágil existencia, el alma libre
Abandonaba su prision oscura
Breves instantes nada más, y asida
Á la flotante túnica enlutada
De la hermosa vision, llena de asombro
Se preparaba á levantar el vuelo.

II

Del mismo modo que el metal fundido
Recibe y guarda la impresion del molde
Que inflamado y rugiente le contuvo,
El alma incorruptible conservaba
La forma corporal, y como el rayo
De luz, que aún flota en la infinita esfera
Después de extinto el astro esplendoroso
De cuyo seno se ascapó, la imagen
Del sér, al mismo sér sobrevivía.

III

Obedeciendo á superior impulso
Como la débil hoja que arrebatada
Aura otoñal y el remolino lleva,
Apartóse del cuerpo inanimado
Do refugiada estuvo, que en el coro
Inerte y cadavérico yacia ;
No sin fijar en él tierna mirada
De lástima y amor.

IV

Hasta el cautivo
Llega á cobrar cariño á la cadena
Que le sujeta el pié, si al duro peso
Le acostumbran los años ; hasta el ave
Que encarcelada y entre hierros vive,
Cuando quebranta su prision, la flora,
Y sola, triste, sin amor, sin nido,
Lamenta, agonizando, en la espesura
Su inútil libertad. ¿ Cómo podría
El alma desterrada, cuando vuelve
Á su patria inmortal, dejar gozosa
Al compañero humilde que en la tierra
Prestóle amparo y le ofreció un asilo ?
El compartió con la infeliz proscrita

Su pobre lecho, el único que pudo
Cederla en su miseria, y el escaso
Pan de sus breves alegrías; siempre
Sumiso y dócil le brindó sus ojos
Para llorar, para sentir sus nervios,
Para pensar su mente, y su palabra,
Y su sangre, y su acción; sin él la idea.
Como Titan paralizado, nunca
El monte que le agobia rompería:
Fuera un impulso sin objeto, un rayo
De sol ahogado por la noche, un mundo
En el seno del caos. Cuando le alienta
Del entusiasmo ó de la fe la llama,
Combate sin cesar, y si es forzoso
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.
Por él tiene sus mártires la angusta
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,
La caridad sus héroes, y el crimen
Sus terrores profundos; él se arroja
Sin temor, convencido ó resignado,
A las fieras del Circo, á las borrascas
Del mar, á las angustias de la vida
Y á los abismos de lo ignoto. ¡ Oh frágil
Y deleznable arcilla donde mora
El alma contenida, mas no esclava!
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo
Dios, que te honró, cubriendo su grandeza
Con tu envoltura material, no pudo
Separarse de tí sin hondo duelo.

V

Por la vision doliente conducido
El temeroso espíritu del fraile,
Surcó el espacio lóbrego y callado;
Pero en la densa oscuridad sus ojos
Incorporéos veían, y el silencio,
Para él tenía incomprensibles voces.
Descubrió de repente abrupta roca (4),
Cuyo invisible arranque parecía
Surgir de las entrañas del infierno,
Y cuya cima inaccesible envuelta
En sosegado piélago de lumbre,
Ni el águila, que mira de hito en hito
Del sol la intensa luz, resistiría.
El principio y el fin del escabroso
Y aislado risco á la razón humana
Le está vedado conocer; ocultan
Las tinieblas más horridas su base,
Y defiende su cumbre el increado
Resplandor que despide, siempre vivo.
Con lenta gradacion iba creciendo,
Segun subía en espiral, la llama
Profusa de la cúspide sublime
Sus ásperos contornos escondía,
Hasta llegar á ser, como la sombra,
Más que la misma sombra, impenetrable
La corona de fuego de la altura.

VI

El alma y la vision su rauda vuelo
Abatieron, posándose en la cresta
De cortadura ingente, que rasgando
La roca escarpadísima, llegaba
Desde los lindes de la luz difusa
A los grados más tenues de la sombra.
Y allí de pié sobre la peña escueta
Inmóviles se alzaban, como grupo
Escultural sobre columna enorme,
Cuando la tarde, al espirar, confunde
Las formas y el color.

VII

Ambas tendieron
Hasta el confin de la penumbra inmensa
La vista audaz, desde el tajado pico
Por cuyas quiebras con fragor caían,
Como torrente de espumosas ondas,
Los siglos despeñados de la cumbre;
É impenables y absortas del linaje
De Adam el rumbo incierto contemplaron.
Era la marcha fatigosa : agudas
Zarzas, angostos precipicios, tristes
Desfiladeros, páramos incultos,
Sin un arroyo límpido y sereno

En que templar la sed, sin un abrigo
Donde buscar reposo, embarazaban
La senda, que enroscándose subía
Por el agrio peñon, como escamosa
Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
Dejando impreso por do quier el rastro
Ensangrentado de sus piés desnudos,
Ó á cada paso en las breñosas puntas
Su desgarrada carne, aquel camino
La humanidad seguía, y avanzaba
Cayendo y levantando ; pero siempre
La vista fija en la inmutable lumbre
Que irradiaba del monte.

VIII

Horrendas luchas,
Impensadas catástrofes y fieras
Venganzas la diezmaban de continuo.
En tribus dividida y en naciones,
Y en imperios, y en razas ¡cuántas veces
Las tribus, las naciones, los imperios
Y las razas enteras, cual rebaño
Que ciego se derrumba y precipita
Se despeñaban en tropel ! Y cuántas
Desparecían por completo, como
La débil nave que la mar repulta !
Todo, todo se hundía en la insondable

VoráGINE del tiempo. Leyes, usos,
Monumentos y gloria, hasta los mismos
Dioses, temblando de pavor, rodaban
Al fondo de la sima, nunca llena.

IX

Los siglos arrollaban á los siglos
En turbulento curso, cual las olas
Arrollan á las olas, y su paso
Era rauda y fugaz, que en su potente
Fermentacion, naturaleza activa
Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe
Vuelve á crear infatigable. Todo
Era efímero allí, ménos el Verbo,
El luminoso Verbo, la palabra
Humana, que flotaba sobre el mundo,
Como al romperse el caos, sobre los mares
Aún mudos y dormidos, el inmenso
Espíritu de Dios. Cuando los vastos
Imperios sucumbían; cuando el hondo
Abismo devoraba las naciones
Y las podridas razas: cuando viento
De tempestad, en polvo convertidos
Derribaba los dioses, el radiante
Verbo, sobrenadando, transmitía
La herencia, el pensamiento y la memoria
Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X

Pálida, sigilosa, descargando
Ciertos golpes por doquier, la muerte
En pugna eterna con la vida, el aire
Envenenaba con su helado aliento
Y en pos; blandiendo sus cortantes hoces,
Iban sus hijas, la ambicion, la peste,
El hambre y la discordia. Sin reposo
Sobre la humana especie revolaban,
Como bandadas de voraces buitres
Que acuden al festín de la pelea,
Y perseguían con perenne furia
La vida hasta en el átomo impalpable.
Pero extremaban su rencor en vano;
Pues cual simiente que en el fértil surco
Cae y germina, cada sér vencido
En la revuelta lid, de nuevos séres
Orígen era, y parecida á Anteo,
La disuelta materia renacía
Al tocar en la tierra, más pujante,
Más rica, más espléndida, más vária.
¡Oh generosa vida, que conviertes
Hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas
Á la insaciable destruccion, la forma
Perecedera y ruin, ¡mil veces salve!
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina
Nunca se agota. Paeblas el espacio

De incalculables mundos, y los mundos
De innumerables seres, que revisten
Las más diversas formas; tú fecundas
Lo pequeño y lo grande, lo finito
Y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡ Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI

Desde la enhiesta y solitaria roca
Contemplaba el espíritu del monje
El viviente espectáculo, que apenas
Llegaba á comprender. Extrañas gentes,
De distinto color, de opuestos ritos,
Y múltiples costumbres, aflúan
Al áspero sendero, como afluyen
Los ríos á la mar. Allí el etiope,
El escita, el que acampa en los desiertos
Del Africa recóndita, el que bebe
Las turbias aguas del sagrado Ganges
El indio errante sin hogar ni patria,
Que al traves de las selvas primitivas
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva.
El que milita en la escogida hueste
De Cristo, el que le niega ó le desdora
Y da su vida en holocausto impuro
Al triunfal carro de mentidos dioses,
Por el error vencido ó por el miedo,

En la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! Aquella
Varia y revuelta multitud, que á impulsos
De opuesta fe, de símbolos distintos,
Y de contrarias religiones, iba
Siempre en interna y perdurable lucha,
El humano raudal acrecentando;
Su afán, sus esperanzas, sus temores,
Sus pensamientos íntimos, fundia
En una sola aspiración. — ¡ El cielo!...
¡ Patria soñada de las almas, trono
De un Dios excelso á nuestra vista oculto,
Cuyo poder, con vibración sonora,
Celebran en la bóveda infinita
Los átomos, los mundos y los soles!

XII

El cuadro era sublime. Por el fondo
De la cuesta fragosa, do las brumas
Iban aglomerándose, las razas
Inferiores marchaban; con incierto
Paso y corbade indecisión. Las torvas
Pasiones, los bestiales apetitos
Y los bárbaros cultos, se imponían
Allí en la oscuridad, que, como el fango
Crea reptiles venenosos, crea
La ignorancia también monstruos horribles.
— ¿No es, por desdicha, el fango de la mente?

XIII

À medida que el límite sombrío
Iban salvando, y lentos se acercaban
À las fronteras de la luz, aquellos
Pueblos se engrandecían, como crece,
Buscando el sol, la planta trepadora
Que arraiga en la pared. Según subían
Hacia la viva claridad, su juicio
Se agigantaba sacudiendo el yugo
Del instinto brutal, y al pensamiento,
Dominator del mar y de la tierra,
La fuerza primogénita cedía
Su fuero indisputado. À Essau velludo
eemplazaba Jacob.

XIV

Por el promedio

Del agrio monte, en donde humanos ojos
Fijarse pueden sin cegar, los pueblos
Avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
Que el cetro de los Césares trocando
Por el cayado del Pastor, cual nunca
Era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
Sobre la tierra gravitó; las almas
Y los cuerpos, los muertos y los vivos.

El pensamiento y la esperanza, todo
Se doblegaba à su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
La religion fervientes defensores,
El atroz fanatismo sus verdugos,
Sus fantasmas el miedo, sus angustias
El corazón culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
más alto que ella; su invencible signo
Sobre la áurea corona de los reyes
Se levantaba abrumador; la torre
Sobre el hogar, sobre la tierra, el cielo.
¡El cielo, cuyas puertas de diamante
Se abren ó cierran à su voz! La santa
Y redentora Cruz, era el amparo
Del débil, el valor del oprimido
Y el espanto del réprobo. Por ella,
Febril é insomne el déspota orgulloso
Se revolcaba en su dorado lecho;
Por ella el triste, el misero, el desnudo,
El perseguido, el siervo, abandonaban
La ingrata vida sin odiar al hombre,
Ni renegar de Dios único y trino.

XV

Sobrecogida el alma de respeto,
Oraba, viendo la Ciudad Eterna
Que dirigia el movimiento humano

Agitarse á sus piés. Pero de pronto
Se estremeció de horror ; rojos vapores
De sangre hácia la cúspide ascendían,
Y en el aire espesándose tomaban
De alado espectro la terrible forma.
La bestia apocalíptica que en Patmos
Vió el inspirado Juan, la bestia enorme
De hirsutos piés, de coronadas astas
Y bocas de blasfemia, sobre Roma
Se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
En la ciudad monumental y excelsa,
La iluminaba cual voraz incendio,
Y á su rojizo resplendor, los muros,
Arcos, pórticos, templos y obeliscos
Que en su recinto amontonó la gloria,
Destacábanse negros, cual si fuesen
Las calcinadas vértebras de un monstruo
Por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
La Cruz por todas partes, y por todas
La vió rota ó volcada; parecía
Que la Ciudad adúltera en su culto
Reintegraba á los dioses decaídos.
¿ Dónde estaba Jesús ? ¿ En dónde estaba
María, madre del dolor humano
Y estrella de los mares procelosos ?
¿ En dónde estaba la verdad ? ¿ En dónde ?
La erudición infatigable ; el arte
Hermoso, pero idólatra la ciencia

Incrédula ó rebelde ; los deseos
Como sátiros, sueltos, se rendían
Á la más ciega admiración pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
De *Moises* bajo la austera forma (5),
Júpiter palpitaba ; la afrodita
Vénus bajo las tocas virginales
De la Madre de Dios, si es que el lascivo
Pintor la imagen de su amor profano
Á su lienzo inmortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
Cuadros, los libros licenciosos, eran
Más que ornamento, escándalo y ludibrio
De la mansion pontifical ; sus muros,
Donde tan sólo resonar debían
Místicas oraciones, con el coro
De vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos,
De la Roma gentilica, surgiendo
De sus clásicos antros removidos,
Cual el hedor que de las tumbas sale
Apestaban la tierra, y lentamente
Iban velando el resplandor fecundo
De la gloriosa Cruz (6).

XVI

De espanto llena,
Vió el alma por los ámbitos sombríos

Hosco cruzar y lívido el espectro
Del papa Borja con crispada mano,
Sacudiendo su túnica empapada
De hirviente sangre, y vió que cada gota
En lúgubre fantasma convertida,
Iba aumentando la legion siniestra
De vengadoras víctimas que al monstruo
Con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luego la iracunda sombra
Del papa Julio, de áspero semblante
Y mirada tenaz, que revestido
De milanese cota y férreo caseo,
Con belicoso ardor en lid sañuda,
Rezaba y combatía, al propio tiempo
Bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
De las brutales risas con que Roma
Acogió torpe la piedad severa
Del pontífice Adriano, fugitivo
Rayo de luz, que iluminó un momento
Aquel antro de crímenes y orgías.

XVII

Ante este cuadro de ignominia, el alma
Al cielo alzó las impalpables manos;
Cayó de hinojos en la roca viva,
Escondiendo su faz, y con acento
Que en su conciencia resonó tan sólo

Cual queja acusadora:— ¡Oh Roma! —dijo—
¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios?

XVIII

Entonces,

Como si su patético gemido
Diese al fantasma portentosa vida,
La visión imponente de la Duda
Creció, se irguió, se dilató cual nube
Que el claro espacio de improviso invade,
Y de sus ojos dasbordó la sombra
Como una inundación; fijó su triste
Y amorosa mirada en el confuso
Espíritu del monje, que en la dura
Y estéril peña oraba prosternado,
Y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO TERCERO

Entregada al dolor, mientras reñían
Decisiva batalla en su conciencia
La fe imperiosa y la razón rebelde,
El alma en su actitud desconsolada
Largo rato gimió. — La interna lucha
Del pensamiento que á dudar se arroja,
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
Pero siempre es mortal, — Acrecentando
Del abatido espíritu la pena,
La voz de la visión, que como el eco
De música lejana, dulcemente
Del pobre monje acarició el oído,
Así le habló con ritmo cadencioso.

LA VISION

Al cabo se cumplieron
Las santas profecias
Y Babilonia impura
Esclavizó á Isráel;
Pero contados tiene
La iniquidad sus dias
Y á realizarse empiezan
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
La corrupcion extiende;
Estallan por do quiera
Los síntomas del mal;
En público mercado
La salvacion se vende,
Y cubre densa bruma
La Cruz pontifical.

La mano que bendice
De sangre está teñida,
La simonia avanza
De la soberbia en pos;
El claustro es madriguera
Donde la culpa anida,
Y de sus propias aras
Está proscrito Dios.

Atrévete y derriba
Con indignada mano
El ídolo que usurpa
Su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
Del pensamiento humano,
Y rompe de las almas
La torpe esclavitud.

Despierta las conciencias
Que embrutecidas duermen,
Y el mundo alborozado
Se postrará á tus piés.
En el profundo surco
Arroja el vivo germen,
Y los futuros siglos
Recogerán la mies.

No es digno de ser hombre
Quien en silencio llora.
¿Por qué no se aventura
Tu firme voluntad?
Airado busca el cielo
La espada vengadora,
Que ataje la gangrena
De la presente Edad.

La imprenta infatigable
Te prestará su ayuda
Contra el poder que eclipsa
Los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, antes hundido
En servidumbre muda,
Por Guttemberg librado
Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
Oculto el cáncer lleva,
Y al más ligero impulso
Deshecho rodará.
Que si en la muerte sólo
La corrupcion se ceba
Todo lo que aparece
Podrido, muerto está.

Calló la voz, y el alma consternada
Sintió, vencido en interior combate,
Su fe heredada vacilar, cual suele
Peñon movable en eminente sierra
Retemblar por los vientos sacudido.
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
Del corazón humano, las memorias
De la edad infantil! Sencillas preces
Que amante madre en su regazo tierno
Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?
El templo angusto do por vez primera,
Con religiosa admiracion, alzamos
El pensamiento á Dios; la pila, el ara;
El Crucifijo humilde, santa herencia
De la familia, que en el trance duro
De la agonía, el postrimer aliento
De los que fuéron recogió; la torre
De la natal aldea, á cuya sombra
Se cobijan los rústicos hogares.

Cual tímidos polluelos en su nido,
Bajo el ala materna; la solemne
Y monótona voz de la campana,
Que en otro tiempo al despuntar la aurora
Y al declinar la tarde, parecía
Invitarnos á orar, dulces recuerdos
Son de la casta infancia, y sobreviven
Á la extinguida fe. Que puede el rayo
Echar por tierra el centenario roble,
Mas no arrancarlo de raíz.

II

¡Cuán fiero,

Cuán amargo es el tránsito del alma
Que deja el seno de la fe, y se acuesta
En el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
Le asaltan en monton, y son sus días
Negros como el pesar; la sed le abrasa
Y no encuentra raudal que la mitigue;
Su pensamiento es un puñal que lleva
En la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
Se niega á la oracion, alza los ojos
Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
Y muerto el eco á su clamor parece:
Es como nave náufraga perdida
En proceloso mar y en noche oscura,

Á punto ya de sucumbir. El triste
Y atormentado espíritu del fraile
Sintió esta angustia punzadora. En vano
Quiso escapar del riesgo: fuerte nudo
Le sujetaba al empinado risco
Cual si arraigase en él. Sobre su frente
La vision melancólica extendia
Su abrumadora diestra, á cuyo peso
La débil alma se doblaba como
Endeble ramo bajo el propio fruto;
Con hondo horror del polvo de los siglos
Alzarse vió las osamentas rotas
De cien generaciones, que en revuelto
Y animado tropel le amenazaban,
Fijando en él sus órbitas vacías
Y gritando con ira inextinguible:
— ¡Apóstata, traidor! —

III

Bajo el influjo
De tan contrarios sentimientos, ciega
Y trastornada el alma soñadora,
Perdió el sosten, y con pasmoso estruendo
Rodó de la alta cumbre en que se erguia.
De roca en roca, como alud que baja
De inaccesible monte derrumbado,
Con impetu cayó, no conocido,
Hasta los bordes de la inmensa sombra
Que llenaba el abismo pavoroso

Bajo sus piés abierio. ¡Oh perdurable
Y terrible caída, que recuerda
La de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
Llegará el alma despeñada al fondo
De la insondable sima! ¿Tiene acaso
La duda fin y límite el anhelo? —
En vano el monje en las cortantes grietas
Buscaba apoyo, y contener quería
Su rápido descenso, como el ave
Que herida en el espacio y moribunda,
Con las últimas ansias aletea.
A la presión de su insegura mano
Los peñascos cediendo, con medroso
Estrépito tras él se desprendían,
Cual si al romper su agobiadora cárcel
El ígneo monstruo que oprimido gime
En las entrañas de la tierra, el mundo
Hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
Aglomerada por los siglos, obra
Del misterio y la fe, con ronco estrago
Se estremecía en su inmutable asiento,
Y el alma al par con las hendidias peñas
Que arrancaba de cuajo la convulsa
Revolucion del monte, desolada
En la noche sin fin se sumergía.
Los enormes fragmentos de la roca
Que á su paso saltaban, impelidos
Por fuerza oculta en progresion creciente,
Ante su vista atónita tomaban

Fantásticos contornos, y en el aire
Cambiaban sin cesar. Góticos templos,
Labrados claustros, toscas esculturas,
Altares y sepulcros, en ruidoso
Remolino de escombros le seguian,
Como si el orbe todo desquiciado,
Detras del alma al precipicio fuera
Llevado por el vértigo.

IV

En su rudo
Y estéril batallar, oyó en la altura
Una gran voz que, dominando el sordo
Fragor de la catástrofe, clamaba:
— ¡Venci, venci, venci! ¡La tierra es mia! —
Al escuchar tan formidable grito,
Que como el són de la final trompeta
Retumbaba en la tierra y en los cielos,
Cayó el doliente espíritu en insano
Y profundo estupor, cerró los ojos,
Para no ver la temerosa ruina
Donde iba envuelto, y desde aquel instante
Nada vió, nada oyó.

V

Mas ¡ay! apenas
Se sobrepuso á su mortal congoja,

Preso en el cuerpo que dejó en el coro
Abandonado como prenda inútil,
Se halló otra vez, absorto y confundido.
En el humilde lecho de su celda
Postrado estaba el mísero, y los monjes
Con solícito afán le rodeaban.
Incorporóse con terror, clavando
En ellos la mirada escrutadora,
Como el que, salvo del peligro, empieza
A darse cuenta de él. — ¿Dónde estoy, dónde? —
Tímido preguntó. Sereno y grave
Llegósele el Guardian : — Dad, hijo mío,
Gracias á Dios — le respondió apacible —
Que os apartó del borde de la fosa.
Habeis estado como muerto. — ¡Y muerto
Estuve! ¡oh padre! — el infeliz repuso. —
¡Ya no soy lo que fui! Pesa en mis hombros
La grosera cogulla, y me avergüenza
Mi antigua sumision. ¡Rompo mis lazos!
¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!
— ¡Calla, blasfemo! — el superior gritóle
Con alterada voz, mientras dudosos
Los frailes se alejaban repitiendo :
— ¡Loco debe de estar! — Mudo y sombrío
Inclinó el triste la rugosa frente
Y quedó en su dolor como abismado.
Hasta que al fin, alzando de improviso
La vista hacia el Guardian, que al pié del lecho
Con paterna inquietud le contemplaba,
— ¡Padre — le dijo — el hábito me quema

Y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina! —
Despavorido y trémulo el anciano
Con voz entrecortada por el lloro,
— ¿Qué intentas, di? — le preguntó. — Y el fraile
Irguiendo la cabeza en sôn de lucha,
— ¡Vencerá Roma! — contestó. — ¡Eso quiero! —
El venerable religioso entônces
Tendió sobre él la mano temblorosa
Y con torvo ademán gritó : — ¡Anatema!
Ya que indomable orgullo te desliga
De nuestra santa fe, siglos y siglos
La maldición del cielo te persiga! —

FIN

NOTAS

No fijo ni determino el año del siglo XVI en que mi poema se desenvuelve, porque equivaldría á dar valor histórico á una creacion puramente fantástica; pero claro es que no habria podido ocurrir sino algun tiempo antes de que Martin Lutero se hubiese resuelto á presentar sus noventa y cinco proposiciones contra el abuso de las Indulgencias, y principalmente contra el imprudente tráfico que con las bulas hacia Juan Tetzel, dominico de Pirna, comisionado por el Arzobispo Elector de Maguncia, para expender las que correspondian á Alemania y recaudar su importe.

He procurado representar en el cuadro á que se refiere la presente nota, la poderosa influencia que ejerció en el crecimiento de la reforma el estado de relajacion moral y de ignorancia presuntuosa á que habia llegado el clero regular de toda Europa en aquellos tiempos calamitosos. Mucho antes de que Lutero se declarara en rebelion abierta contra Roma, y quizas cuando

todavía no habia pensado en lanzarse por el camino que despues siguió hasta el fin, habiase levantado una protesta general en toda la cristiandad contra el abismo de corrupcion, de codicia y de libertinaje en que habia caido el elemento religioso de aquellos tiempos, y muy singularmente el monacal. Aprovecháronse de la revolucion, que Lutero iniciaba, los apetitos desordenados, las pasiones mal contenidas en el claustro, la perturbacion espantosa de las costumbres eclesiásticas — como en la edad presente se aprovecha la demagogia de las libertades públicas que ha traído el generoso progreso de los tiempos — para romper todo freno y ofrecer el concurso de muchos frailes apostatas y lividinosos á una doctrina que abolia el celibato del clero, prescindia de la Gracia y declaraba inútiles las buenas obras, las mortificaciones de la carne y la virtud regeneradora de la penitencia.

Es costumbre tradicional en la poesia y en la pintura la de presentar con feos colores y horripilante aspecto las visiones de la tentacion. En este punto he querido apartarme de la práctica establecida, porque creo que para que haya algun mérito en desoir las sugerencias de la culpa, es menester que ésta se nos muestre insinuante, hermosa é irresistible. Sin poseer, por desgracia, la virtud inquebrantable de San Antonio, tengo para mí que la mayor parte del género humano habria rechazado, como el glorioso anacoreta, el halago y la seduccion de los caprichosos monstruos que le asaltaron en el desierto, segun se ve en los cuadros de Bosch,

Breughel y Teniers y en las estampas de Schöngauer y Callot. Pinto la duda hermosa y atractiva, porque en realidad lo es. ¡Ojalá no lo fuera tanto!

IV

La humanidad ha caminado, y probablemente caminará hasta la consumación de los siglos, entre dos hipótesis y dos términos, que siempre se resistirán a su inteligencia; la hipótesis luminosa que afirma, y la hipótesis oscura que niega, ambas cerradas a la razón aunque la primera no lo esté a la fe, con cuyo auxilio eficaz el espíritu se eleva a Dios, le conoce y confiesa, le admira y le ensalza. En el terreno de la controversia humana Dios es impenetrable, y si no lo fuera dejaría de ser Dios, porque su omnipotencia infinita no cabe en los estrechos límites de nuestro pensamiento.

En el orden de los hechos y en la sucesión de los siglos, la humanidad marcha también entre dos términos igualmente invisibles: lo porvenir que ignora y lo pasado que olvida. La Providencia divina sólo entrega a nuestro conocimiento el minuto presente, y lo poco que cabe en el reducido marco de la Historia.

Esta dos hipótesis y estos dos términos son los que he tratado de representar en la abrupta roca á donde, en compañía de la Duda religiosa, transporto el alma de Lutero. Confieso que la materia es demasiado abstrusa para la poesía, y pido perdón al lector por no haber sabido sustraerme á la tentación del asunto.

V

La estatua de Moises, que labró Miguel Angel por encargo del papa Julio II, revela la profunda admiración que el insigne escultor sentía hacia la antigüedad clásica, y no sin razón se ha dicho de aquella obra maestra que más que al rígido legislador hebreo, parece representar á Júpiter Olímpico.

Respecto de Rafael Sanzio, nadie ignora que su querida, la Fornarina, le sirvió con frecuencia de modelo para pintar á la Madre de Dios.

VI

Como es sabido, el renacimiento pagano que la invención de la Imprenta y la caída del Imperio bizantino desarrollaron en el mediodía de Europa y sobre todo en Italia, llegó en Roma y en Florencia á su mayor apogeo en el siglo de Leon X. Las letras, las artes, las ciencias, hasta las costumbres, que fueron entonces descaradamente licenciosas, sufrían la influencia de aquel movimiento anticristiano. El cuadro que de ésta época trazan los escritores ortodoxos, me ha servido con las necesarias atenuaciones que el respeto de las cosas sagradas me inspira, para trazar el mío, y pueden convencerse de esta verdad, sin ir más lejos, cuantos lean ó recuerden lo que sobre tiempos tan corrompidos refiere César Cantú en su *Historia universal*, obra eminentemente católica, que anda en manos de todos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

El Vértigo	3
La Selva oscura	25
Idilio.	58
Ultima lamentacion de Lord Byron	88
Elegia	121
La duda	133
La vision de Fray Martin	145



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERIA "LA ILUSTRACION"

1882

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

ZORILLA

COMPOSICIONES VARIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

LEYENDA

MARGARITA LA TORNERA

TRADICION

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en las senos escondido
Templas su voz, prestándole armoniosc
Eco gigante ó soñoliento ruido ;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tus palabras á mi acento
Gratas como la música del viento !

Porque, quién como tú me las daría ?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.
¡Quién como tú la inspiración me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonación severa
Dé que carece mi mortal garganta ?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,

Medir audaz la inmensidad que espanta
No osára, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella
A quien adoro en ilusion lejana

Cual faro santo que en mí fe destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos; oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Sea alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin, ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creéis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oirme y hallaréis consuelo;
Veréis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) había en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,
Más su padre residía

Allí, porque allí tenía
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre
Viudo desde Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen Don Gil
En su hijo, y era Don Juan
El mancebo más galán,
Más generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado,
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por más
Que el padre le amonestó,
Un libro jamás abrió
Ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
Que había en todo Palencia
Para amar una pendencia
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir
Matóle y tomó á su dama;
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba, pues, todos los días
En auge, con sus extrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio

E indolente, el tal Don Juan
Era mozo muy galán
Y de ventajado ingenio.
Cada noche andaba en vela
Por una nueva heldad
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.
Cantaba que era delicia,
Y sabía centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.
Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cueú de las doncellas
Y el coco de los maridos.
Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquivé una palabra
Dicta de paso á la oreja
No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.
Y el buen Don Gil, que sabía
Las proezas de su hijo,
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada día.
Más él seguía sin tino
Dando brida á sus locuras,
Y diciendo « que aventuras
Buscar era su destino. »

Envióle á Valladolid,
Más fué en la Universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.
El fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.
Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.
Quiso usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un día en la catedral
Se agarró con un doctor.
Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que carraron
Sus cátedras, y aún hablaron
De Don Juan con harta furia;
Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.
Un canónigo muy viejo,
Pariente suyo, le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo :
• Qué tenía el alma seca
De hablar de legislación,
Y que sentía intención
De quemar la biblioteca. •
En fin, no hallando más medio
De estar en seguridad,
Mandaron que la ciudad

Despejára sin remedio.

El decidió resistir

La órden cuanto pudiera

Pero tan precisa era

Que al fin fué fuerza partir.

Salíó, sí, de la ciudad,

Pero á caballo y de día,

Con tal pompa y osadía

Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Paténcia, pues,

Y en su caballo mejor

Entró cual conquistador

La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen Don Gil

Irritado, y con razón;

Pidióle el mozo perdon,

Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado

Por la estudiantil canalla,

É hizo justa la batalla

A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso

Con el rector y una moza

Que vino de Zaragoza

Con oficio no piadoso;

Y contó tan peregrinos

Lances de entrambos, que el vieje

Tuvo por mejor consejo

Reirle sus desatinos.

Y como era de pensar,

Tras tan exótica risa,

Diéronse ambos buena prisa

Lo pasado en olvidar

Tornóte el padre á sus brazos

Y perdonó en conclusion.

Que al cabo los hijos son

De las entrañas pedazos.

Tornó á ser, pues, lo que era;

Y quedaron finalmente

El padre tan indulgente

Y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo

Frente por frente á unas monjas

Que un esquilon les repican

Dos veces en cada hora.

Don Gil, que es hombre devoto

Y acosado de la gota,

De tal vecindad se alegra,

Mas de ella Don Juan se enoja.

Dice el padre : « Aquí tenemos

Misa, jubileos y honras,

Pláticas y ejemplos santos,

Que al cabo jamas estorban.

Dice el hijo : « ¿ Qué demonio!

Es una calle tan sola...

No hay en toda ella una reja

Util á cita ni á ronda. »

Dice el padre : « Esas benditas

Están ganando la gloria

Y encomendando al Eterno

Sus vecinos... ¡ él las oiga ! »

Dice el hijo : « Esas mujeres

Se están como unas marmotas

Toda su vida encerradas,

¡ Vaya una aprension diabólica ! »

Dice el padre : « El capellan,

Que es doctísima persona,

Me tiene continuamente

Conversaciones sabrosas. »

Dice el hijo : ¡Si á lo ménos
Hubiera una buena moza
A quien decir cuatro flores!...
Serán unos cocos todas.
Y el padre : « Nada me falta
Para una vejez dichosa,
La iglesia y la plaza cerca,
Casa y rentas que me sobran. »
Y dice el hijo : « Por último,
Harémos una intentona
A ver si las enjauladas
Son lechuzas ó palomas. »
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman,
Aquél con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misa
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y Don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pie del coro se apostá,
Troneras y celosías
De día y de noche ronda.
Mas ni ve, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocás
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno — ¡*Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
El pide agua de aljibe,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada

Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por más que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra :
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan :
La novena de Santa Ana,
El sermón del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de Santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre,
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera,
Y al cabo sale diciendo :
« ¡Bruja condenada y chocha,
Que nunca responde acorde,
Ni dice cosa con cosa! »
Desistió, pues, del empeño,
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente,
Que al cabo picó en historia :
Llevóle su padre á misa
Un día casi á la aurora :
Ya había en la iglesia gente,
Aunque soñolienta y poca,
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra

Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias,
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreía afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncía
Por negros recuerdos de otras:
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y la verdad que no era
Culpa enteramente propia,
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decía,
Limpia, argentina y sonora:
• De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia.
Y él, advertido y curioso,
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias,
Era el tal una monjita,

Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho, vergonzosa,
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarle
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiéndolo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
— ¡Chist! la dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿Qué quiere?

D. Juan. ¿Sois tal vez la superiora?

La Monja. ¡Yo, Señor! soy la tornera.

D. Juan. ¿La tornera! sois muy docta

Para oficio tan servil

Y diestra remedadora

De acentos, pues respondeis

¡Deo gratias!... tan temblorosa,

Que más parece que vuestra,

La voz de una setentona.

La Monja. Ved que decís, caballero,

Que yo no he sido hasta ahora

Tornera, y lo soy este año

Por muerte de Sor Leoncia.

D. Juan. ¿Murió la pobre?

La Monja. Murió.

Mas mirad que se prolonga

La conversacion y...

D. Juan. Es cierto :

Si fuerais vos...

La Monja. Servidora

Vuestra.

D. Juan. Callada y prudente...

La Monja. Cuando la imprudencia importa,

Yo soy obediente y...

D. Juan. ¡ Bueno!

Si no desplegaís la boca,

Yo os prefiero á la abadesa.

La Monja. No hay abadesa, es priora

D. Juan. A la priora, es lo mismo.

Para hablaros de una cosa,

De un secreto que interesa.

La Monja. ¡ Secreto!

D. Juan. A la mayor honra

Y gloria de Dios, y vuestra.

La Monja. ¿ Mia?

D. Juan. Pues, y de las monjas.

La Monja. Decídmelo.

D. Juan. Es imposible,

Despacio á de ser y á solas,

Y pronto, pues urge mucho.

La Monja. ¡ Ay Dios!

D. Juan. ¡ Eso es! ya medrosa

Vais á publicarlo todo

Y vais... vaya, ¿ teneis hora

En que poder escucharme?

Porque es fuerza que persona

De la casa me segunde

La intencion.

La Monja. Como no escoja

La de maitines...

D. Juan. ¿ De noche?

Mejor es que ninguna otra.

¿ Y en dónde os veré?

La Monja. En la reja

De esa capilla; me toca

Velar esta noche.

D. Juan. ¡ Bueno!

No falteis.

La Monja. Estaré pronta.

En oyendo la campana....

D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima,

La oigo bien.

La Monja. Pues hasta luego.

D. Juan. Adios, hermana... ¡ y memoria !...

Salió la monja del coro,

Don Gil con su pierna coja

Salió acabada la misa,

Y Don Juan, el alma loca

De gozo, atisbó la reja

Citada, y buena juzgóla

Para el caso, en sí diciendo :

• ¿ La niña ; eh ! si será tonta ? •

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,

Y aun tocaban á maitines

Los esquilonos agudes

Con discordante repique,

Cuando Don Juan de Alarcon,

Dichoso en amor y en lides,

Tomaba punto en la calle,

Despreciando la molicie

De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilder.
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen a campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le afige.
Sólo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente, Don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille,
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa,
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que, pues madrugan,
Largas horas no vigilen.
Ni pasos, pues, ni rumores

De vivientes se perciben ;
Oyese sólo del aire
El són prolongado y triste,
Y el labrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suena á lo léjos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silban, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba á abajo Don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias.
Y al compas de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten

En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse;
Y en la oscuridad confusa,
Haciendo vista de lince,
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡gracias á Dios!

Más de un hora me tuvisteis
De planton. ¡Dios os lo premie!

La Monja. ¡Tardé mucho?

D. Juan. (Vaya un chiste.)

No hay para que hablar ya de ello.

Puesto que al cabo vinisteis.

La Monja. ¡Sabe lo que digo, hermano?

D. Juan. No, hermana, si no le dice.

La Monja. Dirélo: cuando muchacha

Leí unos libros que escribe

Un tal Quevado, que tienen

A fe mia mucho chiste

Y hay un lance en uno de ellos

Tan bonito..... y que á decirle

Verdad se parece tanto

A esta noche....

D. Juan. ¡En qué, mi Filis?

La Monja. En que hay un mozo en la calle

Que sois vos, y viene á oírle

Una mujer, que soy yo, y....

Pero ántes que se me olvide

Mirad, Filis no me llamo,

Sino Margarita.

D. Juan. ¡Miren

Qué nombre tiene tan lindo

La hermana!

La Monja. ¡Os gusta?

D. Juan.

Indecible

Gozo me da vuestro nombre,

Y admiro que signifique

Una cosa tan preciosa

Como quien le usa y recibe.

La Monja. ¡Gasta lisonjas, hermano?

Mas soy curiosa, decidme

¿Y Filis qué significa?

Que ha poco me lo dijisteis.

D. Juan. Esa es una pastorcilla

Muy bonita, de unos quince

Años, con dos ojos negros

Que en luz con el sol compiten,

Y con un cutis más blanco

Que las plumas de los cisnes,

Con un cuerpo más esbelto

Que una palma, y más flexible

Que los juncos olorosos

Que en el agua echan raíces,

Y con dos manos más bellas

Que el nácar y los jazmines.

La Monja. ¡Y dónde está esa muchacha

D. Juan. Es una niña invisible

Que en la idea solamente

De los poetas existe.

La Monja. ¡Y qué tengo yo que ver

Con Filis?

D. Juan. ¡Nunca os pusisteis

Delante de algun espejo?

Margarita. Si por cierto.

D. Juan. Y la visible

Apariencia del cristal

¿Qué os mostró?

Margarita. No es muy difícil

De decir: era otra yo.

Otra monja.

D. Juan. ¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?

Margarita. ¡Calla! es verdad que lo estaba.
D. Juan. ¡Y sin los frescos matices.
De un rostro tan jóven!

Margarita. ¡Vaya!

D. Juan. Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequeives,
De tocas y de sayales.

Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?

Margarita. Hermano, ¿Jesus mil veces!
¿Jesus, qué cosas me dice
Tan peligrosas! Emiece.
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.

D. Juan. (¡Pobrecilla!)
Pues bien, Margarita, oídme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios

Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera:

• Vén, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte,
¡Yo te amo! ¿osáis seguirle?

Margarita. ¡Dios mio!

D. Juan.

Si ése os dijera:

Yo sé un lugar infalible,
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices;
Y tú, ¿Margarita mia!
¿Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes

Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos....
¡Oh alma mia! presto sígueme
Vén, huyamos, amor mio.
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?

Margarita. ¡Ay hermano,
No sé qué me da! decidme.
¿Todo eso es cierto?

D. Juan.

Muy cierto;

Pero secreto imposible
De revelar, porque todos
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos:
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion.
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!

Margarita. ¡Ay Virgen santa!

D. Juan. Y la avisa:
Que si á mi razon se rinde,
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime

Margarita. ¡Ay sí, sí!

D. Juan. ¿Consiente en ello?

Margarita. Sí por cierto.

D. Juan. ¿Y será firme

En resolucion tamaña?

Margarita. Que si seré. ¡Dios me libre!

¡Morir así en las manos

Sangrientas de esos caribes

Que decís!

D. Juan. Pensadlo á solas

Y entraos, no nos atisben

Y nos frustren el intento.

A Dios, hermana.

Margarita. El os guie

Y os acompañe.

D. Juan. ¡Ea adios!

Y si estais pronta á seguirme,

Yo os quiero mucho, y con tiempo

Salvaros no es muy difícil.

Margarita. Adios.

D. Juan.

Adios.

Y á la reja.

Echó los cerrojos triples

La monja, y empezó el mozo

A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa

Con Havin de que él se sirve;

Acostóse, y rebujándose

La ropa hasta las narices,

Apagó la luz, diciendo:

«Pues señor, bien: muchas hice,

Mas; vive Dios que ésta última

Será tal que me acredite!»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita,

Diez y siete primaveras.

Y aun virgen á las primeras

Impresiones del amor,

Nunca la dicha supuso

Fuera de su pobre estancia

Tratada desde la infancia

Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles

Desconocidos y avaros,

Compró la infeliz muy caros

Los gustos de su niñez,

Y al cabo tornóse en humo

Y en soledad para ella

La vida futura y bella.

Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta.

Cuando en el mundo vivía,
Sólo del mundo veía

La calle tras un cancel:

Y no alcanzó, de su casa

Fuera del triste recinto,

El mágico laberinto

Que se extendía tras él.

Jamas pensó que las flores

Que sus jardines criaran,

Los salones perfumáran

Preparados al festín;

Jamas pensó que las noches

Que ella pasaba en su lecho

Tuvieran bajo otro techo

Más delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,

Las alegres serenatas,

Las mil quimeras dichosas

De la alegre sociedad,

Aun no habían en tumulto

Ido á tender en sus sueños

Los dos lazos halagüeños

De amor y de vanidad.

¡Amor! esa fantasía

Vaporosa y encantada,

Selva escondida, empapada

De armonía y de placer;

Santuario de la ventura,

Magnífico paraíso

Donde ir vagando es preciso

Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana

Con los colores del viento,

Y se nos muestra un momento

En fugitiva ilusión,

Y un sér que á pocos contenta

Cuanda por fin alcanzado

Deja el oropel prestado

Y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro

Fresco pabellón tranquilo

De reposo, y no da asilo

En él á la vanidad!

La vanidad, luz fosfórica

Que ilumina los espejos,

Y causa con sus reflejos

Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!

¡Fugitiva mariposa

Que de esa luz engañosa

En torno girando vas!

Pliega tus alas errantes,

Y en tu inocencia dormida,

No pienses en otra vida

Que te doraron quizás!

Más ¡ay! que dulces palabras

Sonaron en tus oídos

Y los deseos dormidos

Se revelaron en pos.

¡Ay! ¡por qué en el mundo vano

A quien le da la inocencia

No le da la resistencia

Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,

Y aunque en ilusión escasa,

Ya en impaciencia se abrasa

De sentir y de gozar.

Y no es temor á los males

Que Don Juan la profetiza;

Es que el placer diviniza,

Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus soas,

Ciega por un mal consejo,

Por vez primera un espejo

Eligió para su juez,

Y recordó las palabras

De un seductor insolente,

Y recordó la inocente

Los días de su niñez.

Cuando su madre á deshora.

De los festines volvía,

Y entre sueños la veía

Sus adornos deponer;

Cuando acaso desvelada

Al són de los instrumentos,

Sentía los aposentos

Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas,

Asomada á una ventana,

Via la turba profana

Voluptuosa pasar;

Y al brazo de los mancebos,

Con el deleite más bellas,

Asidas muchas doncellas

Sonreír y platicar.

¡Oh! Qué seis años monótonos

De soledad y convento,

Habían su pensamiento

Reducido á un punto ruin,

A espacio tan miserable,

A círculo tan mezquino,

Que era el claustro su destino

Y el altar era su fin.

• Aquí está Dios, • la dijeron;

Y ella dijo: • Yo le adoro. •

• Aquí está el torno y el coro. •

Y penso: • ¡No hay más allá! •

Y sin otras ilusiones

Que sus sueños infantiles,

Pasaron sus seis abriles

Sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada

Dentro la jaula nacida,

¿Qué sabe ella si hay más vida

Ni más aire en que volar?

Si no vió nunca sus plumas

Del sol á los resplandores,

¿Qué sabe de los colores

Con que se puede afanar?

Mas ¡guay que alcance á lo lejos

Del día la lumbré pura,

De la selva la frescura,

Y el arrullo de su amor!

¡Su nido será su cárcel,

Su potró serán las rejas,

Sus arrullos serán quejas,

Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita

En la noche solitaria

Oyó amorosa plegaria,

Y se despertó su afán

Su corazón revelóse

Con incógnitos afectos,

Y odió los santos preceptos

A recordar á Don Juan

Y confundiendo en su mente

Sus amagos y alabanzas,

Ya en risueñas esperanzas,

Ya en inocente pavor,

Contemplándose al espejo

Con la luz de la bujía
Así pensaba y decía
Margarita en su interior

- ¡Conque hay fiestas y banquetes,
- Y nocturnos galanteos,
- Y deliciosos paseos
- De esta pared más allá?
- ¡Conque esta toca de lana
- Cambiada en perlas y flores
- Hará mis gracias mayores,
- Y más hermosa me hará?
- ¡Conque aquellas relaciones
- De encantos que yo leía
- Y que apenas comprendía
- Ni comprendo, ciertas son?
- ¡De aquellas magas fantásticas,
- De aquellos bravos guerreros
- Y gentiles caballeros
- La historia no es ilusión?
- Y se encuentran y combaten
- Por bizarras hermosuras,
- Y corren mil aventuras
- Por agradarlas mejor;
- Y ellas viven en palacios,
- Y vagan por sus jardines,
- Y celebran con festines
- La ventura de su amor.
- ¡Oh!; Que ese hombre me lo ha dicho!
- Sí, sí, negros son mis ojos
- ¡Y esta toca me da enojos
- Y me hace fea tal vez!
- Él me lo dijo ¡lisonja!
- Mas probemos, me la arranco:
- ¡Oh, como el armiño blanco
- Mi pecho... ¡Blanca mi tez!

- Blancos mis brazos redondos,
- Mis mutilados cabellos
- Son de azabache... y en ellos
- Puesta aunque mal esta flor!...
- ¡Cuán bien me va!... ¡Oh, soy hermosa!...
- Y encerrada me consumo,
- Y se pierden como el humo
- Mis días de más valor.

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores,
Los deleites seductores,
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraída
Sintió su fe decaída,
Estéril su religión;
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento,
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentación.

Y pasaron muchas noches,
Y Don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galán adormecida,
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella

Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa más fugaz.

¿Y quién explica aún queriendo
El efecto poderoso

Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazón?

¿Y quién los medios explica
Con que nos sale al encuentro

Un amor que enciende dentro
El volcán de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?

Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatarse,

Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,

Y de Don Juan en los brazos
Caer, al pie del altar.

Y cayó: que en una noche
Por Don Juan determinada

Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.

Y oyósele en la sombra
Darse la cita postrera,

Y acabar de esta manera,
Ya cerca de amanecer.

D. Juan. No hay más medio, Margarita.

Margarita. Mañana, pues.

D. Juan.

Tanto monta
Un día antes; estad pronta.

Margarita. ¿Con que á las dos?

D. Juan. A la dos.

Margarita. Por el huerto.

D. Juan. Estaré á punto.

Traeré una escala pequeña

Y al dar las dos me haréis seña.

Margarita. Ya haré cuanto os plazca á vos.

D. Juan. Pues adios.

Margarita. Idos tranquilo

A dormir, y hasta mañana.

Y se cerró la ventana,

Y entró en su casa Don Juan;

Y dicen que entre la puerta

Quedó á la reja mirando,

Su posición meditando

Tal vez con algo de afán.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha:

• Pues, señor, es cosa hecha:

• ¿Mas me ocurre una cuestión!

• Dineros... ¡Bah! tiene padre

• Dentro su alcoba una arquita,

• Y há un año que la maldita

• Me está dando tentación.

• ¿Con que, Don Juan, no hay cuidado!

• Vendrá Dios y medrarémos.

Y asiendo los dos extremos

De la sábana á la par,

Con un movimiento rápido,

Se hundi6 Don Juan en su lecho,

Y durmió tan satisfecho

Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora!
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares,
Nunca extraviado perderá la huella
Del *más allá* que empieza en los altares.
Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos días
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la virgen inocente;
Y esperanza del naufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente;
Siempre se ve brillar allá en la altura
El vivo lampó de tu lumbré pura.
Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano,
Y las razas maldice
Torpemente mezcladas,
De su Dios y sus origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Reventan las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luégo,
Tornando compasivo á la bonanza.
De su ira celestial matando el fuego,

En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.
Si elevado en el Gólgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira:
Y conociendo que quien tal le puso
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
• Vuestra madre mirad, » dijo muriendo,
• Esa de mi bondad última prenda,
• Si algun día verteis sincero llanto,
• Por vosotros pidiendo,
• Para salvaros del azar tremendo
• Real protectora os tenderá su manto. »
Y á ti, madre amorosa,
Los tristes ojos con afán volvemos
En la airada tormenta procelosa,
En tí esperamos y en tu amor creemos,
Y á tí tornados á tu piés caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara,
Arrepentido al cabo; á quién mostrara
Más que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿Quién le comprendiera,
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Sino quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca.
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh, dulce madre celestial y bella,
Feliz mil veces quien á ti se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora!

¡Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por Don Juan, fría y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela;
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.
De los laureles del huerto
Las hojas medidas suenan;
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda,
Y perdido en su hondo hueco,
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.
A veces por un instante

Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta,
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá, á través alumbrado,
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos,
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincón,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantasca aparición.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañanos los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,

Do quiera una sombra horrible
Nos descarría y espantaba,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fe.
Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afán:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de Don Juan.
Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento
Mas vago remordimiento
La roía el corazón,
Y recostada en su lecho,
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentación.
De aquellos seres fingidos
Por Don Juan con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingía entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que crece su candidez.
Más apacible otras veces,
Su ilusión la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginación pueril;
Y recorría entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios

De su seductor gentil.
Blanca palomo perdida,
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Más diáfano en que volar,
Media el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podría cruzar.
Tal vez sentía su nido
Dejar allí abandonado
Do habría tal vez gozado
De su ventura mayor:
Mas ciega y enamorada,
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.
Pobre barquichuela débil,
Que en pos de nave entonada
Salía desesperada
Sin más norte que el azar,
Tal vez temía la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.
Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente á orgullosa
Se preparaba á partir,
Temía que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.
Mas ¡ay! así estaba escrito!
De oculto sino impelida,

De su azarosa partida
La hora precisa llegó :
Llegó, y al fin Margarita,
Que oído prestaba atento,
Oyó perderse en el viento,
Los dos golpes del reló.
Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié ;
Mas ya en la lucha postrera,
Próxima á colmar su falta,
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fe.
Al corazón se le agolpan
Mil vagos remordimientos,
Mil vagos presentimientos
De incomprensible pavor,
Y en su creencia sencilla,
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.
Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho,
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar ;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caía,
Y el recio viento la hacía
Sobre los vidrios botar.
• ¡ Qué noche ! dijo espantada,
• ¡ Si habrá Don Juan desistido !
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardín,
Escuchó sobrecojida

Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.
No esperó más : con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.
Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria,
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Saltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.
Por imbécil ó insensible
Corazón vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusión ;
Y por más que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra afición.
Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincón olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre,
Conociendo que le amamos,
Un ¡ adios ! triste le damos,
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincón;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia,
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazón.

En un altareillo humilde,
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imagen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincón privilegiado;
Ni una noche se ha pasado,
Mientras en el claustro vivió,
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse,
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña, agobiada
De soledad y fatiga,
Buscó en su encierro una amiga

En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella,
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imagen,
Con voz triste y lastimera,
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar:

- Ya ves que al fin es preciso
- Que deje yo tu convento,
- Mas ya sabes que lo siento,
- ¡Oh Virgen mia, por tí.
- Y puesto que de él sacarte
- No puedo en mi compañía,
- No me abandones, María,
- Y no te olvides de mí.
- ¡Ojalá entre mis hermanas
- Hubiera otra Margarita
- Que con tu imagen bendita
- Obrara como ella obró!
- ¡Ojalá esta luz postrera
- Que en esta noche te encendio

• Estuviera siempre ardiendo
• Mientras te faltara yo!
• Mas ¡ay! ninguna te quiere
• Como yo, y son mis angustias
• Pensar que estas flores mustias
• A tus piés se quedarán,
• Y se apagará esa vela,
• Se ajarán tus vestiduras,
• Y los que pasen á oscuras
• Tu hermosura no verán.
• Al fin yo parto, Señora;
• Mi confianza en tí sabes,
• En prueba toma esas llaves
• Que conservo en mi poder,
• Guárdalas : otra tornera
• Elige á tu gusto ahora,
• Y el cielo quiera, Señora,
• Que nos volvamos á ver.
Así Margarita hablando,
Con lágrimas en los ojos
Ante la imagen de hinojos
Los sacros piés la besó :
Y dejándola las llaves
Y encendida la bujía,
Traspuso la galería,
Ganó el jardín y partió.
Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y sólo se oyó tras ella
El rumor del aguacero,
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle,
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo,
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo,
Y al fin ambos contemplándose,
A poco reconocidos,
Se abrazaron decididos,
En tal coloquio trabándose :

D. Gonzalo. ¡ Por vida mia ! Don Juan,
¿ Pues cómo en Valladolid ?
D. Juan. De paso para Madrid.
D. Gonzalo. ¿ A las fiestas ?
D. Juan. Todos van.
D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.
D. Juan. Páreceme, Don Gonzalo,
Que llegar pronto no es malo :
Ya sabeis que es mi manía.
Doquier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo ménos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.
D. Gonzalo. ¿ Y para qué tiempo tanto ?
D. Juan. Si la funcion sale huera,
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.
D. Gonzalo. A fe que razon os sobra
Y á poder irme con vos...
D. Juan. ¿ Teneis que hacer, vive Dios,

Mas que ponerlo por obra?

D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dira:

D. Juan. ¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?

D. Gonzalo. Vos pues...

D. Juan. La pregunta está

De más: mas ved que os aviso

Que si os venís á Madrid,

Salir de Valladolid

Dentro de una hora es preciso.

D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?

Yo nada tengo dispuesto.

D. Juan. ¿Por Dios que es grave pretexto!

Jamas dispongo yo nada

Y logro cuanto deseo.

D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro

D. Juan. ¿Busco un puñado de oro,

Tomo un jaco, y Laus Deo!

D. Gonzalo. ¿Ya! jacos tengo yo dos,

Mas dineros...

D. Juan. ¿Grande afán!

Vended el uno á un chalan.

Y echad en el otro vos.

D. Gonzalo. Dadlo por hecho.

D. Juan. Atended,

Don Gonzalo; mejor fuera

Tomar un coche si hubiera.

D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced

Que le estorban los caballos?

D. Juan. ¿Qué sé yo? tengo una yegua

Que apenas anda una legua...

D. Gonzalo. ¿Se resiente de los callos,

Eh? Pero como gustéis,

Decision es lo que importa.

D. Juan. Pues la cuestien es muy corta

Mis dos caballos podeis

Vender tambien, y en una hora

Yo tendré coche buscado,

Pues va otro asiento ocupado.

D. Gonzalo. ¿Por quién?

D. Juan.

Por una señora.

D. Gonzalo. ¿Hablarais para la noche,

Cuerpo de tal!

D. Juan. Bien, pues id,

Y á las puertas de Madrid,

Vos con oro y yo con coche

Dentro de un hora estaremos:

Más no digais dónde vamos,

Que somos dos y bastamos

Para ir como merecemos.

D. Gonzalo. Iré.

D. Juan.

La hora cabal.

D. Gonzalo. Ya veréis mi rapidez:

Allí estoy fijo á las diez.

D. Juan. Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso

Partieron á su destino

Cada cual por su camino

Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,

Y en el tiempo que escolar

Fué Don Juan, para habitar,

Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian

Tan á fondo ambos á dos,

Y el uno del otro en pos

Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser

En demasía prolijo,

Que te imagines, elijo
Lo que pudo acontecer.
Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,

Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y Don Gonzalo llegaba,
A quien Don Juan demandó:

D. Juan. ¿Qué hay, Don Gonzalo?

D. Gonzalo. Tomad.

D. Juan. ¿Cuanto?

D. Gonzalo. Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir más cantidad.

D. Juan. ¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil.

Yo traigo aquí más de mil
Para ayuda de la empresa.

D. Gonzalo. Adelante pues.

D. Juan. ¡Pues arrea!

Mayoral, pica el ganado,
Que el viaje será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin más azares
Aprontaron el transporte
Y echáran hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna

Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo io muda.

Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia

Margarita, Don Gonzalo,
Y Don Juan, los tres tres á una

Las heces de los deleites
Apuraban en hartura,

Repletos hasta el hastio
De sus delicias immundas.

Pasado habían las fiestas
Que los reyes acostumbran

A dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.

Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,

Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.

Más de su oro disipada
La crecidísima suma,

Harto Don Juan de la monja,
Que sus desvios acusa,

Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura

Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,

Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla,

Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta.

Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan,

Que está la tormenta prójima

A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda,
Tan poco del mundo estéril.
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo, que debiera
Mirar de Don Juan la mucha
Generosidad, mostrándole
Ciega confianza mutua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le da parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque Don Juan no se cura
Más que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y Don Gonzalo, que advierte
Que éstos están en las últimas,
Pretextos busca á sus solas
Para afejar su conducta.
Que es Don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:

Díscolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Entre aquestos dos espíritus
Maléficos que le turban,
Margarita, el hondo caliz
De las desdichas apura.
Margarita, que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura, que perfuman
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.
Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus días
En el pesar se sepultan.
Y ve sus mil ilusiones
Que al precipicio se agrupan
Del abismo de la nada,
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.
« ¿En dónde están (se decía)
• Los sueños de mi ventura?
• ¡Aquel país encantado
• Que exento estaba de angustias,
• Cuadro espléndido y magnífico

- Con una sola figura,
- Que era ese Don Juan que ahora
- Duelos sobre mi acumula!
- ¿Por qué le he creído ¡necia!
- Por que le he creído nunca?
- ¿Qué he encontrado yo en sus brazos
- Sino ficción y locura?
- Qué me ha dado en sus caricias
- A beber más que cicuta?
- ¿Qué espero de sus promesas
- Sino que jamás se cumplan?
- Arrastrada entre sus vicios,
- Y entre sus orgías impuras,
- Su amor me devora el alma,
- ¡Y él se harta de mi hermosura!
- Si, por otro amor me deja
- Encerrada en esta oculta
- Mansion, mientras él va ciego
- Tras de quien su amor rehusa,
- Tras esa beldad vendida,
- Que abre á la codicia pública
- Sus gracias para que vaya
- A hozar en ellas la chusma,
- Y cuyos torpes aplausos
- La envilecen y la ensucian,
- Pues la apellidan á un tiempo
- Celestial y prostituta.
- ¡Ah! los celos me devoran,
- La envidia, el odio me abroman
- ¡Yo le amo!..... y es imposible
- Que su indiferencia sufra.
- El me sedujo; él mis ojos
- Abrió á la luz de la culpa;
- Yo era una pobre inocente,
- Mi alma era cándida y pura,

- Sus palabras me eran dulces
- Como una lejana música,
- Más ardientes que un volcan
- Y más que una lanza agudas,
- ¿Qué hiciera yo más que oírse las
- Con idolatría estúpida?
- ¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
- A mi sencillez inculta
- Y á mi inocencia del claustro?
- ¿Quién amansará la furia
- De este amor y esta conciencia,
- Que para herirme se juntan?
- Y es cierto cuanto en su duelo
- La niña infeliz pronuncia,
- Porque Don Juan la abandona,
- Harto ya de su hermosura.
- Mozo sumido en los vicios,
- De juventud disoluta,
- Todos los gustos le cansan
- Si mas de una vez los gusta,
- Y mientras hallaba encantos
- Su pasión, entonces única,
- De la bella Margarita
- En la virtud, su alma impura
- Adoraba sus hechizos
- Locamente, y más la lucha
- Con su virtud empeñaba,
- Aun de su victoria en duda,
- Pero al punto en que sus ansias,
- Que por eternas la jura,
- Traslado á su corazón,
- Ya de su amor se disgusta,
- Y pues no espera otros nuevos,
- Y sus caricias le cansan,

Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía excusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas,
Sus pensamientos acecha
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga aflicción la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda.
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no la agradece nunca,
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impudica.
Y entre tanto Don Gonzalo,
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastío de Don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas:
Y él tiene, mas que le pese
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,

Un inferior que acompaña,
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera:
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa,
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante diosa
Mostrábele como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan sólo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una carta sin tino

Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Ménos cruda que las otras,
Pues se cambió de repente :
Y él, que jamas la malógra,
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora,
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérito
Oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y Don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras :
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin Don Juan, satisfecho
De fortuna tan dichosa,
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja

Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

• Todo lo puede el dinero, •
Dijo en la calle á sus solas,
• Lo que al valor no se rinde
• Verémos pues si con oros
• Hacemos más que con horas, •
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró : mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda,
Fuése al vestuario, y con maña
Llamando aparte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma :
• Toma esos ocho doblones
• Y á esa Sirena engañosa
• A quien sirves, si te estimas,
• Dirás lo que aquí me oigas.
• Y es: que hay un noble extranjero
• Que, al verla tan seductora,
• Volver no quiere á su patria
• Sin un adios de su boca.
• Que si mañana en su casa
• Cenar con él no la enoja
• En presencia de un amigo
• Y de una fiel servidora,

- Recibirá mil doblones
- Para recuerdo de la honra,
- Conque olvidarte procura
- De que yo soy la persona
- Que irá á cenar, y no olvides
- Que el amigo será un momia,
- Que tú serás quien nos sirva,
- Y que por cuenta redonda
- Bien te dará cien doblones
- Quien la da doscientas onzas. •
- Y así acabando Don Juan
- Hasta los ojos se emboza
- Y parte añadiendo bajo :
- Hasta mañana á estas horas.

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso Don Juan
Se hundía como una sombra :
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y alrededor de una mesa
De viandas exquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre Don Gonzalo
Y Don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para Don Juan risueña.

Es la tal una hermosa,
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay sirena
Ni de voz más seductora.
Ni en los encantos más diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa :
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas,
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piecitos
Tan menudos que, á no verla,
Usarlos tan fácilmente
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos

Sin peligro se mantengan.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega ;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no erais ?

D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al són de tu fama
Mas fácil te enyanecieras.

Sirena. ¿Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas ?

D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compráran mis monedas.

Sirena. Quiere decir que de dós
Mal os salió una experiencia.

D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

Sirena. Pero ella saltó por una.
D. Juan. Pero en otra quedó presa

Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues que en una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

Sirena. Quiere decir....

D. Juan. Te equivocas,
La interpretacion es ésta :

Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia ;
Pero á la fuerza rendida,
Sin más azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y ésta es la interpretacion
Del hechos y la diferencia
De amor que gana y estima,
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.

D. Juan. Y vos excelente pieza.

Sirena. ¿Siguierais mucho la pista ?

D. Juan. Hasta hallar la madriguera.

Sirena. ¿Y si era falsa la boca ?

D. Juan. Yo atinára con la cierta.

Sirena. ¿Y si salir no queria ?

D. Juan. Yo me pondria en espera.

Sirena. ¿Por empeño ?

D. Juan. Por empeño.

Sirena. ¿Y durára ?

D. Juan. Hasta cogerla.

Sirena. Figuraos pues que asoma.

D. Juan. Me preparo.

Sirena.

¿Y si se entrega?

D. Juan. Tiendo la mano y la cojo.

Sirena. ¿Y si muere?

D. Juan. Norabuena:

Sóbrame á mí mucha maña.

Y al cabo se hará doméstica.

Sirena. Brindad pues y olvidad eso.

D. Juan. ¡A su orgullo!

Sirena.

¡A su obediencia!

D. Juan. Espera, ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?

Sirena. El amor está vencido.

D. Juan. ¿Y la encantadora?

Sirena.

Muerta.

D. Juan. En ese caso, alma mía,
Brindemos y echadlo tierra,

Brindaron ambos á un tiempo,

Y las amistades hechas,

Mas estrepitosa y franca.

A ser empezó la fiesta.

Bebe Don Juan sin cuidado,

Que el vino jamás le altera;

Bebe Don Gonzalo poco,

Mas se turba su cabeza;

Y sus manos hondos secretos

Sin rebozo manifiesta,

Que el daño de los licores

Por la alegría comienza.

Crujen los brindis sin número,

Crecela órgia sin reserva

Y ya ni voces ocultas

Ni pensamientos se dejan.

De amor y placer se trata,

Y entre el són de las botellas

Crujen los besos perdidos

Y los requiebros penetran.

De amor loco está Don Juan,

Prendada de él está ella,

Don Gonzalo bebe y toma

La callada por respuesta.

Don Juan improvisa y canta,

Y al compas de su vihuela.

Gira en danza voluptuosa

La bellissima Sirena,

Y en su sillón Don Gonzalo,

Sentado y tendido á medias,

Como una sombra fantástica

Embebido la contempla.

Ella, sutil como el aire

Y como el aire ligera,

Gira enredor, pasa y huya

Como aparición risueña,

Flota su falda plegada,

Sus cabellos se destrenzan,

Radian sus ojos ardientes

Luz más viva á cada vuelta,

Y cuanto del baile rápido

Más los círculos estrecha,

Más los mágicos hechizos

De sus perfecciones muestra:

Y el velo con que sus manos

Primorosamente juegan

La variedad de sus formas

Y sus encantos aumenta.

Y segun rápidamente

Le recoge ó le despliega,

Le anuda, enlaza y con él,

O se cubre, ó se rodea,

La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante;
Ya una Vénus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta.
Y su flotante figura
En el ambiente desecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusión que vuela,
Sobre el rumor que producir
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden,
A merced del aire sueltas,
Cuando en los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ello nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobro un almohadon se sienta,
Más seductora que nunca
Y más que nunca halagüeña.
Y mientras Don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude,
Trastornada la cabeza.
• Bravo, exclamó, sólo falta
Margarita. • — A cuya necia
Exclamacion levántose

Como una tigre Sirena,
Y con Don Juan encarándose,
Desencajada y colérica,
• ¿Quién es esa Margarita? •
Le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto Don Juan,
Sin acertar la imprudencia,
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza,
Les añadió por respuesta:
• ¡A fe que es linda muchacha!
• Y ahora que se me acuerda,
• Pues en casa estará sola
• Su compañía me peta. •
Y asíó su capa esto dicho,
Corroborando la idea.
«Gonzalo, exclamó Don Juan,
A no mirar que la lengua
Os estorpece el Jerez,
Ya os encontrarais sin ella.
— Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido, como prenda antigua,
Para tomarla licencia.
— Eso sí, si la pedis,
Lleváosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
— ¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Sólo por recuerdo de ella

Lo haré como lo decís.

¿Y á qué convento?

— A Palencia

Y á las monjas de Jesus

De donde es.

— ¡Jesus me tenga!

— ¡Calla! ¿qué os da, Don Gonzalo?

— Decidme por vida vuestra,

Don Juan, ¿cuál es su apellido?

— Cosa, Don Gonzalo, es esa

Que jamas la he preguntado.

Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!

¿No es Bustos vuestro apellido?

— Sí.

— Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos

Inmóvil como una piedra,

Y en carcajada ruidosa

Rompió la infame Sirena.

Siguióla Don Juan á poco,

Diciendo: «¿Cosa como ella!

¿Quién demonios lo pensara?

Pero, en fin, ya es cosa hecha.

Y dobló las carcajadas

Con la bailarina, mientras

De Don Gonzalo se iban

Coordinando las ideas.

El vapor al fin de la orgía

Disipado con la fuerza

De su deshonor, arrojóse

Sobre Don Juan con fiereza,

Mas sentóle éste los puños

En el pecho, y con la mesa,

La lámpara y la vajilla

Vino Don Gonzalo á tierra.

La bailarina se puso

Por medio de ellos resuelta,

Diciendo á tiempo: «¿Señores,

Que están en mi casa vean!

— Don Juan; á la calle vamos.

— Vamos, Don Gonzalo, fuera,

Que es cosa que ya no tiene

Mejor compostura que esa.

Alborotóse la casa,

Hubo lágrimas y quejas,

Y el aposento asaltaron

Los pajes y las doncellas.

Mas Don Juan les tuvo á raya,

Añadiendo con firmeza:

«¿Atras, canalla, y silencio!

Y tú, amiga, ten paciencia,

Que como escape con vida,

Volveré cuanto antes pueda.

— Si sois valiente, Don Juan,

Cuando gustéis dad la vuelta.

— Advierte que no te pido

Ni consejos ni licencia,

Que yo te sigo la pista

Por voluntad ó por fuerza.

— Pues volved sin compañía

Y encerrad á la manceba.

— Ten esa lengua de vibora

Y no te pases en cuenta,

Que de rendirse á venderse

Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo Don Juan,

Tiró un bolsillo en la mesa,

Y dejó el puesto encajándose

El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche; en el nublado oriente
 Próximo estaba á despuntar el día,
 El viento resonaba tristemente
 Y áspera lluvia gotear se oía.
 Y la noche pasaba,
 Y Margarita en soledad lloraba.
 La ausencia de Don Juan, que no venía.
 Entreabierta tenía su ventana.
 La enamorada niña
 Con la esperanza vana
 De sentirle mejor cuando volviera,
 Y oyendo sus pisadas desde lejos,
 Y alcanzándole á ver con los reflejos
 De un vecino farol presto le abría
 Y al conservado fuego se enjugára,
 Y los húmedos miembros arrecidos
 Al calor agradable restaurára.
 Mas en vano á la reja
 Al percibir pisadas acudía;
 En vano por la lóbrega calleja
 Los tristes ojos con ansia tendía;
 Muchos alguna vez por ella entraban,
 Y unos riendo y otros disputando,
 Huyendo unos tal vez y otros cantando,
 Pasar bajo su reja los veía,
 Mas de ella á largos pasos se alejaban,
 Y con ellos Don Juan nunca venía.
 Hundida la infeliz en su abandono,
 Suspiraba de amor por quien la olvida,
 Por quien su amor pospone y su ternura
 A una caricia sin pudor vendida.
 De la insolente bailarina impura.
 ¡Ay pobre Margarita! Tú sentada

Bajo la reja espesa
 Aguardas á Don Juan desesperada,
 De dolorosos pensamientos presa;
 Tu amor por él de suspirar no cesa,
 ¡Y ojalá no volviera, desdichada!
 Pero ya acelerados
 Pasos de alguno al fin se percibieron,
 Cuanto próximos más precipitados,
 Y más cercanos cada vez se oyeron,
 Y por la calle oscura
 Vió Margarita un hombre que se entraba,
 Cuya negra figura
 Ante su misma puerta se paraba.
 • Él es, • dijo bajando, y no mentía,
 Que era en verdad Don Juan el que venía.
 Él era, sí, por el cruzado embozo
 Asomando el semblante macilento
 Con ceño torvo y fatigado aliento,
 Cubierta de sudor la osada frente,
 Y empuñando el acero refulgente
 Hasta el torcido gavilán sangriento.
 • ¡Dios mío! • dijo al verle Margarita,
 Mas con planta ligera
 Dentro él sin contestar se precipita,
 Y la mirada de la niña evita,
 Salpicando de sangre la escalera.
 Subió tras él la pobre acongojada,
 Y la puerta tras ella asegurando,
 • Tráeis sangre, Don Juan, • dijo aterrada,
 Mas Don Juan si la oyó siguió callando,
 Su roja espada ante la luz limpiando.
 Mudó despues de gola y de vestido,
 Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
 El de sangre teñido,
 Sentóse ante la llama con sosiego,

Diciendo con acento decidido :

• Margarita, á la aurora
Es preciso partir,

— Dónde?

— Lo ignoro,

Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no más; en esta casa
No es posible vivir.

— Pero ¿qué pasa?

— ¡Oh! No es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un león ni un toro,
Poca cosa, señora,
Teniendo libertad, audacia y oro.
— Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que vi me muestra
Que vos necesitáis...

— ¿Yo? ¿Qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito
Y serenad por Dios esa pavana
Que en el rostro mostráis, porque, á fe mía,
Que el asunto es cosa, estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el día.
Oídmelo en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á Don Gonzalo conocías.

— Eso

Bien lo sabéis

— Tenía una maldita
Cabeza el tal y la perdió esta noche;
Mas bebió con exceso,
Y no es extraño que perdiera el seso.
— Pero en fin, ¿qué es el caso?
Que me teneis violenta.
— Me habló de vos, y aunque detrás de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! si quiera.
— ¿Le matasteis? Don Juan, ¡sois un malvado!
— Tal vez tengáis razón: mas bien mirado,
Como si no le mato, al fin me mata,
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á Don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
— Pues que remedio no hay, Don Juan, par-

[tamos.

— Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brío sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos días de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entré dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera :

Posadera. Dios guarde á su merced. ¡Her-
[moso día!
Margarita. ¡Él os proteja, madre! ¿Teneis
[hora?

Posadera. No parece que sois madrugadora.

Margarita. Pues ¿qué hora es?

Posadera. Es casi mediodía.

Margarita. ¿Mediodía!

Posadera. ¿Quereis el desayuno?

Margarita. Sí: mas hacedme la bondad primera
(mere

De decirle la hora al compañero,

Que tiene al sueño á fe bien importuno.

Posadera. Pero ¿de quién habláis?

Margarita. Del caballero

Que ocupa ese otro cuarto.

Posadera. No hay ninguno.

Margarita. ¿Cómo no?

Posadera. El pasajero que ahí había...

Margarita. Que vino ayer.

Posadera. Con vos.

Margarita. Precisamente.

Posadera. Montó á caballo al despuntar el

Margarita. No puede ser. [día.

Posadera. Miradlo.

Margarita. ¿Dios clemente,

Partió sin mí!

Posadera. Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

Margarita. ¿Yo? ¿Justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento

Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,

Se murmuró la historia comentada

Por el curioso vulgo maldiciente,

Y cuando en sí volvió la desdichada,

Soló encontró á su lado

Un hidalgo que acaso acompañado

De su mujer viajaba,

Quien, viendo su hermosura, conculcada

Guardarla quiso la honra con la vida.

• Pobre jóven, la dijo aquella dama,

Cobrad valor, no os deis tan por perdida.

¿A donde quereis ir? •

Margarita. ¿Dónde, señora?

Saberlo me pluguiera,

Yo iria solamente donde él fuera.

¿Sabeis de él?

La Dama. Quién es él?

Margarita. Ese viajero

Que salió con el alba.

La Dama. ¿Un caballero

Mozo y galán?

El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?

Margarita. El mismo justamente.

La Dama. Es de vuestra familia?

Margarita. ¿De mi familia? No precisamente.

Pero si yo supiera su destino...

La Dama. Dijo que de su casa iba camino.

¿Sabeis su casa vos?

Margarita. Sí, es en Palencia.

La Dama. Hasta Dueñas venid, si os acomoda.

En nuestra compañía, y diligencia

Para que os lleven á Palencia haremos

De la mejor manera que encontremos.

Margarita. ¡Ay, señora, quien quiera

Que seais!

El Caballero. ¡Levantad, por vida mía!

Cualquier noble español lo mismo haria.

Ea, venid, que enganchen y partamos.

La Dama. Enjugad esos lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero

De la infeliz y triste Margarita,

Dejaron al momento la posada,
Emprendió hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tortola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se extravió.
¡Ay! ¿Dónde irá Margarita
En su ciega inexperiencia,
Dónde irá sino á Palencia
Do tal vez está Don Juan?
Porque ¿quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?
Era en el fin de una tarde
De Junio, seca y nublada:
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una mujer se veía,
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El tornado porton.
A través de un velo espeso
Con que el semblante cubría,
Los ojos fijos tenía
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,

Donde no asoma un viviente,
Por más que mira, la faz.
Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguía,
Y abrírsele no venía
Dueña, galan, ni doncel.
¿Qué hacía, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita? — Es imposible.
No hay más que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un Don Gil de Alarcon.
¿Serán celos? — ¿Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupa no más
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera? — A tal intento
Propio es el sitio quizás.
Mas nadie llega, y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al léjos el viento,
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.
Y la mujer, sin moverse

Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso,
Siempre mirando al balcón.
¿Quién es? ¿Qué busca? ¿Qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?

¿Es ente real ó es vision?
¡Ay pobre amante olvidada!
¡Ay infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita
Ni compasión te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcón fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcón no saldrá.

Tú ignoras que la hermosa
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta más que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en él esperas por eso,
Cuando él, por un solo beso,
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adiós, ni aún fingido,
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Revierta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;

La calle se inunda en agua,
La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazón.

Margarita, amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde,
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante coro estaba...
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venía con su inocencia
Su corazón á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentía
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y según bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de Don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida

Sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardín,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios, al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y haleguño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fe bañada
Dijo: «¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa,
Cuyo rostro no veía,
Por una luz que traía
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentía,
Ella apenas la veía
Hasta que ante ella llego.
Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita, al mirarla,

Extrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.

- Será novicia (se dijo),
- Habrá al convento llegado
- Desde que yo le he dejado;
- No puede otra cosa ser.

La monja, en tanto, seguía
Los altares arreglando.
Y la seguía mirando
Margarita por detras;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de extrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba más.

Había cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por doquier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan tenue,
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad:
Sólo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa,
Una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un inefable sueño

Le embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al léjos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores,
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Sólo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento,
Hacia la monja, de amor,
Que á su pesar le arrastraba
A distraerla y pedirle
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fe y religion la da.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto,
Mas sin fuerzas para hablar.

• ¿Qué me queréis? • con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja. • ¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?

— Si no teneis más amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al claustro tras mí.

— ¡Oh! imposible!

— Si os importa
Hablar con alguna hermana,

Volved, si gustais, mañana.

— Yo hablára...

— ¿Con quien?

— Con vos.

— Decid pues.

— No sé qué empacho...

La voz al hablar me quita...

¿Cómo os llamais?

— Margarita.

— ¿El mismo nombre las dos!

— ¿Así os llamais?

— Sí, señora,

Y en otro tiempo yo era...

¿Qué oficio teneis?

— Tornera.

— ¿Tornera! ¿cuánto tiempo há?

— Cerca de un año.

— ¿De un año!

— Diez llevo en este convento,

Y en este mismo momento

Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita

Su misma historia escuchando,

Y el tiempo á solas contando

Que oyó á la monja marcar.

Su mismo nombre tenía,

Y su misma edad, y era

Como ella un año tornera,

Y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último

Margarita á su semblante,

Y de sí misma delante

Asombrada se encontró;

Que aquella ante quien estaba,

Su mismo rostro llevaba,

Y era ella misma... ó su imagen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita,
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazón y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparición;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazón.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
• TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AAMPRO,
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ •

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando,
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.

La Reina de los ángeles llevada

En sus brazos purísimos huía,

Y á Margarita huyendo sonreía

Que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire trasparente

En la infinita y diáfana distancia,

Dejando en pos suavisima fragancia

Y rastro de impalpable claridad:

Y al volver á su celda Margarita,

Volviendo á sus afanes de tornera,

Tendió los ojos por la limpia esfera

Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó ádorarle
Y al vital resplandor de su bujía
A un encontró la imagen de María,
Y sus flores aún sin marchitar,
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
Sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

á

MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA
BAJARINA.

L

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquella,
Está solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y está escasa de habitantes,
Pues que sólo entre un convento
Y un caserón viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe,
Sin duda, el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,

Dió en la puerta dos seguid
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Después en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante,
Al reflejo de una luz,
Y tras esto, desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: «¿Quién llama?»
Y el que llamó dijo: «¡Abre!»
— ¿Qué queráis?

— Abre, demonio.

¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
— ¡El es! ¡Jesucristio valme!
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcón, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera

Corrió á su amado altar, se hincó ádorarle
Y al vital resplandor de su bujía
A un encontró la imagen de María,
Y sus flores aún sin marchitar,
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
Sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

á

MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA
BAJARINA.

L

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquella,
Está solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y está escasa de habitantes,
Pues que sólo entre un convento
Y un caserón viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientos sabe,
Sin duda, el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,

Dió en la puerta dos seguid
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Después en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante,
Al reflejo de una luz,
Y tras esto, desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: «¿Quién llama?»
Y el que llamó dijo: «¡Abre!»
— ¿Qué queráis?

— Abre, demonio.

¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
— ¡El es! ¡Jesucristio valme!
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcón, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera

Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los días sólo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere Don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon :
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios que tenía,
Por quien se afaná viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos de él está :
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre, impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su Don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no más del pobre viejo
El acongojado afán.

• Padre, al confesor decia,
Padre, me acosa una idea.

- ¿Cuál es?

- Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.

Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleiteis,
Mozo á los deleites dado,
Él se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora.
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?

Sólo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon. •

Así decia el buen viejo,
De su Don Juan acordándose.
Cuando Don Juan arrojándose
En sus brazos exclamó :

• Ya estoy aquí, padre mio,
• Ya estoy ante vos de hinojos,
• Tornadme, padre, los ojos
• O muero de angustia yo. •

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...

¡ Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin, cayendo
Sin fuerzas le dijo así :
• Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí. •

Sentóse á su lado el hijo,
Y á solas los dos quedando,
Así el padre siguió hablando,
A su fin próximo ya :
• Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

— Lo será.

— Tuyo es cuanto yo poseo,
Sin más condición que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¿ Me juras obedecerme ?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento.
¿ La cumplirás?

— Padre, sí.

¡ Por cielo y tierra os lo juro!
— Pues bien, junto á Torquemada
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás

Cercada de un huertecillo;
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.

Si algún día (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Vén á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y adios, Juan, que á morir voy!

— ¡ Padre!

— ¡ Adios, Juan, hijo mío!

Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando,
Porque Dios te ayudará. •
Y esto dicho, inclinó el padre
Hacia su hijo la cabeza.
Y él la besó con terneza...
Pero no existía ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del día siguiente,
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre

Que en pié, en mitad del camino,
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día
Al campo este hombre salía,
Y del campo se volvía
Poco ántes de oscurecer;
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atras tornando,
Quedábase atras mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se extingue ó se deshace:
El duelo y el placer tienen su tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
Dentro del corazón más amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor más riguroso
Y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores,
Como fuente silvestre que escondida,

Por el sombrío bosque, va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así Don Juan, con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.

Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada día,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenía;
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,

Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando,
Su corazón sediento de delicias.

Volvió á reir Don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.

Sus administradores
Cuentas á darle con afán vinieron
De la herencia feraz de sus mayores.

Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas
Con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió Don Juan los ojos satisfechos
Por el ruiseño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.

«¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia
Estos montones escondidos de oro,

Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones,
O he de hacer de continuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
¿Quedarán, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, ¿dueleme á fe mia!
Pero no es ménos cierto
Que yo también me moriré algun día
Y si la vida á divertír no acierto,
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro más listo cuando me haya muerto
¿Adelante, Don Juan, viven los cielos!
Ménos dicen que son con pan los duelos,
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres;
La riqueza gocemos adquirida.
Y hagamos amistad con los placeres.
Y aquí Don Juan soltando de repente
Ruidosa carcajada,
Que sin duda excitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: • Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna,
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito;
Para amorosos y reñidos lances,
De petardos y cábalas depósito;
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid, es un capricho,

Mas mi padre perdone,
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.
¿Qué distancia en Don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo. En un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco más de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Más ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó Don Gonzalo
Con Don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y Don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atras quien es ella:
Voy, pues, á darte noticias
Del galan que hoy lo corteja.

Es Don Lope un mozo ilustre,
A quien de la edad más tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo,
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
Ee años veinte y dos apénas.
La curia escandalizóse
De tan imberbe colega,
Teniendo á ménos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza;
Y sus vuelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magníficas libreas,
Apararon los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes
De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion

La ojeriza golillesca;
Mas él, despues de humillarlos,
Dióles no más por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos,
Con tamañas excelencias
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó, pues, infatigable
Tras damas de vida incierta,
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan:
Para lo cual de alguaciles
Tenía en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Exponiéndole en su defensa

Que así atendia celoso
De la corte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuano hay necesario y útil
En esta vida terrena.
;Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que más firme parece
Por fragilidad se quiebra:
Este Don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas,
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozueta
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta :
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Excusada y solitaria,
Fingiéndose tomar las señas
De cualquier casa, tendía
Por el embozo tras ella
Cos encandilados ojos,
Y ; qué cintura ! ; qué pierna !
; Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja...
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera !
Mas no eran todas las gracias

Del jóven golilla éstas :
Había otra que era en él
Costumbre y pasión violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Además de las bolerías,
Porque siempre apetecemos
Lo que más lejos se muestra,
Lo que menos encontramos,
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas más opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas,
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,

Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre.
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y da académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo,
Como dice la comedia.

Y si á Don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas, Diana,
Y sobre Diana, Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen Don Lope dió en tierra:
¡Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró Don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas

A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas,
Corredoras de placeres
Y lebreles de monedas:
Y, en fin, por pasos contados.
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto más, cuanto que á ser
La cosa de otra manera,
Hubiera bailado un solo
Con música de la Empresa.
Pues los golillas de entonces,
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tel estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con Don Lope, él visitandola
Y recibiendo ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobreceña
Cruzándose las sonrisas
Por detras de las botellas,
En el más dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente.
Y entróse Don Juan por ella,
Y diciendo *Buenas noches*,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,

Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.

Así estuvieron un punto,
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia,
Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta.
Cambió del todo por último
La situacion de la escena.
Cesó de reir Don Juan,
Y dijo de este manera :
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

D. Juan. Sepamos con quien se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo Don Juan de Alarcon.
¿Quién sois vos en esta tierra?

D. Lope. Ya hidalgo me habeis llamado.

D. Juan. No tengo aún más que sospechas
De que sois tal por el traje
Y vuestra barba de á terciá ;
Mas no es esa la pregunta :
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Yo os haré la delantera,
Que es bien que ántes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.

Ahora bien, sin más rodeos.
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno.
¿Quién, pues, se va y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta ;
Si lo debeis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva,
Y ó al que le toque la pierda,
O quien dé más se la lleva,
O de quererla los dos,
Espada en mano y afuera.
Elegid.

El juez que en tanto
Todas sus razones pesa
Y en todo eyento prefiere
No dar razon de quien sea,
Dijo : « Convengo en tirarlo
Al azar.

— En hora buena. •
Y echando Don Juan al punto
La mano á las faldriqueras,
Dijo al sacarla : « Veamos,
Yo dejo el puesto si acierta.
¿ Hay pares ó nones ?

— Pares. •
— Contad, pues, esas monedas. •
Y echó Don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
• Perdí, • dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,
Dijole : • Meted espadas
Si losoros no os contentan.
— A poder en este instante

¡ Juro á Dios que las metiera !
— ¡ Qué inconveniente teneis ?
Declaradle con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo,
Ninguno me mete prisa. »
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas,
Chispeándole los ojos
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

Sirena. Señor Don Juan, ¿ qué habeis hecho ?
Todo lo habemos perdido.

D. Juan. ¿ Pues quién es, es tu marido ?

Sirena. No.

D. Juan. Pues justo es mi derecho.

Ya viste que le propuse

Para adquirirse tu amor,

Azar, dinero y valor :

No hay, pues, de qué se me acuse.

Sirena. ¿ Ay Don Juan, que lleva ese hombre
La intencion más depravada !

D. Juan. ¿ Acaso estoy sin espada ?

Sirena. Cuando yo os diga su nombre
Temblaréis.

D. Juan. ¿ Su nombre acaso

Es un volcan ó una mina,

Que está ardiendo á la sordina

Y esperando nuestro paso ?

Sirena. Ese hombre á quien provocais

Es el alcalde Aguilera.

D. Juan. No me parece una fiera.

Sirena. ¿ Ay de vos si con él dais !

D. Juan. ¿ Y ay dél si conmigo da !

Mas niñerías aparte,

Puesto que vuelvo á encontrarte,

Dí, niña, ¿ cómo te va ?

— Bien, ¿ y á vos ?

— Famosamente.

— ¿ Y Margarita ?

— No sé,

¡ Vive Cristo ! ni quién fué

La tal mujer.

— Bravamente.

— ¿ Y Don Gonzalo ?

— ¡ Buen lance

El suyo ! ¡ y qué bien riñó !

Mas para otro mundo echó.

Y ya el diablo que le alcance.

— ¿ Le matasteis ?

— ¿ Y qué hacer ?

Se empeñó en hallar venganza

A causa sin esperanza.

¡ Qué habia de suceder !

— ¡ Pobre muchacho !

— ¡ Eh ! dejemos

En paz á quien ya no existe,

Y que no llegue lo triste,

Sirena. á tales extremos.

¿ Que te importa Don Gonzalo ?

Mientras yo contigo esté,

Paréceme, por mi fe,

Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos

A la luz de la bujía,

Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso. —

Y esto hablando

Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Más alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

—
Apénas las nueve daban
De la mañana siguiente,
Y Don Juan con la Sirena,
En pláticas bien alegres,
Concluido el desayuno,
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo; • Señor, salvaos!
— ¿Qué dices, loca?

— Que vienen

A prenderos.

— ¿A mí?

— A vos.

Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.

— Sirena, ¿qué enredo es éste?

— ¡Ay!; huid, Don Juan, huid!

Y no extrañéis que os recuerde

La muerte de Don Gonzalo.

— ¡Vive Dios!

— Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.

— ¡El!; por la vida mía!; que éntre!

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, Don Juan.

— ¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente

Su larga espada Don Juan,

A abrirles la puerta fuése.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles,

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes;

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro Don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre Don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece;

El cual con sonrisa doble,

Que harto á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y Don Juan á él de esta suerte:

• ¿Quién es Don Juan de Alarcon?

— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

— Que se dé al rey.

— ¿Con qué causa?

Hoy Su Majestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.

— No intente,

Señor galán, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Busto
He sido yo algo pariente.

— ¡Hola! ¿Sabéis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intentéis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezele,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.

— ¡Ea, manecbo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

— Norabuena,

Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.

— Pues á él, ministros, prendedle.

— Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo Don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.

En vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
Él tira siempre de frente,
Y en dos minutos despeja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Ireno,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse;
Quien huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quien oye estúpido y mira,
Quien bravea sin moverse,
Desde la calle entre tanto,
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Órdenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse,
Se desgahitan de miedo.
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar jinetes,
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncadas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse,
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro Don Juan,
Y en tal posición se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pie de terreno pierde.
Da, cía, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiera,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete
Cayó Don Lope y los otros
Que por él lidian al verle
Doblaron contra Don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él que ve su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,

Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entonces Don Juan, que nunca
Su peligro desatiende
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcón que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque Don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerte.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle excusada,
Para su posada fué.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.
Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ellos que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de Don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:

Condenóse allí á D. Juan
A morir, si se le hubiere;
Mas nadie pensó en buscarle,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.
Con que *se salva quien corre,*
Y acierta quien se defiende;
Y esta visto, *la fortuna*
Sólo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al espirar el día
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedía,
Y de la tierra que á lo lejos vía
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de pérdida espuma.

Y aun se podían distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,

Cuando en cóncavo són tronó imprevisto
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente,
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar riela.
Se la mira bogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va, país de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va Don Juan, ¿á dónde iría
El osado y amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí, porque en Italia mora
El amor, la mollicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora,
Altars levantando á la belleza.

A Italia va Don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atras queda y burlada la justicia,
Atras los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia,
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quienes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos;

Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.
A Italia va Don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda;
Sólo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

• Mientras es jóven, dice, mientras lleve
• Deseo el corazon y oro el bolsillo,
• Lanzarse el hombre á los deleites debe
• Del sol de su fortuna al falso brillo.
• El placer es mi Dios; mi alma desea
• Para sólo gozar larga la vida;
• Cuando sin oro y sin placer la vea,
• Como una inútil prenda envejecida,
• Con estoica calma indiferente
• Despojaréme de ella, convencido
• De que al qué un aura de placer no aliente,
• Le debe de bastar lo que ha vivido. •
Tal es Don Juan, y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce;
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento;
Gozar sólo es vivir, de ello deduce.

A Italia va Don Juan; ¿y adonde iría
En verdad el amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia Don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle basta Italia no ha podido;
Lo cual bien sabe Dios que me contrista.
Porque no es *conclusion* para una historia
Acabar en un viaje.

La vida y la memoria
De su más importante personaje.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir más dél, es un exceso
De historiador sin seso;
Porque si al ménos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero sólo nos dijo

A Italia fué, de donde yo colijo
Que fué este historiador un calavera.
Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
Y á darte gusto aspiro,
Tras el fin de Don Juan un año anduve,
Crónicas y memorias resgistrando,
Manuscritos y sabios consultando,
Mas nada de Don Juan á manos hube.
Hasta que al fin, pasando por fortuna,
Y há poco, por Palencia,
Topé con la ocasion más oportuna.

Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por los ojos de su abuela vista
Una historia, que á fe que si no era
De Don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista. ®

A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,
Y aunque de su verdad no desconfío,
A Dios plazca, ¡oh lector! que como el mio
Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

Seis años había durado
Del bravo Don Juan la ausencia,

Y su memoria en Palencia
Con ellos se había borrado.
Mientras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes, que habían venido
A manos de gente extraña.
Y en fin, el mozo expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo,
La hacienda que había heredado.
Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra había,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.
Puessin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes,
Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.
Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
Nadie se volvió á meter
En más averiguaciones,
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la casa de Alarcon.
Cuatro paredones, esto

Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias extrañas.
Tal es la vida, lector:
Quien mete en ella mas ruido,
Cae más pronto en el olvido.
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio Enero, venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.
Traia el ceño fruncido,
A traves del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
Una daga milanese
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
Todo el resto de su traje
Igualmente convenio
A hombre que más no tenia
O á un hombre que va de viaje.
Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera

Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza,
Que inspira cierta franqueza,
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda;

Pero si pasa y saluda,
Vuélvese uno á contemplarle;

Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,

A par que causa alegría
Que franco el paso no deje.

Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos parece bien,

Pero muy de cerca mal.

El, en tanto, sin curar

De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado

Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida

Tomó una senda que á un valle

Por las viñas se abre calle

De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado

Que está con hierba y ramaje,

No parece aquel paraje,

En verdad, muy transitado,

El sigue siempre constante,

Como quien sabe el destino

A que conduce el camino

Que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos

Y el enredado zarzal,

Con el pié ó con el puñal

Apartando los tropiezos,

Y llegó al fin de la cuesta

Do se veía en la hondonada

Una casilla olvidada,

Ya ruinosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo

Musgo y de hierba silvestre,

Rodeaba esta campestre

Casa un corto huertecillo.

Ya en él no había señales

De manos de jardinero,

Y el plantío y el sendero

Eran sin cultivo iguales.

Sólo en su centro se vía,

Sobre un monumento alzada,

De piedra una cruz labrada,

Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,

Y ya por respeto fuese,

Ya por temor que sintiese,

Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos

Permaneciendo un instante,

Aunque sereno el semblante,

Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,

Al cabo del cual alzándose

Con el sepulcro encarándose,

Dijo así con triste acento :

- Padre, al morir me dijisteis :
- Si algun día tus locuras
- O imprevistas desventuras
- Te roban cuanto te doy,
- Vén á mi tumba escondida,

• *Que en mi sepulcro, al postrarte*
• *Mi sombra saldrá á ayudarte...*
• Cumplióse así, y aquí estoy.
• Rompe, pues, sombra adorada,
• Esa piedra que te esconde,
• Y á mis suspiros responde
• Momentánea aparición;
• Dime, si, que desde el cielo
• Do mi padre habita ahora,
• No me lanza aterradora
• Su terrible maldición.
• Calló aquí un punto, y besando
La lápida, con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya:
• ¡Quimeras!... nunca los muertos
• Salen de la madre tierra
• Que avara en su vientre encierra
• El polvo que sér nos da.
• Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aún para hacer una hoguera
Y procurarse calor.
• Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires, de repente,
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono:
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no más:
Y, do quier que los tendia,
Sólo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamás.
La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenía ya enmohecidos
Los aposentos do quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.
Las puertas al empujarlas
Desvencijadas codian,
Porque apenas mantenian;
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hacia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada van.
Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.
Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece

Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto,
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.
Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldición:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazón.
A veces se cree que llora,
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.
En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.
Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salón oscuro
Cuyo fondo daba entrada

A otra fábrica apartada
Que no había visto hasta aquí.
Daba de la casa á un ángulo
En que estriba, un aposento
Que parece en su cimiento
Más seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciarla.
Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algún resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.
Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo ménos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algún objeto
Difícil de adivinar.
No había de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Más meuble ni más adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solución.
Abrióla aquel hombre, acaso

Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna;
Ansioso de ver si allí
Algún secreto encontraba
Que influyera en su destino;
Mas sólo halló un pergamino
Escrito, y decía así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS VA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y A TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECES TE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTÉ MEJOR.
Quedóse Don Juan atónito,
Pues no era otro el que leía,
Ni era otro el que escribía
Sino su padre Don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebató febril.

Y vió que había en el techo
Una escarpiá asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.
No había en él más que juegos,
Pendencias y desafíos,
Disolutos amores,
Y crímenes por do quier.

Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida mujer,
Asesinado el amigo,
Allá en la sombra moría
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad
Allá la livida sombra
Del desdichado Aguilera
Salía rabiosa y fiera
De la oscura eternidad

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier,
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impia sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,
Venían desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algún crimen atroz;
¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas,
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar;
Y ¡miseró Don Juan!
Adonde quiera que mira
Ve un espectro que con ira

Viene su alma á demandar:

¿Y su padre? no, no hay duda:

Al ver de Don Gil la letra

El cruel destino penetra

Reservado para él:

Y sintiendo la conciencia

Que le despedaza el pecho,

Dijo de pronto: « Esto es hecho.

Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazo á una punta,

El arca arrastrando trajo

Hasta ponerla debajo

De donde la escarpia está:

Y atando un extremo en ella;

Y en su cuello el otro extremo,

Maldijo Don Juan su estrella

A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,

Disminuyó cuanto pudo

El espacio que del nudo

Hasta su cuello quedó:

Y entónces, segundo Júdas,

Con habla ya enronquecida,

Así de la alegre vida

Diciendo se despidió

• Teneis razon, padre mío,

• Ya otra cosa no me resta;

• Para una vida como esta

• Mucho mejor es morir.

• ¿Teneis razon! Gran regalo

• Me dejais, y le merezco;

• Ea, pues, ya os obedezco.

• ¡Abra Dios mi porvenir!

Tras cuyas impías palabras,

Con los piés la arca empujando.

Quedó el mísero colgando

Blasfemando de su Dios:

Mas no bien gravitó el cuerpo

En la escarpia, cuanto al punto

Hierro y cordel todo junto

Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo

La carcomida techumbre,

Y ompolvada muchedumbre

De escombros bajó detras.

« ¡Malditos maderos viejos!

Exclamó Don Juan alzándose,

Mas en su plan afirmándose,

Dijo: « Un árbol valdrá más.

Mas mirando al techo al irse

Por azar, cual fué su asombro

Cuando pegado á un escombros

Otro pergamino vió,

Que á un lado manifestaba

Un cerrado cofrecito,

Y en él se veía escrito

Esto que Don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!

HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,

TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,

Y MIRA LO QUE A SER VAS:

TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE

QUE CUANDO YA NADA TENGAS,

SERA FORZOSO QUE VENGAS

POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,

En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
También yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó.

Me juró, como hombre honrado
Que había despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo:
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo.
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refrán se lo dirá.

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

1.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran.
Entre la cruz y la cúpula,
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados

En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
También yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó.

Me juró, como hombre honrado
Que había despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo:
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo.
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refrán se lo dirá.

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

1.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetera no murmura,
Y las veletas no giran.
Entre la cruz y la cúpula,
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados

Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre las sombras confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardos ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura

El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Medita ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
— ¿Quién va! — Y á corta distancia
El igual compas se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz ménos robusta
Responde: — Un hidalgo, — ¡Calle!
Y el paso el bulto apresura.
— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved más bien si me haréis calle
(Repitieron con medida)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone:
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama interior alumbra,
— ¡Mi padre! — clamó en voz baja:
Y el viejo en la cerradura
Metió en la lave pidiendo

A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detras la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron en el embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
Tiende galán por sus márgenes,
De sus álamos y huertos

El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De principes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entónces
Era un plantel de zahares.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,

Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los Padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambrón y Visagra
Los caminos desiguales,
Camino á los Toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á síguen aguardase.
Los tímidos aceleran

Los pasos al divisarle;
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonosa danzen.
Una mujer también sola
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del tallo,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterias
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

« Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quién mancha mi honra
Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme. »
Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo

Repuso palabras tales :
• Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes ;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
Con honra mía se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen,
— Júralo, — exclamó la niña.
— Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
— Diego, la palabra es aire.
¡ Vive Dios que estás tenaz !
Dalo por jurado y baste.
— ¡ No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flándes.
— ¡ Voto á Dios ! ¿ que más pretendes ?
— Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.
Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hacia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,

Y haciendo Ines que Martínez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle : — Diego, ¿ juras
A tu vuelta desposarme ?
Contestó al mozo : — ¡ Si juro ! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había,
Mas de Flándes no volvía
Diego, que á Flándes partió.
Lloraba la bella Ines
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galán su mano.
Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.
Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero*.
¡ Ay del triste que consume
Su existencia en esperar !
¡ Ay del triste que presume
Que el duelo con que el se abruma

Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos

Precioso y funesto dón,

Pues los amantes desvelos

Cambian la esperanza en celos,

Pue abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,

Es un consuelo en verdad;

Pero siendo una quimera,

En tan frágil realidad

Quien espera desespera.

Así Ines desesperaba

Sin acabar de esperar;

Y su tez se marchitaba,

Y su llanto se secaba

Para volver á brotar.

En vano á su confesor

Pidió remedio ó consejo

Para aliviar su dolor,

Que mal se cura el amor

Con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía,

Llorosa y desconsolada;

El padre no respondía,

Que la lengua le tenía

Y propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,

Callando el padre severo

Y suspirando la bella,

Porque nació mujer ella,

Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron

En esperar y gemir,

Y las guerras acabaron

Y los de Flándes tornaron

A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,

Un mes y otro mes pasó,

Y el tercer año corría;

Diego á Flándes se partió,

Mas de Flándes no volvía.

Era una tarde serena,

Doraba el sol de occidente

Del Tajo la vega amena;

Y apoyada en una almena

Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas

Las riberas azotando

Bajo las murallas solas,

Musgo, espigas y amapolas

Ligeramente doblando

Algun olmo que escondido

Creció entre la yerba blanda,

Sobre las aguas tendido

Se reflejaba perdido

En su cristalina banda.

Y algun ruiñenol colgado

Entre su fresca espesura

Daba al aire embalsamado

Su cántico regalado

Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores,

Tornasolada la escama,

Saltaba á besar las flores,

Que exhalan gratos olores

A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo

El torreón se dibuja

Como el conterno redondo

Del hueco sombrío y hondo

Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba

El rigor de su fortuna,

Y así la tarde pasaba

Y al horizonte trepaba

La consoladora luna.

A lo lejos por el llano

En confuso remolino

Vió de hombres tropel lejano

Que en pardo polvo liviano

Dejan envuelta el camino.

Bajó Inés del torreón,

Y llegando recelosa

A las puertas del Cambrón

Sintió latir zozobrasa

Más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero

Dejó ver la escasa luz

Por bajo el arco primero

Un hidalgo caballero

En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,

Banda azul, lazo en la hombrera,

Y sin pluma al diestro lado

El sombrero derribado

Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,

Bota de ante espuela de oro,

Hierro al cinto suspendido

Y á una cadena prendido

Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete

Sobre potros jerezanos

De lanceros hasta siete,

Y en adarga y coselete

Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés

Gritando : — ; Diego, eres tú ! —

Y él viéndola de traves

Dijo — ; Voto á Belcebú,

Que no me acuerdo, quién es !

Dió la triste un alarido

Tal respuesta al escuchar,

Y á poco perdió el sentido

Sin que más voz ni gemido

Volviera en tierra á exhalar

Frunciendo ambas á dos cejas.

Encomendóla á su gente,

Diciendo : — ; Malditas viejas !

Que á las mozas malamente

Enloquecen con consejas ! —

Y aplicando el capitan

A su potro las espuelas

El rostro á Toledo dan,

Y á trote cruzando van

Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines

Dispone y permite el cielo

Que puedan mudar al hombre

Fortuna, poder y tiempo.

A Flándes partió Martínez.

De soldado aventurero,

Y por su suerte y hazañas

Allí capitan le hicieron.

Segun alzaba en honores

Alzabase en pensamientos,

Y tanto ayudó en la guerra

Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armé en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de Lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo,
Olvidó su nombre mismo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias,
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porflaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego

No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella ántes que la asieran,
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hácia Martínez volviendo :
« Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.
Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
A pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entónces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,

Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un téntrico escribano
Solfea una apelacion.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropon,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde són
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos : — ¡ Justicia,
Jueces, justicia, señor! —
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon;
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo :

— Mujer, ¿ qué quieres?
— Quiero justicia, señor.
— ¿ De qué?
— De una prenda hurtada.
— ¿ Qué prenda?
— Mi corazon.
— ¿ Tú le diste?
— Le presté.
— ¿ Y no te le han vuelto?
— No.
— ¿ Tienes testigos?
— Ninguno.
— ¿ Y promesa?
— ¡ Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeño.
— ¿ Quién es el?
— Diego Martínez.
— ¿ Noble?
— Y capitán, señor.
— Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró. —
Quedó en silencio la sala,
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado són.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo : — El capitán Don Diego. —
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
— ¿ Sois el capitán Don Diego,
Dijole Don Pedro, vos? —
Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

— Yo soy.

— ¿Conoceis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error.

— ¿Hicisteis la juramento

De ser su marido? —

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?

— Sí juro. —

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! — clamó Inés llorando

De despecho y de rubor.

— Mujer, ¡piensa lo que dices!...

— Digo que miente, juró.

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno.

— Capitan, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudará de vuestro honor. —

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme grito :

— Llamadle, tengo un testigo

Llamadle otra vez, señor. —

Volvió el capitan Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcón,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió :

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razon. —

— ¿Quién?

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó.

Mirándonos desde arriba.

— ¿Estaba en algun balcon?

— No, que estaba en un suplicio

Donde há tiempo que espiró.

— ¿Luego es muerto?

— No, que vive.

— Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

— El Castro de la Vega,

A cuya faz perjuró. —

Pusiéronse en pie los jueces

Al nombre del Redantor.

Escuchando con asombro

Tan excelsa apelacion.

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor.

Y Diego bajó los ojos

De vergüenza y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse diciendo

Con respetuosa voz :

• La ley es ley para todos.

Tu testigo es el mejor,

Mas para tales testigos

No hay más tribunal que Dios.

Harémos... lo que sepamos;

Escribano, al caer el sol

Al Castro que está en la Vega

Tomaréis declaracion. •

VI.

Es una tarde serena,

Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte

Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.
Allá por el *miradero*
Por el Cambrón y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,

Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tieno á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:

- *Jesus, Hijo de Maria,*
- *Ante nos esta mañana*
- *Citado como testigo*
- *Por boca de Inés de Vargas,*
- *¿Jurais ser cierto que un día*
- *A vuestras divinos plantas*
- *Juró a Inés Diego Martínez*
- *Por su mujer desposarla?*
- Asida á un brazo desnudo

Una mano altirazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires • ¡Si Juro!
Clamó una vos más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propió
Diego Martínez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

PARA VERDADES EL TIEMPO

PARA JUSTICIA DIOS.

TRADICION.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,

Una mano altirazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires : ¡Si Juro!
Clamó una vos más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propió
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

PARA VERDADES EL TIEMPO

PARA JUSTICIA DIOS.

TRADICION.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
En valor y en osadia
Pero en fama de hidalguia
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,

Ojo inquieto, torvas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Más villana catañura.

Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De són de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho más que á su valor.

Presentóse há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mujeres
Más falso que caballero.

Hoy pasa, pobre y oscuro,
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
Que vivió de malvivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuales ó de qué modos.

Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Méno8 rigida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasia,
Mozo de más cortesía
Y más bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados,

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela más de galan
Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid mujer
Que un agravio recibiera,
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes, por concluir,
Fáltame sólo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura,
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para mujer de su honor

Palabras de amor no halla.
El con ánsia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el impetu de mozo
Ante su virtud se templa.
Que es tan dulce su mirar,
Que su luz por no perder,
Cuando se quizo atrever
Sólo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento,
Que para no interrumpirle,
Tener es fuerza al oírle
Con los labios el aliento.
Medina, que fué soldado
Sobre Flándes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,
Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.
• Eso sí, ¡por san Millán! •
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Como su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazón
A cada paso que daba,
Y frotábase ambos manos

Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacían sitio
Porque cerca no pasara,
Qué, según iba resuelto,
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
• Nos casarémos mañana •
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una tercia
Echóla un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hosteria
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
• Cuanda acabes, dos palabras •
Recogió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: • ¿Qué pasa? •
— Me caso • dijo Medina,
Mírole Juan á la cara,

Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
— ¿Qué piensas, preguntó Pedro.
— En tí y tu mujer pensaba, —
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada :
— ¡Supondrás que es Catalina?
— Y lo siento con el alma.
— Cómo! — Porque tengo celos.
— ¡Por San Millán! — Yo la amaba.
— ¡Y ella? — Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme... — ¡Acaba!
— Para decirle mi amor
Escribirla hoy una carta.
Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba,
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve
Negocio que aflige y cansa,
Pidió papel y tintero
Diciendo á Juan: — ¡Por mi alma
Que en mi vida en tal apuro
Vacilar tanto pensaba;
Y á no serte tú quien eres,
Metiéralo á cuchilladas;
Pero escribe, y que responda
A cual de nosotros mata.
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
— Echemos, dijo, los dados
Y al que la mayor le caiga
Si es á mí la escribo al punto,
Si es á tí, Pedro, te casas. —
Tiró Juan y sacó nueve;

Y asiendo el vaso con rabia,
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba,
Parten la calle en silencio,
Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mi pensar los celos
Delirio, pasión ó mal,
A cuya influjo fatal
Llorarán los mismos cielos.

A manos de tal pasión
El más cuerdo desespera,
Pues quien con celos esperar
Atropella su razón.

Si con celos esperar
Es importuna porfía,
Ceder celoso en un día
Cuanto se amó, no es amar.

De celos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son celos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.

Y así con celos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con celos ceder
Es igual que delirar.

Si otro más favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor, no.

Porque en quien goza favor

Sobra tal vez confianza,
Y celos sin esperanza
Suelen guardar más amor,
Si favor nunca tuvimos.
Aun es suerte más cruel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.
Y así pienso que son celos,
Delirio, pasión ó mal,
A cuyo influjo fatal
Llorarán los mismos cielos.
Por eso llora Juan Ruiz,
Celoso y desesperado,
El bien que Pedro ha ganado
Más galán ó más feliz.
Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin miran que no está en ellas
Su amante fatalidad.
¡Oh, que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da celos
Entróle ayer por los ojos.
• Y por qué no me atreví,
Clama el triste en su aflicción;
• Y hoy acaso esta pasión
Pudiera arrancar de mí?
• Mas volveré, ¡vive Dios!
• Pero qué he de conseguir
Si la he dejado elegir
Marido de entre los dos?
• Y á su despecho tornando,
Semejábase en su afán
Una fiera á quien están
Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz
Cruzaba el cuarto sin tino,
Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.
Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pié violento
El pavimento ruinoso.
Iba adelante y atrás
Sin reflexion que le acuda,
A la par pidiendo ayuda
A Cristo y á Satanás.
Túvose un momento al fin;
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.
Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió:
En esto dobló un reloj
En una torre las diez.
Entónces quedando fijo
Exclamó en la oscuridad:
• Hoy se casan, es verdad,
Hace un mes que me lo dijo.
• Ciño con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la ventura
La vuelta del Matadero.
Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.

Un balcon abierto á medias,
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso són.
Se oye el compas fugitivo
Que llevan con pié veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Después de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello,
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturón,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro le regaló,
Lleva en una cruz de oro

La imagen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazon.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entónces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su són,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion,
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos
Más bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida,
A merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazon.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,

Húmedos los negros ojos
 Con tiernísima afición.
 Él diciéndola, • ¡Alma mía! •
 Diciéndole ella, • ¡Mi sol! •
 Entre el són de ardientes besos
 De regalado sabor.
 En esto en la estrecha calle
 Temible ruido sonó
 De voces y cuchilladas
 En medrosa confusion,
 Y al angustiado lamento
 De uno que grita : • ¡Favor!
 ¡Ayudadme, que me matan! •
 Pedro á la calle bajó
 Con el estoque en la diestra
 Y en la siniestra el farol.
 Asomóse Catalina
 Amedrentada al balcon
 Llamando á Pedro afanosa
 De algun daño por temor.
 Alzó Medina la cara
 Y la luz con ella alzó,
 Pero apenas al reflejo
 Dió en el rostro de su amor.
 Una estocada traidora
 Por el costado le entró.
 Lanzó un grito el desdichado
 Que partía el corazon,
 Lanzó la hermosa un gemido
 De intensísimo dolor,
 Y el moribundo Medina
 Volviendo el gesto á un rincón,
 Hacia una imagen de Cristo,
 De quien devoto vivió,
 Dijo espirando. • Soy muerto.

• ¡Acorredme, Santo Dios! •
 Y quedó tendido en tierra
 Sin movimiento y sin voz.
 Alzóse á su lado un hombre,
 Y exclamando con pavor
 • ¡Maldita sea mi alma! •
 Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
 Uno, dos, tres, hasta siete,
 Embozada en el misterio
 Aquella impensada muerte.
 En vano acudieron pronto
 Vecinos á socorrerle,
 Para vengarle los hombres,
 Para mentir las mujeres.
 En vano salieron unos
 Casi desnudos á verle,
 Y otros salieron jurando
 Armados hasta los dientes.
 Nada sirvieron entonces
 Ni jabones ni broqueles;
 Medina quedó sin vida,
 Y sin justicia el alve.
 En vano son las pesquisas
 De los irritados jueces,
 En vano son los testigos,
 Las citas y los papeles.
 En vano el caso averiguan
 Una, dos, tres, quince veces;
 Cada vez más se confunden
 Los golillas y corchetes.
 En vano sobre la rastra

Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pendeneías más de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el alevé.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas y días,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo: «Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.»
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante,
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algun viviente
A través de la reserva
Y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,

Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente.
Y el talisman de la risa
A sus labios transparentes,
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen,
Que la vida con que vive
Soló á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretexto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entónces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienesp.
Cruza azaroso la calle
Como si álguien le siguiese.
En estas conversaciones,
Cada vez menos frecuentes,
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afán y desvelos,
De tan rendida fineza,

Escuchó á Juan una tarde,
 Los ojos fijos en tierra,
 Dulces palabras de amores
 De la balbuciente lengua.
 Instó un día y otro día,
 Quedó siempre sin respuesta,
 Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
 Volvió á su silencio ella,
 Pasóse un mes y otra mes,
 Y tornó Ruiz á su tema,
 Y tornó á callar la niña.
 Entre enojada y risueña.
 Mas tanto lidió el galán,
 Tanto resistió la bella,
 Que al cabo la linda viuda
 Dijo á Juan de esta manera :
 • Puesto que es muerto Medina,
 • ¡ Dios en su gloria le tenga !
 • Y por siete años cumplidos
 • Mi fe le he guardado entera,
 • Y él ha visto nuestro amor
 • Allá de la vido eterna,
 • Os daré, Juan Ruiz, mi mano
 • Y mi corazón con ella.
 • Amigo de Pedro fuisteis,
 • Y yo os debo la existencia;
 • Con que es justo, á mi entender,
 • Os cobreis entrambas deudas.
 Pusóse Juan Ruiz de hinojos
 A los piés de la doncella,
 Y asiéndola las dos manos
 Humildemente las besa.
 Acordáronse las bodas;
 Mas Catalina aconseja
 Que sean cuando él quisiese,

Pero que sin ruido sean.
 Las malas mañás ó antojos
 O tarde ó nunca se dejan,
 Y Juan en su mocedad
 Gustó de bulla y de fiesta.
 Así, aunque pocos, convida
 Para que á las bodas vengan;
 Buscó unos cuantos amigos
 Que le alegráran la mesa.
 Trajo vinos los mejores,
 Y viandas las más frescas,
 Y apuntó por hora fija
 De noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 De cabezas de ternera,
 Y asábalas con tal maña
 Que á cualquier gusto pluguieran.
 Gozaba en esto gran nombre
 Entre la gente plebeya,
 De tal modo que le daban
 El apodo de *Cabezas*.
 Ocurriólo á media tarde
 Darse á luz con tal destreza,
 Y embozándose en la capa
 Salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 En el Rastro una becerra,
 Compró el testuz y cubriólo
 Asido por una oreja.
 Volvió á doblar el embozo,
 Y contento con la presa,
 De la calle en que vivía
 Tomó rápido la vuelta.
 Iba Juan Ruiz con la sangre
 Dejando en pos roja huella

Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras,
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja,
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca,
El siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
El siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincón embutida
A la luz de una linterna
De Cristo crucificado
Se ve la imagen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.
• ¡Fuera el embozo! gritaron:
Muestre á la luz lo que lleva.
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas
A una memoria terrible
Cuanta sangre hervía en ellas.
• ¡Fuera el embozo! • repiten,
Y él, acongojado, tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea,
Deshiciéronle el embozo,

Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
— • ¡Acorredme, Santo Dios! •
Grita aterrado, y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
• ¡Yo le maté! clamó entonces,
Hoy há siete años, por ella.
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y así fué: que aquella noche
De sangrienta confusión,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó,
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor,
Como un iman á una aguja
Arrastra constante en pos,
Como una serpiente á un pájaro,
A una patoma un halcón
Entorpecen y fascinan
Sin que ala ni pié velez
Para huirle les acidan;
A impulsos de su pasión
Anduvo así Juan vagando
De la fiesta en derredor,
Y oía por las ventanas
De danza el confuso són,
Y vía cruzar las sombras

Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
Así lloraba acosado
De sus celos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor :
Cerróse en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razon,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
Y Catalina al balcon
De la suerte recelando
Acelerada salió.
Mas al ver cual afanosa
Curaba ella de otro amor,
Cegaron á Ruiz los celos,
El despecho le embriagó,
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol,
Matóle á la faz de Cristo
Como villano á traicion.
De entónces, en les siete años,
Despues del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo.
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasion
De mostrar que hay infalibles
Tribunales sólo dos
De irrevocable sentencia,
Sin cotos ni apelacion :
Para verdades el tiempo,
Y para justicias Dios.

GLORIA Y ORGULLO.

¡ Léjos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre !
¿ Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza ?
Una carrera larga é importuna,
Más fatigosa cuanto más se avanza.
Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilita
Alebro de raquíticos placeres,
Léjos de mí. — No basta á mi reposc
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.
No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos vilos la menguada tropa,
Ni las llaves de espléndido tesoro.
De un Dios hechura, como Dios concibo ;
Tengo aliento de estirpe soberana ;
Por llegar á gigante enano vivo ;
No sé ser hoy y perecer mañana.
Yo no acierto á decir « la vida es bella, »

Y descender estúpido al ovido;
Amo la vida, porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido
De esa inmensa pasión que llaman gloria
Brota en mi corazón ardiente llama,
Luz de mí ser me abrasa la memoria,
Voz de mí ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema.
Ambición de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,
Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
Sólo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Sólo el murmullo de la excelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blanco insomnio se adormece el alma
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apéles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por ésas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma,
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento extinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cineel aborta
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volumen carecomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones,
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menean,
De la tórtola triste el ronco arullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veó las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,

O azota sus escombros amarillos.
; Oh! si sentís esa ilusion tranquila.
Si creéis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;
Si al són gozáis de mi cancion que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;
Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonréis cuando de amor delire;
Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el es espíritu á deshora;
Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo extraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;
Si alcanzáis en mi pálida mejilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;
Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa
No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
; Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria!
; Gloria! madre feliz de la esperanza
Mágico alcázar de dorados sueños,

Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüenos,
; Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oído,
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido,
; Léjos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra,
Cuando el aura vital falta en el hombre!
; Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Pindaro y Homero.

EL RELOJ

Es una verdad que parece sueño.

Quando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compas;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazón se estremece,
Que según el tiempo crece,
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde despues,
¡Tremenda cosa es pasando
Oír entre el ronco viento.
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel
El són triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblemática,
Que ésta como una anatema,
Colgado en una pared,
Rostro de un sér invisible,
En una torre asomado,
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De ménos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera,
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reloj;
El sol alumbra las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga y rie y canta

De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detras de la esfera
Algun espíritu yace,
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna,
Alla en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana,
Angustiado el moribundo,
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sárdónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito

De nuestro orgulloso sér,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez,
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán más de volver,
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo — « ¡Nunca!,
¡Nunca! ¡Nunca! — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

NAPOLEON.

« No hay más que yo; dobléguense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente á las naciones. »

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;
Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pie del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el discordo arrullo
Su altivo sér le trajo á la memoria.
« Aquí debí nacer, » dijo su orgullo;
« Aquí debo morir, » dijo su gloria.
Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
« Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga no más será en el suelo.
« No valen cien coronas una estrella,
« Ni valemos un sol todos los reyes!
« Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
« El sol alumbra y quemará nuestras leyes. »
Unos grandes allí su tumba abrieron,

E intentarlo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era sólo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbeciles ó enanos.

« *Aquí está Napoleon!* » dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmóvil á Napoleon tornaron:

« *Aquí está Napoleon!* » y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos
Para oírle, y cayeron macilentas
A su tremenda voz todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandaza leyes,
Gritó hiriendo los huesos con la planta:
« *Yo soy emperador, ¡fuera los reyes!* »
Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...
Nada en el ancho concavo vivía.
Sólo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas,
Sello gigante de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas,
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados :
• *Napoleon vino á visitar su imperio,* •
Y en el desierto entró con sus soldados.
Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pié tranquilo,
Y allá á lo léjos saludarle oyeron
Con asombrado adios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
Que tiempo al plegar las alas,
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga,
Las moles allí quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataúd y montaña;
Y él duerme al pié de una roca
Entre las ondas amargas,
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas :
Porqué la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda
¿ Quién es el gigante ahora ?
¿ Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto,
O el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios,
Sin antorchas y sin guardas,
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grande
Ni noticias de su fama.

• ¡ Aquí está Napoleon ! • dice el nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmo aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.
Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra,
Y viéndose leon alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.
El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pié le ató altanero :
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.
Numeró sus millones de soldados,
Y trepó vencedor á la montaña :
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.
Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galán mancebo.

Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.
De este jardín que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compas los ruisenores
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.
Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnalda encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡Paz al coloso! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué la fortuna.
Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,

Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.
El te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien troncos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: « Soy el grande de la tierra,
No tengo en ella ya digno enemigo. »
Grande mi patria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA MARGEN DEL ARROYO

¡Que dulce es, ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando

Ver cómo la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece

De violas morada banda,
Que la linfa cristalina
Salpica y mecelanca

Los juncos de las riberas
En haz espeso apinados
Se le encorvan

Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.
De este jardín que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compas los ruisenores
Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daría
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.
Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡Paz al coloso! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué la fortuna.
Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,

Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.
El te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien troncos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: « Soy el grande de la tierra,
No tengo en ella ya digno enemigo. »
Grande mi patria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA MARGEN DEL ARROYO

¡Que dulce es, ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo transparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando

Ver cómo la yerba blanda
En la margen se le inclina,
Y cómo crece

De violas morada banda,
Que la linfa cristalina
Salpica y mecelan

Los juncos de las riberas
En haz espeso apinados
Se le encorvan

Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.
Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.
Ni han de envidiar á los ríos
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Más que coronar sus frentes
Las afrentan.
Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspé y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.
Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.
Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa

La voz impía.
Porque tiene en un remanso
Sauces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.
Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores,
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.
¡Oh, dulce es ver inelmente
De un olmo á la fresca sombra
Descansarbo,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
¡Oh qué es dulce contemplar
El agua los piés venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!
Y aquel bullir sin sosiego
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.
Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas

Que en las arenas dibujan
Do se pesan,
Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol,
Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellaz,
Y al tocarlas arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas,
Y aquel insecto quemado
Medio mosca y medio pez
Sobra alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez
Seimportuna,
Siempre en el mismo lugar
En su afán sin concluir,
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía,
Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Siendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
De cristal,
; Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡ Arroyo, es muy triste
Pensar junto á ti
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas
Libre el colortín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín,
Que el sol tornasola
De el alto cenit.
¡ Pero; ay! que es muy triste
Pensar junto á ti
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡ Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto

Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu hierba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Irás estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
; Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin !

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.
Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.
Ella nunca será más

Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.
Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas
Siempre solas;
Mas yendo y viniendo días,
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.
Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verlo correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

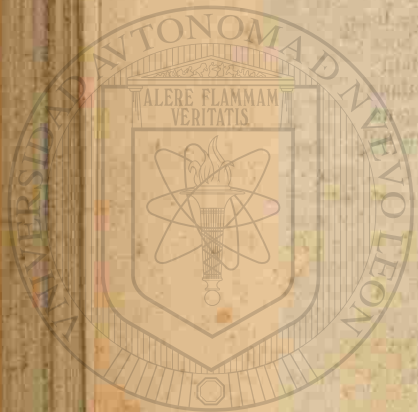
Dueña de la negra toca,
La del morado monjil
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.
Diera la lanza mejor

Del Zenete más bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro,
Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.
Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡qué tanto vales!
Hasta cuarenta jinetes.
Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbradora.
Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos...
Le arrancaron por tí
De la corona de un dios.
De tus labios la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
¡Oh qué hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!
Vén a Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza,
Para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

FIN.

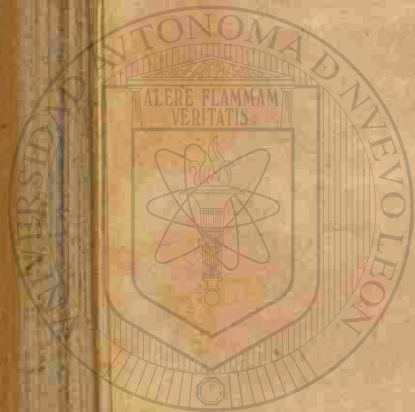


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs
Leyenda. — Margarita la tornera. Tradición.	3
Apéndice de Margarita la tornera. —	
Fin de la historia de Don Juan y Sirena la bailarina.	82
A buen juez mejor testigo. Tradición de Toledo.	125
Para verdades el tiempo y para justicia Dios. Tradición.	147
Gloria y orgullo.	167
El reloj.	172
Napoleon.	176
La margen del arroyo.	181
Oriental.	187



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



BERRUECO HERMANOS
ENCUADERNACION
CALLE DEL ESCLAYO NUMERO 1.
IMPRESA
1ª CALLE ANGHA NUMERO 19
MEXICO.

UNIVERSITY OF NEW
ENGLAND LIBRARY